



BARRIOBECO

EL
HERMANO
RAJAO

3
108978



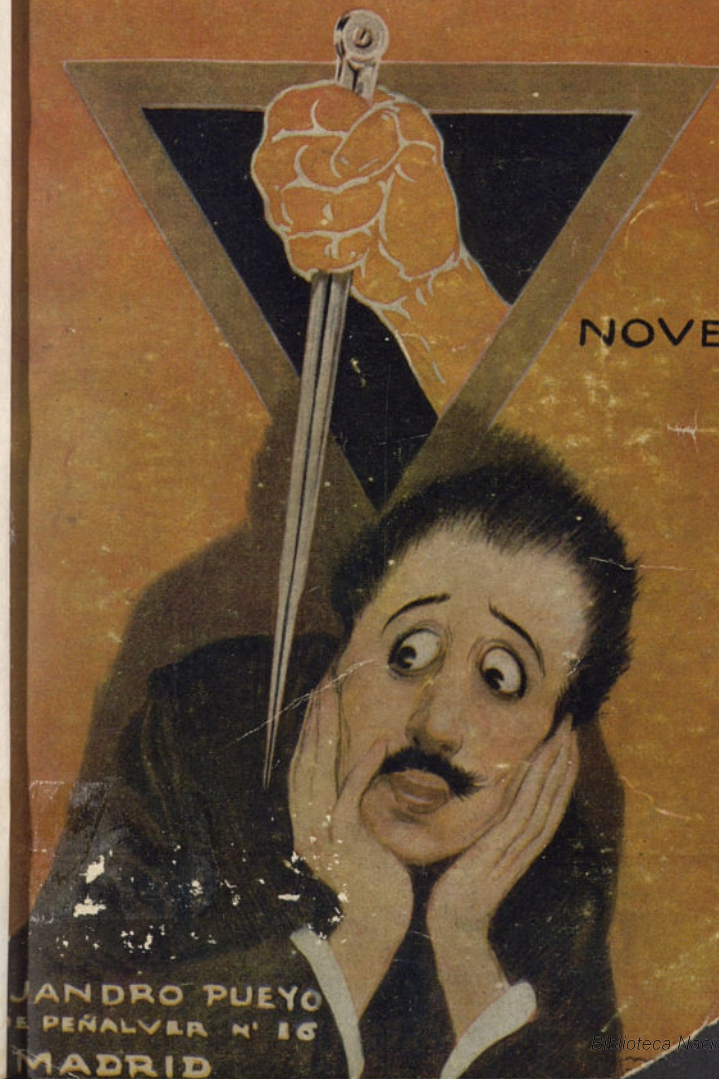
3
108978

E BARRIOBERO Y HERRAN *

EL HERMANO RAJAO

GRADO 33 *ve*

NOVELA



JUAN PUYO
CALLE PEÑALVER N.º 16
MADRID

3
108978

3
108978

EL HERMANO RAJAO

GRADO 33

Librería de Ocasión
SAN AGUSTIN, 27
ALBACETE

E. BARRIOBERO Y HERRAN

EL HERMANO RAJAO

GRADO 33

NOVELA



MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Luna, 29. Teléfono 14-30.
1924



A

ROBERTO CASTROVIDO

*el gran escritor y el gran hombre,
dedico esta novela fotográfica, de
la que los originales a él y a mí
nos han hecho reir tanto y rabiar
tanto...*

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

—¿Le apuro a usted mucho, don Alejo?

—No. Despacha pronto, Heliodoro; no me des más que un pase. Hoy, veinticinco de octubre es el bendito día de San Bonifacio y no pierdo la misa.

—Se llamaría así su padre de usted.

—No por cierto, que se llamaba don Anibal Fraile Castaño; de apellidos igual que yo, porque era primo hermano de mi madre y Su Santidad Pio Nono les concedió la oportuna dispensa.

—Por su *tanti cuanti*.

—¡Calla, republicano! Ya habrá apuntado Satanás, para en su día, el fizonazo que te has ganado con esa maldición. Claro está que fué precisa una ofrenda; el abad de lo que canta vanta; pero los dispensó porque eran buenos cristianos y merecían esa gracia. Pide tú una cosa semejante y verás cómo ni con dinero la consigues.

—¿Quiere usted polvos?

—Bueno.

—Y la raya en medio.

—Como siempre; pero no te entretengas.

—Ya, ya me acuerdo de San Bonifacio.

—Más debieras acordarte. Un día te contaré toda su historia y verás cómo merece la devoción que yo le consagro.

—Eso es; un día que venga usted a cortarse el pelo. Le advierto que, a pesar de mis ideas, no me desagradan las historias de los Santos, porque el saber no ocupa lugar, como dijo el otro.

—Y acabarás por convertirte. Muchos más rebeldes que tú, a la hora de la muerte... ¿has visto *Los Ateos*, de Arniches? ¡Esa sí que es una obra!

—Quien debía convertirse es usted, que está perdiendo un tiempo precioso; en nuestro partido tenemos muchas masas; pero nos hacen falta *intelectuales*. Ayer, sin más tardar, a falta de ellos, pues hicieron al maestro presidente del Comité del Hospicio. Usted con nuestro calor sería concejal y acaso diputao. Entre ustedes, como todos son manates o primates, o como se diga, es muy difícil darse a conocer y hacer una carrera.

—Sí; pero las ideas... Yo, además, las heredé de mi padre y por nada en el mundo me separaría de Dios ni de la Iglesia. Juro en ella vivir y morir.

Y don Alejo Fraile Castaño, ya con el rostro empolvado y el pelo brillante y partido en raya, tomó su sombrero y salió del establecimiento.

Al trasponer el umbral de la puerta, el maestro y los dependientes le dijeron a coro:

—¡Que usted lo pase bien, don Alejo!

Y cuando la puerta se cerró en pos del parroquiano, el señor Crisanto el vinafero paró con la

diesfra la navaja del mancebo que le servía y dijo a Heliodoro:

—Oye, galán: ¿no tiés prepará pa estos casos una frición de agua bendita?

—Bien, corcho, bien, señor Crisanto; ha tenido usted un veno—comentó el maestro. Y todos celebraron con sonoras carcajadas la ocurrencia del vinafero,

* * *

Don Alejo apenas contaría treinta años; tal decían su pelo fuerte y negro y su rostro, completamente afeitado, sin arrugas ni patas de gallo. Por su indumentaria y sus modales parecía un clérigo vestido de seglar.

Su padre, oficial de Notaría eclesiástica, quiso dedicarlo al comercio, convencido de que en todas partes se puede servir a Dios; pero sin duda no era ésta su vocación y se le fué la juventud en poco afortunados ensayos.

Cuidóse además de hacerlo asistir a muchas conferencias piadosas y de aficionarlo a la lectura de libros edificantes.

Cuando cumplió los veinte años se atrevió a confesar al autor de sus días su aversión al mostrador, y entonces, con ayuda del señor Vicario eclesiástico, se le consiguió un destinillo de escribiente en la Asociación Matritense de Caridad.

De esta colocación vivió hasta quince días antes del que dió lugar a la transcripción de su nombre en la primera página de esta verídica

historia. Un periódico republicano hizo notar que en la administración de las limosnas se consumía más dinero que en socorrer a los pobres; los directores de la Asociación, que hasta entonces no se habían dado cuenta de tal absurdo, vieron que así en efecto era, y sentenciaron a muerte administrativa a casi todos sus burócratas, entre ellos a don Alejo Fraile Castaño, que en diez años de covachuela perdió las relaciones con los amigos de su padre y vióse de pronto sin más recurso que el de acudir a los templos para pedir a Dios el pan de cada día, eligiendo como valedor a un santo, pues para eso tenía con ellos un serio conocimiento trabado a favor del Año Cristiano, edición *Vis bene conjunctis*, que con medio ciento más de libros de la misma índole constituía todo su peculio.

Cuando salió de la barbería, notó que las palabras del mancebo Heliodoro producían en su cerebro un efecto análogo al que un veneno iletal y dulce hubiera podido producir en su estómago.

—Entre esa gente—pensaba—hacen falta intelectuales. Al señor Zacarías le hicieron anoche presidente nada menos del Comité del Hospicio. Yo podría ser concejal o acaso diputado... Y en todas partes se puede servir a Dios, como decía mi padre. Pero no. ¡San Bonifacio bendito me valga! No nos dejes caer en la tentación. Yo diputado de esos hombres sin Dios, sin Patria y sin Rey... ¡Dame antes la muerte, Virgen Santísima!

Pero las palabras de Heliodoro seguían acari-

ciendo musicalmente sus oídos y ante los ojos de su imaginación dibujaban, como en una gloriosa y triunfal *mesa revuelta*, fajines, bastones de borlas, los rojos escaños del Congreso, el tratamiento de excelencia, las reverencias de los ujieres, y, en último término, entre una suavísima penumbra, radiantes montoncitos de monedas de oro...

Le fué precisa toda la celestial influencia del bendito San Bonifacio para desasirse del lazo en que a su espíritu enredaron las palabras sugestivas de Heliodoro, a quien sin duda el Malo tomó por su verbo en aquella desventurada mañana.

II

Había estado la misa muy poco concurrida. Sin duda los feligreses de la parroquia ignoraban los grandes merecimientos del bendito San Bonifacio, y por eso no acudieron a rendirle el homenaje de la conmemoración.

—¡Tengan caridá!—rezongaba con voz acongojada el señor Ustaquio el Civil cada vez que sentía levantarse el cortinón de alfombra.

—Tengan caridá para este pobrecito ciego— y alargaba su mano huesuda de gañán.

Las devotas y los devotos pasaban sin sentirse conmovidos por la voz quejumbrosa del miserable.

Acabaron de salir; el señor Ustaquio tomó asiento en su catrecillo y bostezó sonoramente.

Una vez más se abrió la cortina que separaba el pórtico del interior del templo, y el mendigo se puso en pie y recomenzó su salmodia.

—¡Tengan...! ¡Hola, señor Benino, güenos días... creí que iba a salir otro corderito de Dios.

—Buenos días, señor Ustaquio—contestó el sacristán dando al ciego una palmadita en el hombro—. Puede usted sentarse; ya no queda

dentro más que uno y me paice que lo que ese dé...

—Ya no hay caridá, señor Benino; ya no hay devoción; ya no hay compasión pa los pobres. Tié que venir una revolución mu grande, una hecatumbe, señor Benino, una hecatumbe.

—En eso estoy yo, señor Ustaquio. Escuche lo que dice *El País*:

“Los pueblos envilecidos por el despotismo de los de arriba y envenenados por la Religión al uso, que no es Religión, sino dechado de supercherías—ahí están San Expedito y los Viernes de Jesús, que no nos dejarán mentir—, quebrarán un día sus cadenas y ahogarán en sangre a sus cómitres y a sus verdugos.”

—¡Que sea pronto, señor Benino! ¡Que sea pronto, porque ya no hay caridá pal pobre! Ochenta duros le dí yo en las vísperas de Nochebuena al señor Sebastián el Caspa de tras-paso por el puesto, y veinticinco a la Margarita la Lunanca pa que se marchase con un cesto de quincalla por los pueblos, y aunque usié, señor Benino, como buen correligionario, me deja que *sofrutúe* con *escrusiva* esta ilesia, hay semanas que no saco ni cincuenta reales.

—Pues el que no le dé a usted limosna es que no tiene corazón; ciego y con esa voz tan dolorosa que no la sacaría más propia el mejor ventrilocuo... por supuesto, no se crea usted que yo ato los perros con longaniza, que entré aquí con dos pesetas, confíao en el pie de altar, y hay meses que no llega el total a los quince duros. Mantenga usted con eso a tres hijos de familia

y a mi mujer y mi suegra, también de familia.

—Pero, señor Benino, usted no cuenta lo que cae en los cepillos.

—¿Sabe usted lo que cae ahora en nuestros días? Pues caen *sablazos*. Esta mañana don Baudilio y yo, cuando fuimos a abrir el de la Milagrosa, notamos que sonaba dentro algo así como un papel, y me dice el cura: “Gracias a Dios que alguno se ha descolgao con un billete; falta hace, porque en la cerería de la calle de Toledo debemos ya quince panales de hostias”; pues le advierto a usted, señor Ustaquio, que eso y el aceite del Santísimo, acostumbramos a sacarlo de las limosnas.

Abro el candao, levanto la tapa y en vez de un billete me encuentro nada menos que tres; pero vea usted qué billetes. Dice el primero:

“Virgen Santísima: soy la que te reza cada dos horas *los benditos*. Si consigo el estanco que me tiene prometido don Julián, te ofreceré un corazón de plata con siete espadas...”

—De estuche menor, como decíamos cuando yo era guardia civil y tenía vista para jugar al tresillo—interrumpió el señor Ustaquio.

—Escuche el segundo: “Virgen Santísima, intercede para que don Laureano se compadezca de mí y no me suba el cuarto. Te ofrezco un novenario”.

Y el tercero: “Virgen Santísima: ya hace tres meses que mi marido no se deja olvidada en casa la cartera. Por lo que más quieras, haz que vuelva a ser desmemoriado y te ofrezco oír tres misas de rodillas, desde el *introibo* hasta el *ite*”.

—Pues si el cepillo no tenía más...

—Catorce céntimos en siete monedas; con lo que les devuelven del pan cumplen con sus devociones y se quedan tan anchas.

—Lo que yo digo, señor Benino; ya no hay caridad y se tié que armar una mu gorda, pero mu gorda. Si ese Lerreus apretara...

—Yo soy federal, señor Ustaquio, como sabe usté; pero no soy entransigente; voy por *ella* ande esté y con quien me acompañe. Como decía el difunto doctor Esquerdo, que me la den, mas que sea en la cabeza de un fiñoso.

—Eso, que venga, que venga la República como sea, que luego ya la apañaremos nosotros de modo que sirva pa salvar al país.

Alzóse nuevamente la cortina, y el señor Ustaquio el Civil, puesto en pie como por un resorte, volvió a salmodiar:

—¡Tengan caridá, tengan compasión de este pobre ciego!

—Perdone por Dios, hermano — repuso don Alejo, en tono tan lastimero como el del propio mendigo.

—El que quiere no puede—comentó el señor Benino—. Es don Alejo el que le daba a usté siempre una gorda; pero ahora no puede porque l'han dejao cesante.

—Que la Virgen Santísima y San Bonifacio bendito, que es el santo del día, le ayuden. Ya verá, hermano, cómo Dios no desampara a las buenas almas.

El sacristán y don Alejo bajaron juntos las gradas del atrio.

—¿Sigue usted siendo republicano, señor Benigno?

—Federal; conmutativo, sinalagmático, bilateral, pactista. Y además, de los que dan la cara cuando llega el caso, y de los que acuden con su óvalo pal sostén de los centros y pa las escuelas laicas. Y el que me quiera así, que me tome, y el que no, que me deje.

—Pues ¿sabe usted lo que me han dicho esta mañana?

—Según con quien haya usté hablo.

—Pues me han dicho que me haga republicano, que ustedes tienen muchas masas y pocos intelectuales.

—Eso es verdá. Yo le garantizo que sería usté bien acogido.

—No puede ser, señor Benigno; yo tengo mis ideas, heredadas de mi pobre padre, y no me desprendo de ellas por nada en el mundo.

—Pues hace usté mal, porque la Iglesia hoy ni siquiera paga decorosamente a sus ministros.

—Más pobre es el partido republicano.

—Tiene usté razón, pero nosotros trabajamos y nos ayudamos unos a otros, mientras que aquí a usté, que ya no tiene edá pa entrar en un destino oficial, lo más que le puede dar esta gente es una colocación como la que tenía: pan pa hoy y hambre pa mañana. Decídase, don Alejo, y ya verá usté cómo algún día me da las gracias. Llévase *El País* y léalo despacio, verá cómo no ladramos ni mordemos.

Don Alejo, casi inconscientemente, tomó el pe-



riódico y se lo guardó en el bolsillo. Luego se despidió del sacristán afectuoso.

—¿Lo ha oído usted, señor Ustaquio?

—¿El qué, señor Benino?

—Me paice que ya tenemos un correligionario más. Don Alejo, que con otro toque que yo le dé canta la Marsellesa.

—Pero... ¿el beato ese de la perra gorda?

—Es un hombre mu bueno, y sabe más que un catedrático. Yo creo que nos conviene conquistarlo.

—Sí...; pero...

—¿Qué reparo tiene usted que oponerle?

—Bueno... ninguno; la verdad, iba a decir que... eso de que esté cesante; pero me acuerdo de lo que me pasó a mí y me callo, señor Benino.

—Pues no, no se calle, que ahora me ha picado a mí la curiosidad.

—Ná; si no tiene importancia. Yo, como sabe usted, era guardia civil; un martes de Carnaval nos emborrachemos yo y un paisano; me paice que la cosa no puede ser más insignificante; pero se enteró mi capitán y me echaron del Cuerpo. Tan pronto como me vi en la del rey a pie y sin dinero, principiaron a salirme estas ideas, y por más que al encontrarme desgraciao y ciego hi tenido que arrimarme a la Iglesia pa comer, no me se quitan, señor Benino; al contrario, que paice como que se me recuecen cuando veo lo que estoy viendo, que aquí ya no hay caridad, ni devoción, ni compasión pal pobre. Tié que venir una revolución mu grande, mu grande, una hecatumbe, señor Benino, una hecatumbe...

III

Don Alejo Fraile Castaño no pudo dormir en toda la noche.

Primero leyó *El País* que le diera el señor Benigno, desde el título hasta el pie de imprenta, y con horror descubrió que decía muchas cosas razonables.

Después, su imaginación jugaba con él, trazándole con colores subyugantes el panorama de un futuro triunfal. Las masas republicanas, desamparadas hasta entonces por los intelectuales, le aplaudían y le víforeaban al encontrarle en la calle o cuando hacía su aparición en alguno de los centros del partido; sus conferencias y sus discursos eran escuchados con una especie de místico recogimiento; antes que a ningún otro lo designaban a él para todos los cargos de elección popular y triunfaba siempre; y en las oficinas del partido y en las empresas financieras o comerciales de sus prohombres, ganaba sueldos que le permitían vivir con un desahogo rayano en la fastuosidad...

Jadeante, febril, se pasaba la mano por la frente para disipar estos ensueños; evocaba la

memoria de su padre, para quien los republicanos fueron siempre hijos de Satanás, según le oyó decir muchas veces, y por último, como fábula de salvación en aquel naufragio espiritual, acogíase al *Kempis*, que tantas veces había dado a su alma el temple necesario para defenderse o acometer en las grandes batallas de la vida.

Pero en aquella ocasión sus ojos devoraban las palabras sin que su cerebro tomara cuenta de las ideas; leía tristezas y exhortaciones a la mansedumbre, y se veía a la vez encaramado en una tribuna, declamando cantos sonoros a la libertad y a la rebeldía.

Era el Malo, el Malo insaciable, irreductible, que había tomado posesión de su alma, y el pobre don Alejo no encontraba un conjuro bastante eficaz para hacerle que soltara su presa.

En esta lucha le sorprendió el día, y dispueso a poner en práctica el remedio heroico en el que pensaba continuamente, se lanzó a la calle en busca de don Baudilio, el párroco a quien el señor Benigno prestaba sus servicios, para en una confesión cordial y ferviente declararle su nefasta debilidad y pedirle que, con sus sabios consejos, le ayudase a arrancar de su cerebro aquella idea funesta y lamentable.

Cuando llegó don Alejo a la sacristía, buscaba don Baudilio en la *Epacta* el color del terno con el que debiera revestirse para celebrar la misa.

—Buenos días, padre... Perdóneme si le molesto,

—Buenos días, amigo Fraile. ¡Vaya un modo

de madrugar! Pero ¿qué cara es ésa? ¿Está usted enfermo?

—Sí, padre Baudilio; lo estoy del alma, y gravemente. Vengo a implorar el auxilio de usted. Quiero confesarme y tomar la sagrada comunión para fortificar mi espíritu contra una mala tentación que no me libra un instante de reposo.

—Pero, alma de Dios, ¡si fué ayer o anteayer cuando confesó y comulgó! Las personas ilustradas y razonables como usted no deben abusar del Tribunal de la Penitencia.

—Tenga compasión de mí, padre Baudilio: me mata esta inquietud espiritual; si Dios, tomándole a usted por su verbo, no me fortalece y me salva, voy a perderme para toda una eternidad.

—¿Se trata de algún pecado grave? Vamos, sí, ya me lo figuro, amores frívolos, la poderosa sugestión de la carne; se encuentra usted en la edad más apropiada...

—No, no es eso, padre; no he pecado, ni acaso esté entre los pecados capitales el mal que me amenaza; es que siento vacilar mi fe, mi amor a la Religión y a la Iglesia.

—¡Ah!... vamos, eso es otra cosa, amigo don Alejo; para hablarme de esa inquietud y de ese gravísimo peligro en el que se ve, no hace falta abusar de los Sacramentos. Déjeme primero decir misa: el pan y el deber. Luego salimos juntos, le convidó a un café con media en Varela, y allí hablaremos de todo lo que a usted le dé la gana; y si merece alguna penitencia, se la impongo allí mismo. ¿Qué más da, si usted está

decidido a cumplirla con fe, como Dios manda?

Don Alejo escuchó al principio un poco sorprendido; pero pronto comprendió lo razonable que era lo resuelto y aceptó agradecido sinceramente.

Don Baudilio, según apreciación del señor Benigno el sacristán, era un águila para decir misas rezadas; las despachaba en un abrir y cerrar de ojos, y como de ello se quejara alguna beata, defendía vivamente el federal sinalagmático los procedimientos de su jefe, en estos términos:

—Hace bien, señora, pero que muy bien; el que viene a estas horas a misa, o es porque tiene mucho que hacer, o porque no tiene que hacer nada. Tocante a lo primero, cuanto antes lo despachemos, mejor servido queda, y respectivo a lo segundo, si todos hicieran como don Baudilio, cada una de ustedes, en vez de diez misas podían oír veinte, y eso iban ganando.

Acomodados ya en el café, apresuróse don Alejo a destapar la olla en donde sus inquietudes hervían tumultuosamente, y dijo a don Baudilio sin levantar del suelo los ojos:

—Ayer, padre, yo no sé si de buena fe o por inducción del Malo, me invitaron a ingresar en el partido republicano. En él parece ser que yo podría hacer una carrera brillantísima. Como usted sabe, ahora me encuentro cesante y no veo probabilidades de colocarme. Yo estoy resuelto a no abjurar de mis principios ni de mis doctrinas, a no sentir tibiezas en mi amor a Dios y a la Santa Madre Iglesia; pero el veneno que

ayer me entró por los oídos, me produce una inquietud tan grande que no me deja vivir. Además, el sacristán de usted, el señor Benigno, y se lo digo para que lo corrija severamente, es republicano federal, no se recata para decirlo y ha echado leña a este fuego que abrasa mi alma, dándome a leer *El País*.

—Y... ¿qué más, hijo mío?

—¿Le parece poco, padre?

—¿De veras no hay más?

—Le aseguro que no.

—Pues en ello no veo ningún mal.

—¿Es posible?

—Si usted estudia la organización de nuestra Iglesia, verá que es la república más democrática que han podido soñar los estadistas; un poco corrompida está, ciertamente, nuestra república por los abusos de autoridad y de poder de los obispos y por las ingerencias de los gobiernos; pero eso no ataca a las esencias.

—¿Acaso es usted republicano como el señor Benigno?

—Republicano, sí; como el señor Benigno, por mi desgracia, no puedo serlo; él es militante, su estado se lo permite; yo no puedo pasar de ser contemplativo, especulativo, platónico. Cuando el jefe del Estado lo es por la gracia de Dios, nosotros tenemos que formar a su lado para evitar el cisma; sin embargo, la conciencia no es coercible.

—Pero, padre, usted no ignora que la principal propaganda de los republicanos es la anticlerical.

—Y tienen razón. Nosotros damos motivo para eso y para mucho más.

—¿También es usted anticlerical, padre Baudilio?

—Distingamos. Las religiones necesitan sacerdotes, como las ideas científicas, filosóficas o políticas, necesitan definidores, hermeneutas, repetidores y propagandistas; en este sentido no soy anticlerical. Pero nosotros hemos tenido el mal fino de situarnos aparte de todas las corrientes de la vida. Los sacerdotes de otras religiones han obrado más cuerdamente que nosotros desde los albores del mundo. En este momento recuerdo que los primeros monumentos de la literatura latina se deben a los sacerdotes Arvales y a los sacerdotes Salios. Nosotros no sabemos sino repetir con la voz engolada lo de *Panem nostrum cotidianum da nobis hodie...*

—Padre Baudilio, en vez de calmar mis inquietudes usted las aumenta. ¿No serán proposiciones heréticas esas que acabo de oír de sus labios?

—¡Ay, don Alejo! ¡Qué desgracia es verse siempre rodeado por aquel público que presencié los estrenos de las obras de Molière, por los que aplaudían el *Scaramouche*, en el que se ofendía a Dios, y protestaban el *Tartufe*, en el que se execraba a los beatos! Créame usted, amigo mío: si fuéramos sacerdotes, como debiéramos ser, empezaríamos por no consentir que en nuestros Seminarios se llame a la Filosofía *la criada* de la Teología.

Concluyeron de tomar el desayuno y queda-

ron los dos un poco perplejos; don Baudilio temía haberse excedido en su sinceridad, puesto que aquel hombre podía delatarle ante sus superiores y buscarle con ello un serio disgusto, y don Alejo, aun cuando a la luz de los razonamientos de don Baudilio vislumbraba que podía ser republicano, hasta con la bendición del Papa, no estaba muy seguro de que el experto y avisado sacerdote no le hubiese hecho blanco de sus bromas.

Aguijado por esta sospecha, pretextó una ocupación y se despidió de su consejero.

Al salir, en la puerta del café compró *El País* con el mayor disimulo.

IV

Después de cenar, una lata de sardinas y diez céntimos de higos, en su miserable cuartucho de soltero, don Alejo se lanzó a la calle.

Inconscientemente, sin proponérselo ni aun pensar en ello, fué por el camino más derecho desde la calle de la Manzana a la del Horno de la Mata; en *El País* había leído que aquella noche se celebraba en aquella latitud un *grandioso* mitin de afirmación republicana.

Muchas veces a lo largo del día pensó don Alejo en el comicio; pero por su imaginación no llegó a pasar la idea de entrar en él; cuando llegó frente al Circulo sintió, sin embargo, viva complacencia en explorar aquellos alrededores.

Desde la calle advirtió que se oían los discursos, y se metió en el portal de enfrente, dispuesto a no perder sílaba. Junto a uno de los balcones se recortaba el perfil del señor Benigno el sacristán, y cada vez que los acentos tribunicios llegaban a un *allegro*, veíale batir palmas con la faz radiante de entusiasmo.

Poco a poco se iba exaltando don Alejo a favor del contraste que notaba entre la vulgar tri-

vialidad de las cosas que se decían desde la tribuna y el entusiasmo que producían en el público.

Un orador quiso explicar el concepto de la *fraternidad*, pero ni las palabras ni las ideas acudían en su auxilio; evocó la figura de Cristo, verbo y apóstol de ese dictado, recogido por los republicanos como lema y como norma, y, contra su propósito, dibujó un Cristo ramplón y tabernario, sobrado de hombría y falto de divinidad.

La impotencia mental de aquel orador fué el fulminante que hizo estallar todas las inquietudes espirituales de don Alejo.

Precipitadamente subió la amplia escalera y entró en el salón sin vacilaciones y sin que nadie registrara su presencia con el menor gesto de extrañeza.

Fué a situarse junto al señor Benigno, quien le estrechó efusivamente la mano y le felicitó por su decisión. Dominadas las emociones del primer momento, no muy intensas porque había asistido como actor y como espectador a muchos mítines y conferencias de carácter católico, se dedicó a observar a los circunstantes.

Con gran asombro suyo, contempló en el centro de la primera fila de sillas al señor Edesio el albañil, miembro de la Vela nocturna, a quien él, por su propia mano, tres semanas antes había entregado un flamante par de alpargatas argentinas a cambio de exhibir la cédula acreditativa de haber cumplido con la Iglesia.

En el estrado, entre los conspicuos, vió también al famoso don Hermenegildo Cuarto Segó-

viano, que traía fritas a las señoras del Roperó con la enumeración de sus desgracias familiares y con el alegato de sus devociones y de sus penitencias.

Entre un grupo de mujeres que compartían con el señor Edesio los asientos de preferencia, descubrió a la Gumersinda la del Bizco, a la Remedios la de las Californias, a la Paca la Raposa y a otras muchas parroquianas del *Pan de San Antonio*, que en su presencia habían llamado muchas veces pico de oro al señor Gallo de Renovales y Virgen de la Caridá a la señora condesa de San Rafael.

Terminó el orador de tanda su preciosa explicación del principio de fraternidad y su laboriosa descripción de la figura de Cristo, y sin dar tiempo a que otro le sustituyera en el estrado, pidió el señor Benigno la palabra para una *cuestión previa*.

Se la concedieron, y con voz sonora y retumbante dijo:

—Ciudadanos, salud. Tenemos el honor de contar esta noche entre nosotros, y que sea para bien, y ustedes que lo vean, a un hombre que es un verdadero intelectual, mas que se haiga criado en el seno de la Iglesia, lo cual que me costa saberlo. Este hombre viene aquí a renegar de sus horrores, apartase de sus absurdos y conglomerarse con nosotros para traer la República si viene a mano, y yo sus pido que le deis un aplauso y un viva, y que pase al estrado como le pertenece por sus luces.

En el salón estalló una formidable salva de

aplausos, y don Alejo fué, más bien que conducido, empujado y arrastrado hasta el lugar que ocupaban los oradores, los primates y los conspícuos.

El presidente, para buscar un efecto, lo sentó en su sitial y le hizo entrega de la campanilla y de la lista de oradores, rasgo que valió otra ovación al presidente.

Don Alejo, por su parte, dejó hacer, y con voz temblorosa pronunció unas palabras de gratitud, pálidas y anodinas, que, sin embargo, fueron aplaudidas como si se tratara de las rotundidades de Víctor Hugo o de los apóstrofes de Ezequiel.

—El ciudadano García—dijo— está en el uso de la palabra, en representación del distrito de la Inclusa.

Era el ciudadano García un hombre como de un metro de estatura, gordo y barrigudo, calvo y con unos bigotes como dos cepillos. Vació de un sorbo un vaso de agua, se terció la capa y declamó:

—Ciudadanos: Yo soy zapatero, republicano federal y sordo, y me llaman en mi barrio el Tizne; pero estoy con los pogramistas porque me gusta el jefe. He dicho.

Mientras sonaban los aplausos otorgados por aquella ingenua concurrencia a las palabras del Tizne, recibió don Alejo una tarjeta que decía así, ni letra más ni letra menos:

DOROTEO DE LAS MORAS

CIERE ABLAR

Consultó el caso con el que le había cedido la presidencia, y puso al señor de las Moras en posesión de la palabra.

Desde el fondo del salón fué haciéndose paso un hombre como de cincuenta años, con indumentaria de campesino endomingado, alto, flaco y bigofudo, con dos brazos como aspas de molino y dos manos como paletas de lavandera.

—Ciudadanos—dijo cuando llegó al sitio de los oradores—: yo vengo a protestar de la barca de Algete, que en vida de mi padre, que esté en gloria, costaba dos cuartos, y ahora, como no hay cuartos, cobran una gorda, y es preciso que los diputaos del partido presenten al Gobierno una entrepelación pa solucionar este conflictito. Conque salú a todos, viva la República y no digo más.

El señor Doroteo fué también ovacionado, y como ya no quedaban más oradores disponibles, don Alejo se levantó para hacer el resumen de los discursos.

Con salvadora oportunidad vinieron a su memoria las palabras del padre Baudilio, y por ellas probó que la Iglesia era una República perfecta, pero que la habían corrompido las demasías de los obispos y las ingerencias de los gobiernos.

Cuando terminó el párrafo resonó una ovación formidable, lo abrazaron cuantos pudieron llegar a él, y por todas partes, hombres y mujeres, como enloquecidos, exclamaban:—¡Abajo los obispos! ¡Abajo los gobiernos!

Quiso seguir don Alejo su discurso; pero le

fué imposible: el entusiasmo febril del auditorio ahogaba sus palabras, y no sabiendo qué hacer, consultó el caso con los circunstantes, Uno de ellos se adelantó a resolver:

—Concluya usted con un viva la federar, y mañana otro día nos da usted una circunferencia.

Don Alejo dió el viva con toda la fuerza de sus pulmones, y agitando la campanilla, declaró terminado el acto.

Entonces el delegado de la autoridad estrechó amicalmente la mano de don Alejo y le dijo a media voz:

—Enhorabuena por su emancipación; yo también soy de estas ideas; pero ya ve usted... el cargo... ¡si uno pudiera!...

Media hora después, en un reservado de la taberna del Mangazo, los oradores del mitin, el señor Benigno y el pollo de la *circunferencia*, agasajaban a don Alejo con unas judías, unas fajadas de bacalao y pan y vino como pa una boda, según dispuso el de la barca de Algete al hacer el menú.

A la hora de los brindis el apologista de Cristo dijo con los ojos en blanco y la boca orlada por una sonrisa inefable:

—Considere el catecúmeno—y no se ofenda nuestro señor don Alejo porque así le llame—esta modesta cena como la sagrada Eucaristía de nuestra Santa Madre Iglesia, Libre, Igualitaria y Fraternal...

V

—¿A que no sabe usted qué día es hoy, don Alejo?—preguntó Heliodoro sonriente, mientras pasaba la navaja por la correa.

—Jueves—repuso el señor Fraile, sin mover los labios para que la espuma del jabón no se le metiera en la boca.

—¡Cómo cambian los tiempos! Hoy es el bendito día de San Bonifacio, lo cual que desde el año pasado me tiene usted prometido confarme su vida y *necuacuan*, como dijo el otro. ¿A que no va usted este año a oírle otra misita?

—Hombre, te diré...

—No me diga usted nada; siga por este camino, que lo hemos de ver muy alto, y yo me llamaré a la parte por haber sido el primero que *le tiro el rentoy*, como dijo el otro.

—La verdad es—intervino el maestro—que no se puede usted quejar de los republicanos. Ha caído usted de pie entre nosotros. No hace todavía el año que se pasó, y ya es usted Presidente del Comité de Palacio, Vocal de la Liga pa los derechos del hombre, Ispetor de las es-

cuelas laicas y Delegao pa la Provincial y pa la Nacional. Hay quien nace con suerte...

—Yo, la verdad, no me quejo; estoy, por el contrario muy agradecido, señor Zacarías; pero el problema del pan es aquí tan difícil como en el otro lado.

—Hombre, eso es ahora—dijo el mancebo—; pero cuando venga la República tié usted que ser una cosa muy elevá, algo así como ¿qué diré yo? Comisario del distrito. Arquiteito municipal o Diretor de cualesquier negocio. ¿Verdá, señor Zacarías?

—Y antes de que venga, tenemos que hacerle concejal o diputao provincial, pa que vaya viviendo.

Don Alejo dió las gracias al maestro y al mancebo por su buena voluntad, mandó que apuntaran el servicio y salió repitiéndose las palabras que allí se habían pronunciado: para que vaya viviendo, para que vaya viviendo... sí, pero hasta entonces...

En aquel año había pasado verdaderas amarguras, si bien los aplausos de los mítines y las palmaditas de los correligionarios, le habían servido de compensación en muchas ocasiones.

Lo peor era que la situación se agravaba por momentos. En aquel cuartucho de la calle de la Manzana, que en vida de su padre ocuparan los dos, sin más servidumbre, y ahora ocupaba él solo, ya no quedaba ni una silla, ni un libro, ni un puchero ni una sábana; todo había ido pasando a las prestamías o al Rastro, y ni las pignoraciones ni las ventas bastaron para satis-

facer las necesidades más elementales de don Alejo, reducidas por él a extremos inconcebibles. Se lavaba las camisas, los calcetines y los pañuelos; se alimentaba con higos, queso, chicharrones o cosas de la misma índole y precio, que no exigieran condimentación, y, con todo, habíase visto muchas veces obligado a acogerse a la generosidad del padre Baudilio o a llamar en la bolsa flaca y esquilhada del señor Benigno, el sacristán. También sabía de las noches sin cena y aun de los días enteros sin probar bocado.

Sólo dos cosas le fortalecían para reñir hasta el fin aquella lucha titánica: el tener una salud inquebrantable y un casero magnánimo que desde hacia ocho meses aguardaba resignado a que su inquilino mejorase de fortuna. Por algo había sido amigo de su padre y juntos llevaron pendones y ciriales en todas las procesiones de la parroquia. Gracias a esta rara munificencia podía esconder en aquel cuarto sus miserias y pasar ante sus correligionarios por hombre de recursos económicos y de vida independiente.

Muchas veces le acometía el temor de que aquel fénix de los caseros llegase a tener noticias de su evolución, y en virtud de ello cerrara la espita de sus tolerancias; pero al recordar que don Raimundo, que así se llamaba aquella especie de providencia urbana, sólo leía *La Semana Católica*, sentíase tranquilo y confortado.

Un concejal del partido, que en una ocasión le convidó a un chocolate con doce bolas en la

calle de Jacometrezo, se atrevió de sobremesa a preguntarle:

—Y tú, ciudadano Fraile, ¿de qué vives?

Don Alejo se ruborizó casi hasta congestionarse y al fin se decidió a contestar con voz temblorosa:

—A usted se lo voy a decir, señor Rodríguez: mi padre me dejó unos bienes... muy modestos, y los voy vendiendo. Ya me queda muy poco. Luego, no sé lo que será de mí.

Rodríguez no sospechó que la vanidad había inspirado a don Alejo una venial mentira, y magnánimo, le propuso:

—¿Quieres ser peón de la Villa?

—Hombre, ya ve usted mis principios...

—Pero si es pa no trabajar. ¿O te crees que yo hago las cosas a medias?

—En ese caso...

—Pues mañana en el Centro te daré la credencial; pero que no se entere nadie, porque me traen fríto.

—Y ¿qué tengo que hacer?

—Ná más que ir los sábados a las doce a la Casa Consistorial de la Plaza Mayor; preguntas por Mónico el Verruga, le enseñas la credencial y verás cómo te endiña a razón de catorce reales diarios; pero a tu vez tiés que endiñarle tres pesetas de cada paga que cobres pa eso de los *fondos secretos*.

—Comprendido. Pero ¿me habla usted en serio, señor Rodríguez, o es que me está usted dando una broma?

—¡Qué poco mundo tiés, ciudadano Fraile!

Una lista como de aquí al puente Segovia podíamos hacer de ex ministros y personajes muy empingorotados que han estao cobrando como peones de la Villa mientras no les llegó lo suyo.

Don Alejo estrechó la mano del concejal y aun estuvo a punto de besársela; pero calculó a tiempo que aquello no podía estar bien visto entre republicanos.

El señor Rodríguez cumplió su palabra, y al día siguiente llamó aparte, en el Centro, a don Alejo, y le hizo entrega de la credencial.

Al leerla en su cuarto, aquella noche, se sintió feliz. No alterando el régimen, después de pagado el descuento, podía ahorrar cada semana cerca de tres duros, y en cuatro semanas reunir para un traje, que reservaría para asistir a los *mitins* y a las grandes fiestas y solemnidades del partido.

Esto del traje—pensó—será si no me llama al orden don Raimundo y me exige los treinta y dos duros que le debo; en este caso, lo primero es el cuarto, que los republicanos no somos precisamente los llamados a establecer las normas de la elegancia ni los cánones de la moda.

VI

Llegó el sábado; esperó el ciudadano Fraile frente a Gobernación a que cayese la bola, y en cuanto sonó la primera campanada de las doce, enfiló sus pasos hacia la Casa Consistorial de la Plaza Mayor.

No le fué preciso preguntar por Mónico el Verruga; le bastó ver una larga fila de hombres de todas las procedencias sociales, que uno a uno se acercaban a otro, sentado en el portal, junto a una mesita como de zapatero, y mediante la presentación del documento, recibían un puñado de monedas.

Le llegó el turno a don Alejo, cobró las suyas, cumplió con el pagador como le advirtiera el señor Rodríguez, y pleno de júbilo ganó la puerta en dos pasos que más bien fueron pasos de baile.

Pero aun no había traspuesto el umbral, cuando le preguntó el Verruga:

—Oiga, cabayero, usté, el de la chalina escocesa, ¿qué número tiene su credencial?

—El cuatrocientos veintiuno—repuso don Alejo, que se la sabía de memoria.

—Pues no trabaje más por ahora pa la Villa, que está usted despedido.

—¿Cómo? ¿Yo? ¡Si es la primera semana! ¿Por qué causa?

—Mu sencillo: porque falta dinero y sobra gente.

—Pero si no puede ser. A mí me nombró el señor Rodríguez.

—Y a este pollo que ve usted aquí, el propio señor alcalde, y también se queda a dos velas. No hay dinero, y no los vamos a tener a ustedes trabajando a cuenta de *creos*.

Don Alejo se retiró con el corazón hecho pedazos; había llegado a tocar con sus propios dedos la rueda de la fortuna, pero se le escapó sin apenas dejar huella de su rodar vertiginoso.

En el camino se encontró al padre Baudilio con quien conservaba cordial amistad, y le contó lo que acababa de ocurrirle.

—¡Claro, hombre, claro!—exclamó el sacerdote—. Eso debía usted tenerlo previsto. Se empeñan en agarrarse a los medios de vivir que no dan para vivir, como dijo Figaro.

—Y ¿qué hago yo ahora, don Baudilio?

—Trabajar: el trabajo revela el verdadero valor del hombre, como el fuego descubre los perfumes del incienso.

—¡Trabajar! Eso se dice pronto; pero yo no conozco ningún oficio, y en el partido no hay empleos que puedan darme, como no los había en la Iglesia.

—Tampoco sabrá usted idiomas.

—El latín; me lo enseñó mi padre a conciencia.

—Mala era es ésta para los machacadores de viejas herraduras latinas. ¿Francés no sabe usted?

—No.

—Pues apréndalo; es cosa fácil. Para traducir puede usted prepararse en dos meses; lo enseñan gratis en muchos sitios, y como los franceses traducen y han traducido siempre a su lengua todo lo bueno que se publica en el mundo, puede usted traducir del francés y decir que lo hace del griego o del chino, o del checo que es el idioma más difícil de todos.

—Se habla tan mal de los editores...

—No haga usted caso; una obra buena o interesante vale dinero siempre. Si yo estuviera tan libre como usted... Precisamente me he hecho estos días con el texto de una información practicada por los teólogos chinos de orden del emperador Khang-Hi, en la que prueban *ad majorem* que el cristianismo no es una religión.

—¡Qué barbaridad!

—Sí; eso, bien traducido y bien comentado, una barbaridad de dinero, amigo Fraile. No saben ustedes vivir ni aprovechar la libertad.

Don Alejo se despidió decidido a comprar con aquellos jornales una gramática francesa, un diccionario y una novela de Balzac, y prepararse solo para desentrañar los misterios del complicado idioma de la Diplomacia.

Pero en su casa le aguardaba un serio contratiempo.

Don Raimundo, sentado en la portería, lo miró por encima de las gafas, y saliendo a su en-

cuentro en cuanto lo hubo identificado, le dijo con torturante acrimonia:

—Lo estoy viendo y no lo creo. ¡Quién le hubiera dicho a mi amigo Aníbal que iba a tener un hijo así!

—¿Cómo, don Raimundo?

—Hereje; pero vamos arriba: no conviene que se entere la portera, que es una bendita mujer, ni los vecinos, que son todos buenos cristianos.

Entraron en el cuarto; don Alejo lamentó el no tener una silla que ofrecer a su casero, y éste repuso, implacable:

—Peor tiene que verse; está usted dejado de la mano de Dios. Lea, lea lo que dicen de usted.

Y puso en sus manos un número de *La Semana Católica*.

Acotado con unas señales de finta, saltó a sus ojos, preñados de lágrimas, un suelto que decía:

“Nuestros lectores recordarán, sin duda, de aquel don Aníbal Fraile (q. s. g. h.), oficial de notaría eclesiástica, de cuyas virtudes nos hicimos eco muchas veces en estas columnas. Por desgracia, no se ha cumplido el refrán que dice: *De tal palo tal astilla*, sino aquel otro que reza: *A padre ganador hijo gastador*, y el hijo de don Aníbal ha dilapidado rápidamente todos los tesoros de fe y de devoción que de sus mayores heredara.

„Alejo Fraile Castaño, que así se llama ese desventurado, se dice republicano, y con frecuencia perora entre las masas indoctas y blasfema de todo lo divino y humano para arrancar aplausos inspirados por Satanás.

„Lo más grave del caso es que ese pobre gandul, y así le llamamos porque carece de empleo, profesión y oficio, es un personaje entre los enemigos de Dios y de la Iglesia, y pronto acaso lo elevarán a la inmerecida dignidad de concejal o diputado.

„Véase, pues, cómo es una realidad aquello de que los republicanos han formado siempre su partido con un gancho de trapero que sólo recoge guiñapos. De tal puede calificarse la adquisición que han hecho con el hijo de nuestro don Aníbal.“

—¿Qué dice usted a eso?—preguntó don Raimundo cuando vió que su inquilino doblaba el periódico.

Don Alejo bajó la cabeza y clavó en el suelo sus ojos.

En vista de su silencio, prosiguió el casero:

—Ya comprenderá que, después de haberle conocido, no puede usted seguir gozando de mi favor. Por fortuna, la recogida de los trastos no le ocupará mucho tiempo; así que espero que mañana mismo desaloje y entregue la llave a la portera.

Y salió, sin aguardar respuesta.

El primer impulso del ciudadano Fraile fué el de liar su fementido camastro, llamar a un prendero que se lo comprase y devolver en aquel momento el usufructo del cuarto a don Raimundo.

Puso manos a la obra, y cuando ya lo tuvo todo recogido, se asomó al balcón para ver si pasaba el trapero.

En el balcón de al lado sacudía unos trapos su vecina Paquita, y, como de costumbre, la saludó con una inclinación de cabeza.

Paquita, sin duda, en aquella mañana tenía más gana de hablar que en otras ocasiones, y no se conformó con el saludo ceremonioso, sino que, anhelante de pegar la hebra, le preguntó en tono zalamero:

—¿Está usted malo, vecino?... Tiene usted hoy muy mala cara... ¿O es que hemos andado esta noche de juerguecifa?

—No; no, señora; ni una cosa ni otra; desventuras, azares de la vida, que le ponen a uno de mal humor.

—¡Ah, ya caigo! He visto salir hace un momento al casero. ¿A que es él quien le ha puesto a usted de malas?

—Tal vez.

—Vamos, no sea usted tan huraño; pase y cuéntemelo todo.

Don Alejo no se hizo repetir el ruego.

VII

El ciudadano Fraile no era un misógino, ni mucho menos. Desde su más temprana edad supo admirar la femenil belleza, y hasta rendirle el tributo de su adoración, pero siempre como en una oración mental. Su buen padre le hubiera castigado severamente si le hubiese visto quebrantar esta disciplina.

Ya de mayor, quiso administrar mejor su galantería y dar paz a su sed de amores. Llegó a tener con muchas jóvenes esos discreteos que preceden al noviazgo; pero como unas le pedían matrimonio y otras dinero, y no estaba en condiciones de acceder a ninguna de las dos demandas, tomó a las mujeres una especie de miedo o aversión, más bien formal que fundamental, y concretóse a admirarlas platónicamente, poniendo el veto a sus labios para no sufrir luego desaires ni decepciones.

Con Paquita, dos veces había quebrantado esta norma de conducta. Una vez, en los primeros días de llegar ella a la casa, cuando ya se habían saludado con una urbanísima inclinación de cabeza de balcón a balcón, la encontró

en la escalera, subieron juntos y se aventuró a decirle:

—¡Lástima de piso quinto con entresuelo y sin ascensor! ¡Qué poco iba yo a sentir junto a usted la fatiga de la escalera!

Paquita enrojació ligeramente, le miró, se despidió con una sonrisa y se metió en su cuarto.

En otra ocasión la vió que compraba flores en la plaza de Santo Domingo; esperó que las pagara, y cuando entró en la calle Ancha, se dió a ver y le preguntó de sopetón:

—¿Va usted a casa, vecina?

—Sí, señor.

—Yo también: ¿quiere usted que vayamos juntos? ¿La puede a usted comprometer mi compañía?

—Soy soltera y mayor de edad.

—Muy poco mayor.

—¿Y usted qué sabe?... Los primeros que cumpla, veinticinco. A esa edad ya nos llaman ustedes viejas.

—Serán los demás. A mí las tobilleras no me gustan.

—Porque todavía es usted un pollo. Ya le gustarán.

Y así, hablando estas trivialidades, llegaron a la casa, sin que ninguno de los dos se atreviera a escrutar ni atisbar el alma del otro. Se dieron la mano un poco ceremoniosamente y se metieron cada uno en su cuarto.

Sin embargo, esta segunda entrevista dejó una leve huella en el corazón de don Alejo; pero al cabo de muchos ratos de insomnio, resolvió

que no le era conveniente aquella amistad, a la que, como todas las anteriores, pondría término una petición de dinero o una proposición de matrimonio, y recogió velas, volviendo a concretar su relación con la joven a una inclinación de cabeza de balcón a balcón cuando se veían.

Paquita era una mujer hermosa más que guapa: morena, de hombruna estatura y grandes ojos felinos. Su boca era sensual y su pecho prominente; en sus movimientos había cierta masculinidad, y el tono de su voz, sin ser bronco ni desagradable, era muy enérgico.

Tenía la buena costumbre de no aderezarse el rostro con afeites; el brillo natural de su pelo negro dispensábala del uso de cremas y pomadas; sus labios eran naturalmente más rojos que el carmín industrial, y en cuanto a sus manos, grandes sin ser desproporcionadas, parece como si fuviera a gala exhibir en ellas las huellas del trabajo mejor que las artificiosas perfecciones del *polissoir*.

Vivía con una criada vieja, y el ciudadano Fraile no se había cuidado de averiguar o no había tenido habilidad para investigar de qué vivía y si la visitaba algún amante.

Le recibió en un gabinetito amueblado con una vieja sillería, enfundada de lona. Sobre el sofá había un espejo con muchas cicatrices; en las demás paredes, los cromos más vulgares y conocidos, y en una rinconera lucían una muñeca de china y un ramillete de flores de trapo.

Hizole sentar en el sofá, y ella se acomodó en

una butaca, después de haberla terciado para poderse ver en el espejo.

—¿Me permite usted que le diga una cosa?

—Diga lo que quiera, Paquita; viniendo de usted no puede ser mala.

—Pues que es usted el hombre más hurón que he conocido. En año y medio que llevo en esta casa, si no cuento mal, me ha saludado usted dos veces, y a eso no hay derecho. Las personas tenemos que ser sociables. Los hombres, sobre todo, tienen ustedes que ser galanes. Figúrese que un día o una noche me pasa algo grave. ¿Con qué cara pido yo auxilio a un vecino que huye de mí?

—Tiene usted razón, Paquita. Soy un estúpido; le juro que ya no lo haré más... Pero... ¡claro que no lo haré más! ¡Sabe Dios cuándo volveremos a vernos!

—¿Se marcha usted?

—Me arrojan, que no es lo mismo.

—¿El casero? ¿Don Raimundo?

—Sí, señora, don Raimundo. Esa es la pena que ha visto usted en mi cara.

—Y ¿cuándo se va usted?

—En seguida; en cuanto salga de aquí.

—Tendrá usted ya casa buscada.

—La buscaré; como no necesito un piso, una casa para dormir se encuentra en cualquier parte.

—De modo que ha venido ya el Juzgado con todos los sacramentos, y yo, sin enterarme.

—No, no, señora; no ha venido nadie más que don Raimundo, que es el que me ha despedido.

—Y ¿va usted a marcharse sin más ni más? ¡Valiente primo! ¡Estese usted ahí hasta que vengan los alguaciles!

—Es que le debo ocho meses, Paquita.

—Para don Raimundo eso es como para mí un café de *tupi*. Ya sabrá usted que es millonario...

—Sí; era muy amigo de mi padre.

—No se conoce.

—Pero si no me echa por no pagar.

—Eso sí que no lo entiendo. ¿Le ha dicho a usted que necesita el cuarto para alguna persona de su familia?

Al formular esta pregunta, Paquita se ruborizó ligeramente.

—Tampoco.

—Pues explíquese usted, hombre, que me tiene ya intrigada.

—Presiento que voy a perder la estimación de usted si se lo digo; pero, por otra parte, lo menos que le debo es sinceridad. Usted, según tengo entendido, es una buena cristiana, y yo soy un hereje.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Que me desahucia por hereje; ya ve usted.

—¿No hay otro motivo, amigo Fraile?

—Ninguno.

—Pues vuelvo a lo mismo: no sea usted primo y estese aquí tranquilito los dos meses que tardarán en venir los alguaciles para el lanzamiento. Yo no quiero mal a don Raimundo. ¡Dios me libre! Pero me revienta el que le ponga en medio del arroyo nada más que por no ser de sus ideas.

—Deje usted, que, cuando mandemos nosotros, ya las pagarán todas juntas.

—¡Ah! Pero, ¿usted va a mandar? ¿Va usted a ser del Gobierno?

—Con el tiempo...

—Y ¿será usted ministro?

—Según. Acaso tanto, no; pero gobernador o una cosa así, seguramente.

—¿Y le quiere a usted poner en medio del arroyo ese chupacirios! No se vaya, señor Fraile, no se vaya; en vida de mi madre, recuerdo yo que nos desahució un casero, y desde que nos trajeron el primer papel hasta que nos sacaron los frastos los alguaciles pasaron cerca de tres meses.

—Lo pensaré, Paquita, lo pensaré.

—Ya está pensado; usted se queda en el cuarto, y todos los días, después de comer, pasa usted a hacerme compañía un ratito. Yo también pasaré alguna vez a curiosear en sus habitaciones.

Y aquí fué don Alejo quien se ruborizó intensamente. Pretextó a continuación un quehacer, y se despidió de Paquita hasta el siguiente día.

—¡Qué lástima—se dijo al salir—fenerme que marchar ahora, cuando se empieza a estar bien en esta casa! Pero tiene razón Paquita. Dejemos que el Juzgado les dé un bocadillo a las talegas de don Raimundo. En cuanto a mí, no me queda para con él ni un átomo de fama que perder seguramente.

Y antes de lanzarse a la calle para officiar de conspicuo republicano, entró en su cuarto, des hizo los paquetes que había hecho y puso de nuevo cada cosa en su lugar.

VIII

¿Quién querrá creer que la hermosa Paquita era nada menos que amante de don Raimundo y que gracias a su liberalidad tenía aquel cuarto, la comida y el vestido seguros, sin quebraderos de cabeza, y una cartilla con unas pocas pesetas en el Monte de Piedad?

Al través de los consejos que dió al ciudadano Fraile nadie lo hubiera vislumbrado. Sin embargo, un hombre un poco más mundano que el hijo de don Aníbal se hubiera sentido advertido por aquel ligero rubor que carminó la faz de Paquita al saber la noticia del desahucio, pues temió que su protector tratara de situar allí personas que la sometieran a observación y vigilancia.

Y no es que tuviera nada que ocultar, sino que aquello le parecía una vejación; y además, no estaba muy segura del porvenir.

Don Alejo, con sus ojos rutilantes, su fuerte contextura de mozo sanote y bien criado, y sobre todo, con su brillante carrera política, acababa de despertar el más vivo interés y la más profunda simpatía en el corazón de Paquita.



—Si yo supiera—pensó—que este hombre podía arrancarme del dominio de don Raimundo...

Porque a su amante le profesaba un odio implacable, que aumentaba con el tiempo, desde que tuvo la desgracia de conocerlo.

Paquita y su madre extremaron el culto a la honra de un modo inconcebible. "¡Cuida de tu honra, hija mía, ya que yo me voy al otro mundo y no podré ayudarte a defenderla!...", fueron sus últimas palabras; y Paquita las recordaba todos los días. No tuvo la fortuna de que un hombre de juicio sereno la instruyese de que la honra no es lo que pensaba su madre.

Conocían superficialmente a don Raimundo, que tenía una funeraria en la misma calle; le encomendó Paquita el entierro y lo hizo. Al principio mandó la cuenta con un dependiente; Paquita, multiplicando sus afanes y alargando sus veladas, no podía conseguir que la costura produjera un remanente para pagar aquella y otras deudas. Don Raimundo determinó encargarse personalmente del cobro; subió al cuarto muchas veces; notificó a Paquita que era viudo y rico; le regaló la factura con el recibo y además una pulserita de oro para cuando se quitara el luto; atisbó el fatídico cuarto de hora, y sucedió lo que viene sucediendo en condiciones análogas desde que en el mundo hay hombres y mujeres.

Paquita trabajó menos y vivió mejor; pero a los pocos días de formalizadas sus relaciones con don Raimundo, tuvo un disgusto de los que

engendran canas y dejan, hasta en las frentes juveniles, una intensa arruga, como señal dolorosa.

Unas vecinas beneméritas la invitaron a presenciar la ceremonia del matrimonio de don Raimundo con una viuda riquísima, de cuya captación empezó a ocuparse un año antes, con ocasión de haber dispuesto para el marido el último traje y acomodo.

Paquita quiso matar a don Raimundo; pero así como la lluvia sabe abatir el poder del viento, unos cuantos billetes conjuraron la tempestad. A los billetes unió además el amante la promesa de una dote, la de un recuerdo en el testamento y la de seguir visitándola con asiduidad para atender a sus necesidades.

Cuando le quedó un cuarto vacante en su finca de la calle de la Manzana, la hizo trasladarse a él y en él la visitaba con la mayor discreción posible.

Paquita no se había encanallado; aun odiando como odiaba a don Raimundo, le fué físicamente fiel y vivió su vida monorrítmica en la paciente espera de que el viejo muriese para vivir luego tranquila, soltera o casada, de sus rentas.

Ignoraba la muchacha en absoluto la precaria situación de don Alejo; por el contrario, cuando de sus labios escuchó que pronto gobernaría, pensó que tuviera un pingüe destino del Estado y que por el automatismo de un escalafón era como iba a llegar a la gloriosa posición de la que le hablaba.

—Es mucho para mí—se dijo Paquita—; pero parece un hombre muy llano. Si congeniamos y además don Raimundo cumple conmigo como debe, ¿quién sabe?

Por su parte, don Alejo pensaba:

—Parece buena muhacha. Voy a cultivar su amistad para tener a quién contarle mis amarguras, porque yo a mis correligionarios no me descubro. Esta me parece que ni me pide dinero ni me habla de matrimonio.

IX

El señor Benigno había tenido un bautizo *de postín*. Después de guardar los trebejos y de haber consignado la inscripción en el Libro Parroquial, abandonó la iglesia.

En el hondo bolsillo del pantalón le sonaban cinco duros en duros que había regalado el padrino.

Al desembocar en la calle Ancha encontró a don Alejo, que, sin rumbo, había salido de su casa momentos antes.

El sacristán lo convidó a cenar en una taberna; hablaron fríamente de la cesantía, del desahucio y de todas las desgracias que al novel republicano acongojaban.

—El partido—dijo el señor Benigno—debe hacer algo por usted; pero es el caso que todos los días estamos echando guantes y abriendo suscripciones... Organizaremos un beneficio en Barbieri; precisamente el cuadro dramático de nuestro Centro está deseando hacer algo.

—No, señor Benigno; eso de ninguna manera: yo no quiero que mi nombre suene, ni que el partido me socorra de ese modo. Lo que yo ne-

cesito es una colocación, algo así como lo que me dió el señor Rodríguez en el Ayuntamiento.

—Yo pensaré, yo pensaré, para ver si doy con alguna cosa que convenga.

Llegaron al Casino del partido. Como en aquella noche no se celebraba ningún acto público, estaba el salón iluminado únicamente por una bombilla sin pantalla colocada en el centro del estrado, en el que los jóvenes del cuadro dramático ensayaban *Juan José*, para empezar luego con *El pan del pobre* y seguir con *La Capilla de Lanuza*.

En una habitación interior, agrupábanse, en torno de varias mesas, unos cuantos hombres pobremente vestidos que jugaban al dominó, al mus o al tute.

Una señora muy gruesa, casi anciana y con gafas de miope, recosía una canasta de ropa inferior junto a un mostrador de madera. Su marido, un viejecito de porte distinguido y rostro simpático, que era conserje del Casino, preparaba tazas de café y copas de licores, con una gran torpeza, reveladora de su falta de aprendizaje para el oficio.

En el centro de la estancia, al pie de una lámpara, otro viejo de rostro inequívoco de militar retirado, leía con avidez un periódico, pronunciando a media voz las palabras, y cuando daba con algo que a su juicio fuera interesante, poníase de pie, lo leía en alta voz y le aplicaba un comentario.

Un hombre como de cuarenta años, prematuramente calvo, rubio, con bigote ensortijado y

un poco chulo en su indumentaria, hacía solitarios con una baraja mugrienta. Le llamaban don Casiano y le oían o simulaban oírle con gran respeto. El militar era el único que en algunas ocasiones atrevíase a llevarle la contraria.

—*¡Ordago a todo!*—gritaron en una mesa—. Elegid...

—Queremos a pares y tenemos *medias*.

—Pues aquí, *duples*. Os hemos matao de chaquetazo. Habéis perdido los caracoles.

—Pero ¿vais a comer caracoles de noche, con lo indigestos que son?—preguntó el conserje que era allí tutor de todos, y, más que servidor, dueño de la casa; por algo había sido el año 73 diputado a Cortes.

—A nosotros no hay cosa que nos haga daño, ni piedras que comiésemos.

—El caracol—exclamó don Casiano—es un molusco terrestre o terráqueo, como se quiera decir; a veces se alimenta de yerbas venenosas y por eso es preciso purgarlo antes de ingerirlo. Suele también tener en su estómago granitos de arena, que estropean a veces la dentición del comensal.

—Pues yo—intervino el militar retirado—le he visto a usted un día en casa de Canuto dándose una buena panzada de caracoles.

—Eso no es un óbice mayormente para que yo declare aquí el pro y el contra de los caracoles, porque los conozco de una manera fundamental y analítica. ¿Ustedes saben cómo se efectúa la caza del caracol?

—*¡Con rifle!*—exclamó uno de los del *mus*.

—Estoy hablando en serio—replicó amoscado don Casiano—. Y cuando un hombre como yo habla en serio, se le escucha o se taponan uno las trompas del ciudadano Eustaquio; pero no se le interrumpe con escaramuzas, que lo único que revelan es la mendicidad mental del interruptor, o sea que es un hombre inalfabeto.

—Analfabeto—le corrigió el conserje.

—Sí, han dado ustedes en decirlo así; así se lo hemos oído aquí una noche a don Eduardo Benot, que, al parecer, entiende algo de estas cosas; pero yo digo inalfabeto por lógica, puesto que digo incapaz, ineducado, impotente. No vamos a corromper la palabra y nos pase como con los que no tienen dignidad, que les debíamos de llamar indignos y les llamamos *endinos*.

—Venga, venga eso de la caza del caracol. Deje lo demás para cuando mandemos y le hagamos Presidente de la Academia—dijo el militar con gesto afectado de hombre serio.

—Pues verán ustedes. El caracol, además de ser un molusco terrestre, es un animal *morolito*.

—Y eso ¿con qué se come?—preguntó la señora, dando de lado a la canasta de la ropa por un momento.

—Ese vocablo, señora, lo he inventado yo para definir el caracol científicamente. Ustedes recordarán aquel señor de Sevilla que nos dió aquí hace dos años unas conferencias anticlericales. En una de ellas, censurando el mal gusto de los católicos para los nombres propios de varón, ponía este ejemplo: Hipólito: *hipo*, caballo; *lito* piedra; quien se llama Hipólito se llama *caballo*

de piedra. Y yo llamo al caracol *morolito* porque mora en las grietas de las piedras. Pero vamos a su caza. No sale de su escondite sino cuando hay formentas que ablanden la yerba de los campos, y como formentas atmosféricas no las hay todos los días, se conciertan los cazadores, que han de ser cuatro, para producirlas artificialmente. Uno lleva un tambor con el que imita los frueros; otro, una linterna sorda para hacer los relámpagos, y otro, una regadera para producir la lluvia. Todo ello se hace de noche, y cuando el pobre caracol sale engañado de su cueva, el cuarto cazador lo atrapa.

La opinión se dividió en tres partidos: unos dijeron que tenía razón don Casiano; otros, que les había gastado una broma inofensiva para amenizar la velada, y los otros, que había querido darse tono de hombre ilustrado a costa de la ignorancia del auditorio.

El señor Benigno y don Alejo, como aquello no les divertía, pasaron al salón grande para ver los ensayos del cuadro dramático.

Terminaban la última escena de *Juan José*; aplaudieron todos la gallardía del protagonista; y, de pronto, a grandes voces, impuso silencio el señor Anastasio, el carpintero de armar, que decía:

—¡Así no se perturba el seno de una familia, decente! ¡Cuando me vinisteis a pedir que trabajase la Usebia, podíais haberme dicho que tenía que hacer de *postituta* y no de Isabel la Católica, como el otraño en Pontejos!

—Señor Anastasio—replicó el galán—, esta-

mos en el mundo del Arte, y aquí no hay inmoralidades. Su hija de usted, en el escenario, no es una mujer, sino una creación del genio de don Joaquín Dicenta.

—¡Míá tú ese fontilán! ¡Venime a dar lecciones a mí, que melito en el partido hace más de treinta años!—profestaba, desaforado, el señor Anastasio—. ¡Arrea, arrea pa casa, chica, y, si quien que salgas a las tablas, que l'hagan virgen u reina, como el año pasao!

El galán increpó al señor Anastasio, y le llamó *indocumentado*; volvió a gritar el carpintero, y, de pronto, se oyó la voz del militar, que clamaba en la otra estancia:

—¡Le digo a usted que no sabe lo que son cacoles, ni los ha visto más que en las cazuelas

—¡Y usted es un patafero que no se ha sentido republicano hasta que lo echaron del cuartel a patadas!

—¡Cállese usted, mal federal! ¡Progresista!

A esta increpación acompañó el ruido como el de una botella que se rompe contra la pared en mil pedazos.

Las mujeres del cuadro dramático gritaron y cerraron las puertas del salón; pero, contra lo que se aguardaba, al ruido de los vidrios siguió un profundo silencio, que volvió a romper el señor Anastasio:

—¡Vamos, que una hija mía haciendo de tufanta! ¡Tendría que ver eso! ¡Arrea, pasmá, que paice que las cosas no van con fil...

—Pues tendremos un disgusto, señor Anastasio—insistió el galán—. Mañana se reúne la

Asamblea y presentaré un voto de censura contra usted.

—Como si quies presentar veinte, porque ahora mismo me borro del partido.

Y volvió a oírse la voz del militar:

—¡Nos ha jorobao el doctor este! ¡No hay hombres más brutos que los sabios! Ya lo dijo Figueras.

—Y así como usted se subleva ahora por cuestión de dos reales de cacoles, ¿por qué no se sublevó usted cuando mandaba una compañía?

—¡Silencio he dicho!—exclamó el conserje, golpeando el suelo fuertemente con una silla.

Don Alejo y el señor Benigno salieron del Centro.

A corta distancia les siguieron tres hombres que allí habían permanecido toda la velada entretenidos en jugar al tute y sin tomar parte en las disputas.

En la calle Ancha, antes de despedirse, dijo el sacristán a su amigo:

—Ya tengo una idea para que resuelva usted su situación.

—¡Venga!

—Escriba usted algo fuerte o eche un discurso contra las instituciones pa que lo lleven a la cárcel

—¡Hombret!

—Esa es la coronación que a usted le falta pa ponerse a la cabeza de todos; además, al verle a usted preso, el partido hará un sacrificio y reunirá para usted unas pesetas.

—Lo pensaré—dijo tímidamente el ciudadano Fraile.

Cuando a don Alejo le faltaban unos veinte pasos para llegar a su domicilio, aligeraron la marcha los tres hombres que lo venían siguiendo desde el Casino, y el más apersonado de ellos al darle alcance, le dijo cariñosamente:

—Buenas noches, ciudadano Fraile. ¿Lleva usted mucha prisa?

—Si ustedes me necesitan...

—Queríamos hablarle un rato de cosas muy reservadas.

Y como le viera dudar, añadió:

—Somos todos correligionarios, y de buena cepa.

Don Alejo se dejó guiar, y minutos después se reunieron los cuatro en el interior de una taberna, en torno de un clásico guisote.

Cuando estuvieron servidos, el que le había interrogado cerró la puerta cuidadosamente, y prosiguió:

—Ante todo, ¿conoce usted a los *hijos de la viuda*?

—No tengo el honor.

—Bueno; es usted un profano que debe dejar de serlo cuanto antes.

El ciudadano Fraile palideció.

—Usted me dirá—repuso tímidamente.

—Pues las cartas boca arriba. Un hombre culto como usted habrá oído hablar de la Masonería.

—Ciertamente.

—Pues nosotros somos un triángulo que, conociendo los méritos de usted, venimos a invitarle a que ingrese en nuestra orden. Ya comprenderá que no a todos nos descubrimos de esta manera, y que esto no podíamos decirselo delante del sacristán ni de esos otros beduinos del Centro.

—Lo comprendo; pero... no sé si tendré condiciones...

—Sí; vamos, usted, como casi todos, tiene el reparo de las pruebas.

—Algo he leído...

—Pues no se preocupe; las pruebas materiales no tienen importancia. Se puede decir que no son más que fórmulas. Lo principal es un examen que se sufre, y usted tiene sobrada capacidad para salir airoso...

—Si es así...

—Así es; no lo dude. Con las pruebas aterramos a los curiosos que pretenden saber lo que, se guisa en nuestras cocinas, que son muchos, y algunos vienen enviados por la Policía o por el jesuitismo.

—Ustedes dirán lo que tengo que hacer.

—Firmar esta instancia.

Y puso en sus manos un papel impreso, en el que al llenar los huecos debía declarar su edad,

su profesión, estado, naturaleza y otros particulares análogos.

Don Alejo lo leyó ávidamente y se dispuso a firmarlo; pero de pronto se detuvo. Había llegado a un inciso que decía: "Me comprometo a pagar por derechos de iniciación y por el material que se me entregue la suma de pesetas..."

—A esto—dijo dolorido—no puedo comprometerme. Hoy por hoy, me encuentro en una situación angustiosa.

—No importa; firme y se le darán las mayores facilidades para el pago. Lo que sí le advierto es que la Masonería no puede resolver su situación económica.

—Ni yo lo pretendo; estas cosas debe el hombre hacerlas por sí mismo.

—Exacto.

—Y ¿cuándo he de presentarme?

—Despacio, despacio; no crea que en nuestra orden se ingresa como en los partidos políticos. Con esta solicitud encabezamos un expediente en el que se practica una porción de investigaciones. Cuando todo esté ultimado, uno de nosotros vendrá a buscarle para la iniciación.

Salieron todos; los masones acompañaron galantemente hasta su casa a don Alejo y le felicitaron por haber accedido a colaborar con ellos en la gran obra de la fraternidad humana.

Al subir la escalera se cruzó con un hombre que la bajaba cautelosamente. Un inoportuno golpe de tos descubrió a don Raimundo, y como desde la calle había visto luz en el cuarto de Paquita y al entrar en el portal sintió que su

puerta se cerraba, nació en su corazón una leve sospecha que se propuso disipar o confirmar sobre la marcha.

Esperó a que la puerta de la casa se cerrara en pos del propietario y llamó con los nudillos en el cuarto de su vecina.

Le abrió ella misma sin mostrar inquietud, ni sorpresa, ni rubor; actitud que desconcertó un poco al ciudadano Fraile.

—¿Es posible, Paquita?—preguntó resuelto a descifrar el enigma—. ¿Estoy soñando o de verdad ha salido de aquí don Raimundo? Si así es, tenga la piedad de engañarme; hasta este momento no me he dado verdadera cuenta del sitio que ocupa usted en mi corazón. ¡Paquita, dígame por Dios que no es de aquí de donde ha salido ese hombre!

Paquita, sin inmutarse, le hizo confesión general y detallada de sus relaciones con el casero, añadiendo que muchas noches decía en su casa que iba al teatro o a juntas de sociedades, y la visitaba en aquellas horas, las más adecuadas para que la vecindad no se enterase.

Don Alejo quedó como anonadado. Después reflexionó que una mujer en aquella situación era la única que podía convenirle.

Cuando empezó a despertar el día conversaban aún, y justamente hacían planes de matrimonio para cuando el casero pagase a la tierra su último tributo.

XI

Don Alejo, digno, rechazó la protección económica que le ofrecía Paquita con verdadera insistencia; lo único que hizo fué almorzar o merendar algunas veces en su casa; no se atrevió a cenar por miedo a que a los postres llegase don Raimundo.

Aquellos amores le aguijaban la necesidad de resolver su problema, por lo menos para presentarse a Paquita bien vestido, y poder alguna vez corresponder a sus atenciones, aunque sólo fuera con triviales obsequios.

Después de una noche de insomnio y de un día entero de planes descabellados, decidió poner en práctica el remedio heroico del señor Benigno.

En las Ventas del Espíritu Santo se celebraba un mitin republicano para protestar de que los frailes se hubiesen apropiado unos terrenos pertenecientes al Ayuntamiento de Canillas; allí se fué a pie y sin cenar el ciudadano Fraile.

Por el camino pensaba:

—El partido no debe abandonarme; a la cárcel me enviará dinero. En esa situación puedo

también sin rubor aceptar algo de Paquita, aun cuando sea en calidad de préstamo. ¡Lástima que no haya ingresado aún en la Masonería! ¡Allí sí que hubieran hecho una buena recaudación!... De todas maneras, no me excederé mucho; creo que con un mes de cárcel tendré bastante para desempeñarme, comprarme un traje y salvar veinte o treinta duros para ir viviendo...

Tan pronto como fué advertida su presencia en el teatro donde se celebraba el mitin, estalló una salva de aplausos.

Ya habían hablado varios oradores, y sin dejarle descansar le obligaron a que lo hiciera.

—Ciudadanos —comenzó—: Lo dijo Pi Margall: así como los hombres cuando descuidan su limpieza se llenan de piojos, los pueblos, cuando descuidan su limpieza intelectual se llenan de frailes.

Hay que atacar a la base, a la causa; empuñemos todos la piqueta demoledora y vamos a dar en tierra con estas caducas instituciones...

No pudo seguir: el delegado de la autoridad lo tomó del brazo, le mandó callar y dió por terminado el acto.

El público protestó gritando desafortadamente; un guardia desnudó el sable, y salieron todos atropellándose en las puertas.

Los conspicuos, que se habían sosegado, comentaban:

—¡Siempre ha de venir uno de estos vocingleros a estropearnos la fiesta!

Cuando don Alejo, detenido, y los de la autoridad quedaron solos, dijo el agente:

—Me ha puesto usted en un verdadero compromiso: no tengo más remedio que llevarlo a la Delegación, y lo siento de veras, porque soy tan republicano como usted, por no decir más. Si llego a estar solo me hago el *longui*, y Cristo con todos; pero si no le defengo, van con el sople estos camellos—señalando a los guardias— y me ponen el coci en la del rey.

Cuando preparen ustedes una gorda, cuenten conmigo; pero en esto de hablar hay que andar con mucho ojo... vamos.

Salieron; en la calle no vió don Alejo un correligionario ni para un remedio. Los frailes repicaban briosamente sus campanas como para contestar los apóstrofes que en el mitin les habían dirigido.

Atravesaron la plaza de la Alegría, siguieron por la calle de Alcalá, siempre a pie, y el agente de la autoridad insistía en su tema:

—Cuando tenía yo de veinte a veinticinco años, en mi pueblo formé una Sociedad republicana que protestó contra los consumos; y una vez que vino el obispo a confirmar a los niños, nos fuimos al campo a comernos un cordero en señal de protesta. Ya ve usted lo que soy yo.

Llegaron a la Comisaría y en el acto hicieron pasar a don Alejo a la presencia del jefe. Levó el parte, miró de arriba abajo al ciudadano Fraile y le dijo sonriente:

—¡Qué necesidad tendría usted de decir estas tonterías! Yo soy tan republicano como usted y no las digo ni en broma. ¿Cree usted que vamos

a traer la República hablando en los mítines? ¡Pues aviado está! Lo que hacen ustedes es buscarle a uno conflictos y disgustos. Espere ahí fuera y dentro de un rato lo llevarán al Gobierno civil. ¡Dios quiera que no le manden a la cárcel!

Salió y lo encerraron en un calabozo en el que roncaba un borracho tendido en el suelo.

— Me he equivocado — pensaba don Alejo mientras paseaba lentamente por su encierro—; todos son correligionarios y van a concluir por ponerme en libertad. Me parece que por esta vez no resuelvo mi problema. Y digo yo: si todos estos señores son republicanos, ¿cómo y de qué vive la Monarquía?... Por lo visto, estamos a dos dedos del poder y yo no me había dado cuenta...

Una pareja de guardias lo condujo al Gobierno civil y lo encerró en una cueva con una reja junto al techo, que daba a la calle Mayor, y por ella se orinaban los chicos.

Allí esperó dos horas hasta que Su Excelencia regresó del teatro y resolvió que fuera puesto a disposición del Juez de guardia; pero antes de que su orden fuera cumplida sintió curiosidad por verle la cara y mandó que le llevasen a su presencia.

— Señor Fraile — dijo ceremoniosamente —, todos los cargos imponen deberes penosos. Figúrese lo que yo sufriré en este momento al recordar a mi pobre padre, diputado del 73, que estuvo siempre dispuesto a dar su vida en las barricadas. Yo, cuando tenía los años de usted,

también era republicano militante, y subí muchas veces a la tribuna y dije acaso más de lo que usted ha dicho; pero aquéllos eran otros tiempos. En mi fuero interno sigo siendo republicano, pero el cargo me obliga a defender la legalidad constituida. Vaya con dos agentes al Juzgado de guardia y mucho celebraré el que el señor Juez le mande a su casa.

— Señor Gobernador — atreviöse a decir Fraile, alentado por aquella cordial acogida —: con estas cosas, no he cenado, y creo que a los detenidos...

— ¡No faltaba más, amigo mío! Dé usted el dinero a un guardia, y le traerá en seguida lo que usted quiera.

— Perdone V. E.; me conformo con lo que sea costumbre dar a los detenidos.

— Mire, señor Fraile: aquí no tenemos consignación para eso; si se prolonga, y creo que no será así, su estancia en el Juzgado, dígaselo al Juez.

Salieron. Por el camino del Juzgado, pensaba el ciudadano Fraile que no era tan fácil ir a la cárcel como había supuesto el señor Benigno.

El Juez de guardia lo recibió con una sonrisa no menos cordial que la del señor Gobernador.

— Está bien, está bien — dijo después de haber leído el parte —; ¿pero qué daño le han hecho a usted los pobrecitos frailes? Yo soy tan republicano como usted. No cabe duda de que la República es la forma de gobierno más perfecta; pero, ¿por qué combaten ustedes la Iglesia? Supriman la propaganda anticlerical y antirreligio-

sa, y en lo demás, conformes. Con el mayor gusto le pondría ahora mismo en libertad para que fuese a decir esto mismo a sus amigos; pero los ataques a la religión y a sus ministros son siempre cosa grave, y no me atrevo.

Ya resolverá el Juez del distrito mañana a las once cuando venga a su despacho.

Y lo despidió con una palmadita en el hombro.

Por un alguacil supo que allí tampoco había socorros para los detenidos y se resignó al forzado y radical ayuno.

Lo encerraron en un calabozo en el que habían ya encontrado su acomodo hasta media docena de detenidos. Se sentó en el suelo, en el rincón más apartado, y fingió dormir para esquivar la curiosidad de sus contertulios.

La noche fué interminable. Con frecuencia se abría la puerta del calabozo para dar paso a un nuevo delincuente, que sin saludar a los demás se tendía en el suelo y comenzaba a roncar a los pocos instantes.

Al través de las rendijas de la puerta se hicieron al fin notar las primeras claridades de la mañana; los detenidos comenzaron a moverse perezosamente y a bostezar. Uno inició un prorrateo para enviar por café. Don Alejo continuó simulando el sueño para no intimar con aquellos hombres a los que juzgaba feroces criminales; sin embargo, bien hubiera querido juntar con ellos su dinero y participar del desayuno; pero era el caso que no tenía un céntimo...

Tomaron el café sibaríticamente y empezaron

a hacerse mutua y recíproca confesión de sus crímenes.

El último que entró había tenido una discusión con un guardia en una taberna; la mayoría de los otros, jóvenes todos, habían formado una experta y audaz banda de ladrones que dió mucho que hacer a la policía y mucho que hablar a la Prensa, para robar... algunas briquetas de carbón en las estaciones ferroviarias. Eran los de la terrorífica *banda negra*.

Don Alejo, al oírlos, se tranquilizó; pero no se decidió a intimar con ellos y afinó la simulación de su profundo sueño.

—¿No conocéis a ése?—preguntó uno de la *banda*.

—Debe ser de los que matan mujeres—repuso otro.

El ciudadano Fraile se estremeció, pero no tuvo decisión para protestar.

Sonaron las once en un reloj lejano. Abrió un alguacil la puerta del calabozo y llamó:

—¡Alejos Fraile!

Comenzó a desperezarse lentamente y a resfregarse los ojos.

—¡El llamado Alejos Fraile!—volvió a gritar el alguacil.

—Presente.

—Pues arrea pa arriba, que te llama el Juez.

A duras penas logró ponerse de pie el ciudadano Fraile; no había comido desde el mediodía precedente y tenía dolorido todo el cuerpo por efecto de la cama tan escasamente comfortable que la Justicia le había dispuesto.

Salió: dos guardias, por una escalerita estrecha y complicada, lo condujeron a la presencia judicial.

—¿Será éste también republicano?—se preguntó don Alejo al entrar en el despacho.

—¿Usted es el del mitin contra los frailes?—le preguntó Su Señoría sin mirarlo.

—Sí, señor.

—Pues declare abajo en la Escribanía lo que quiera. Irá usted a la cárcel en calidad de detenido; veremos en las setenta y dos horas lo que dice el fiscal. Esta gente de sofana tiene mucha fuerza; otra vez métase usted con el rey o con el Gobierno...

Y sin terminar la frase lo despidió con un gesto.

Don Alejo sintióse confortado ante la perspectiva de la cárcel; allí, por lo menos, aun cuando fracasaran las esperanzas que en sus correligionarios tenía puestas, no habría de faltarle un fementido jergón y un poco de rancho.

Declaró lo que el escribiente quiso—y nada quiso que le pudiera ser dañino—, pues el hambre y la fatiga no le consentían razonar ni aun hablar; firmó unos cuantos pliegos de papel en blanco para emplazamientos y diligencias de trámite y lo restituyeron al calabozo.

Siete larguísimas horas tuvo aún que permanecer en ayunas en aquella hedionda mazmorra y con aquella ingrata compañía.

A las seis de la tarde, un alguacil abrió la puerta y entregó los defenidos a cuatro parejas de guardias que los esperaban en el obscuro

pasillo para irlos amarrando de dos en dos con una cadenita por las muñecas.

A don Alejo le tocó de compañero uno de la *banda negra*; sus súplicas para que no lo esposaran y el alegato de su condición de preso político, produjeron una sonrisa enigmática en el rostro duro de los del Orden.

Salieron del Juzgado y el ciudadano Fraile aprovechó la mano libre para cubrirse con ella la cara.

Suelto, y conversando amistosamente con los guardias, caminaba también hacia la prisión el *Garbancero*, un ladrón profesional y redomado que la noche anterior robó a un ambulante de Correos catorce mil pesetas, y además le dió una puñalada en la región glútea—según rezaba el parte—para que no pudiese perseguirle.

XII

Tres días después, el mismo oficial que le había recibido la indagatoria, se presentó en la cárcel y notificó a don Alejo el auto de prisión.

—¿Durará esto mucho?—preguntó al curial.

—Tenemos un fiscal que se suena las narices con un papel de indulgencias, y al ver el parte de la policía ha puesto el grito en el cielo; pero el Juez es otra cosa. Dentro de tres o cuatro días, mándeme usted un escrito pidiendo la libertad y se la daremos con un fiador, o acaso sin él.

Don Alejo se retiró pensativo del locutorio.

Sus primeros momentos de cárcel fueron verdaderamente amargos; cuando llegó habían ya repartido el rancho y así su ayuno se prolongó hasta las once de la mañana siguiente. La debilidad, la fatiga y los ruidos típicos de la prisión, sobre todo el estentóreo *alerta* del centinela, no le dejaron dormir. Y, además, lo mismo presos que empleados, al conocer el motivo que allí le llevara, decían con un gesto de sincera compasión:

—¡Preso político! ¡Para rato tienes!

Después comió sin escrúpulos la bazofia oficial, le supó a rosquillas el pan de munición, durmió sobre su petate como si fuera un lecho de plumas de cisne y se sintió confortado y animoso. Llegó hasta ver en la cárcel el galardón que le predijera el señor Benigno.

Lo único que le entristecía un poco era no haber recibido visitas ni tenido noticias de sus correligionarios. ¿No se habían enterado? ¿Sería posible que *El País* no hubiera dado la noticia con todos los honores?

El cuarto día de su reclusión era domingo. A la una de la tarde, cuando abrió el guardián, como de costumbre, las puertas de su enrejado locutorio, le dijo afable:

—A ver si hoy se acuerdan de usted, don Alejo

Momentos después llegó el señor Benigno. Se abrazaron como pudieron al través de la reja y el bueno del sacristán entregó a su amigo un cuarterón de tabaco.

—Pero, señor Benigno—dijo el preso—. ¿Por qué se ha molestado usted en esto, y mucho más sabiendo que no fumo?

—No importa. Lo castizo es llevarles a los presos tabaco; si no fuman, no les faltará en qué emplearlo.

En seguida llegó Heliodoro con un melón enorme debajo del brazo:

—¡Señor Fraile, señor Fraile! ¡Salú y República! ¡Ya está usted en la cárcel como los buenos! ¡Ese, ése es el camino!—clamaba el muchacho alborozado—. Lo he leído en *El País* de ayer, y digo, dice, en cuanto cerremos el domingo voy

a verlo y le llevo un recuerdito. ¡De esto sí que no les dan a ustedes aquí, seguramente!

Y orgulloso mostraba el melón.

Intentaron pasarlo por la reja y no cabía.

Rogaron al celador que lo pasara por los rastrillos, y dijo secamente:

—No puede ser. Tenemos hoy muy mala guardia.

Y Heliodoro tuvo que llevarse el melón otra vez a la calle.

No había terminado don Alejo de hacer a sus dos amigos la relación de su calvario, cuando llegó una comisión del Centro Republicano, presidida por el señor Eutropio Caña, panadero y ex concejal por uno de los distritos más populares.

—El partido—dijo el personaje—, que nunca abalona mayormente a las víctimas de la reacción, acordó anoche protestar del atropello, y después hizo una coleta que sumó tres pesetas con cuarenta céntimos, lo cual que aquí están y mi óvalo de dos reales que viene por separao.

El ciudadano Fraile dió las gracias con las mejores palabras de su léxico, y quiso hacer un discurso; pero se lo impidió una tosecilla contrahecha del señor Benigno, que a la vez tuvo la virtud de encender el rubor en las mejillas del panadero.

Siguió un momento de embarazoso silencio, y la Comisión se despidió.

Cuando volvieron a quedar los tres solos, el sacristán levantó sus puños crispados, y dijo iracundo:

—¡Granujas! ¡Traidores! ¡Pilletes! Así no pué haber República, ni libertá ni fraternidá entre los hombres. Más de ocho pesetas se ajuntaron, que lo vi yo mismamente, sino que éste es un sujeto misto de gurrión y galápago, y no tira pedrá que no caiga fruta. Se mete a organizar banquetes y de lo que llamamos el *margen* se lleva siempre veinte o treinta duros; por las elecciones se fuma el tabaco de los interventores, y si fuéramos a hablar...

—Y ¿qué es eso del *margen*?—preguntó Heliodoro, mientras Fraile callaba, dolido de la pequeña estafa.

—Pues muy sencillo: semos, es un poner, doscientos pa celebrar el triunfo o la derrota en unas elecciones con un banquete en la Bombilla, en los Cuatro Caminos, o ande sea; la Comisión, que es él solito, pone el cubierto a veinte reales, lo ajusta a catorce y quedan seis de margen pa enviar a la Prensa y pa exprimir las tarjetas; cuando más y mucho, vienen invitaos diez periodistas, que son siete duros, cinco que le cuestan las tarjetas y ocho que da de propinas: pues se lleva a su casa cuarenta duros como el que lava.

—Le digo a usted, señor Benino, que hay gente pa todo—comentó el barberillo.

—Hasta pa tocar el alcordeón, como dijo el otro.

En aquel momento aparecieron en el locutorio los tres masones con quienes había hablado don Alejo.

—Los amigos que usted sabe—dijo el que pa-

recía presidir el triángulo—supieron anoche su desgracia y nos comisionaron para que viniésemos a verle. Además, le traemos las quince pesetas que tenemos siempre disponibles para estos casos, y si su prisión se prolonga, ya tendrá noticias nuestras. En cuanto a lo otro, va muy bien; yo le buscaré cuando salga de aquí.

Dió el preso las gracias emocionado, y se retiró el triángulo después de haber hecho entrega del donativo.

Sonaron dentro dos palmadas: el guardián les advirtió de que la hora de la comunicación había terminado, y después de estrecharse las manos al través de la reja, se despidieron hasta el domingo siguiente, en el que Heliodoro prometió traer otra cosa de menor volumen.

Y volvió a quedar solo el ciudadano Fraile.

Las ideas más opuestas y complejas comenzaron a infligir a su imaginación los tormentos más agudos.

Contemplaba los dos montoncitos de dinero y se decía: —Ya empiezan a responder; para el próximo domingo aumentarán los socorros, y si estoy aquí tres o cuatro semanas saldré con mi problema económico resuelto.—Y sonreía triunfador.

Pero de pronto recordaba que Paquita no había venido a verle, aun cuando, gracias a la magnanimidad de un preso que le prestó una peseta, le había enviado dos días antes una carta conmovedora, y sentía la amargura de una cruel defección.

Pensaba luego en el señor Eutropio, y lejos

de indignarse porque le hubiera sustraído su dinero, sonreía complacido, prometiéndose organizar banquetes, fiestas y suscripciones con *margen*; desgraciadamente, no tenía otra cosa que hacer, y además, el relieve que la cárcel iba a dar a su persona le habilitaba plenamente para ello.

Y de nuevo le asaltaba el recuerdo de Paquita, la ingrata, la desleal, la falsa amiga que le abandonaba con tanta crueldad en su angustiada situación, y llegaba a sentir como un acceso de rabia el dolor de su impotencia para romper aquella rejas y volar a pedirle cuentas de su conducta.

Más sereno, hacía planes para la distribución de aquel dinero: al día siguiente se encargaría una comida modesta en una taberna próxima, y el recadero de la cárcel le traería papel, plumas y tinta. Le era preciso acomodarse para pasar allí un mes por lo menos, hasta que todo el partido se enterase y hasta reunir el dinero indispensable para resolver sus más apremiantes conflictos.

Para dar paz a sus nervios, salió a la estrecha galería, con la que comunicaba su celda; sentóse junto a una ventana y comenzó a leer un novelón folletinesco que a tal efecto le alquiló, por el estipendio de un real a la semana, al ordenanza del departamento.

Unos minutos después, cuando aún no había logrado encadenar su imaginación a la fementida trama novelesca, sintió que descorrían sus cerrojos, y vió aparecer dos clérigos en la puerta de la galería.

—Con esto no contaba yo—pensó contrariado—. Vienen a reconquistarme para la Iglesia. Y... ¿qué les digo?...

Cuando se atrevió a mirarlos, vió que eran su amigo don Baudilio y el capellán de la cárcel, y recobró su tranquilidad.

—Pero, ¿qué tontería ha hecho usted para que le encierren?—le preguntó su amigo cariñosamente—. Dígamelo con franqueza, sin poner hierro, como cuando se habla con los correligionarios, ni quitarlo, como cuando se habla con los jueces.

Don Alejo refirió punto por punto y con toda fidelidad cuanto le había ocurrido.

—¿Nada más que eso?—insistió, un poco incrédulo, el sacerdote.

—Nada más.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Y de salir, ¿qué le han dicho?

—Que dentro de unos días solicite mi libertad por medio de una instancia.

—Que ya habrá usted enviado...

—No; aún no es tiempo.

—Vamos, sí; usted busca la corona del martirio; pero yo, que no paso por movimiento mal hecho, no voy a consentir que se la pongan. Mañana mismo saldrá usted a la calle.

—¿Cómo?

—Si el delito es el que usted me ha confesado, y no lo dudo, la empresa no requiere grandes esfuerzos; pero, además, ya sabe usted que, hoy por hoy, para una sotana no hay resisten-



cias en la actuación de los Poderes públicos.

—Pero...

—No hay pero que valga; en la cárcel hay de todo; mi compañero nos traerá papel y haremos el escrito, la hoja de parra para el juez.

—Traeré el escrito hecho—repuso el capellán—. Tenemos aquí quienes los hacen a maravilla.

Y salió a buscarlo, presuroso y alegre.

—Este, éste—dijo don Baudilio—sí que es un republicano de verdad. ¡Qué ideas más avanzadas y más sanas las tuyas! Y está aquí nada más que para servir al desvalido. El Estado le da dos mil pesetas, y le descuenta el diez por ciento; además, le tiene preso; creo que a vender alfileres ganaría más; pero tiene vocación, y ella le afa; por los desventurados llega hasta cometer delitos. Al director le molesta tanta filantropía, y a las monjitas les asustan sus ideas liberales; así que pronto se lo llevarán a un monte o al fondo de una mina...

Volvió el capellán con el escrito; don Alejo lo firmó, un poco contrariado, y se retiraron los clérigos, no sin reiterarle la seguridad de que al día siguiente estaría en la calle.

XIII

Don Alejo estaba verdaderamente contento y satisfecho de sí mismo. En su interior le retozaba la famosa alegría de vivir.

Al salir de la cárcel, los Centros republicanos organizaron veladas en honor suyo. *El País* le llamó mártir de la idea, y Paquita le ofreció una explicación convincente, acompañada de un almuerzo espléndido.

No había resuelto, a favor de su breve cautiverio, su problema económico; pero aun en este orden de cosas, las más tenebrosas y complicadas, tenía presentimientos halagüeños.

Uno de ellos, el de la protección de los magnates del partido, lo vio realizado inmediatamente.

Aún no llevaba dos días libertado, cuando una buena mañana llamó a su puerta la dicha; fué su portador un mensajero que le entregó una carta firmada por uno de los más elevados y conspicuos personajes del republicanismo, que le llamaba a su casa cariñosamente.

No hay para qué decir que en ella se plantó en dos zancadas.

Su presunto protector era un catalán, ex diputado de las Constituyentes, malhumorado y violento en el hablar, pero generoso y entusiasta para todas las cosas con el partido relacionadas.

El señor Escofet, que así se llamaba, lo recibió envuelto en un aparatoso batín y tocado con una barretina, en su espléndido despacho de la calle de Felipe IV.

—¿Te llamas Alejo Fraile, o eso es un pseudónimo?—le preguntó llanamente.

—Me llamo así, para lo que usted guste.

—Y ¿cómo más?

—Castaño.

—¿Se llamaba tu padre?

—Aníbal.

—¿Y tu madre?

—Juana.

—¿Viven?

—Los dos murieron.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—¿De dónde eres?

—De Madrid.

—¿Qué oficio tenía tu padre?

—Escribiente.

—El tuyo ya se ve: republicano.

El señor Escofet anotó pausadamente todos estos datos en un voluminoso libro-registro. Después se colocó las gafas sobre la frente y le dijo rudo:

—Yo voy a protegerte; pero tienes que trabajar. No quiero nada con vagos. Dentro de ocho días se cumple el duodécimo aniversario de la muer-

te de mi mujer, doña Obdulia Puchebrenes de Escofet, y has de hacerme cincuenta y dos gacetillas diferentes que lo recuerden, para otros tantos periódicos republicanos que se publican en España. Ahí tienes papel, fintero y pluma, cosas que seguramente no tendrás en tu casa, y para inspirarte puedes mirar estos retratos de doña Obdulia. Cuanto antes las hagas antes cobras, pues me figuro que no tendrás un céntimo ni por dónde te venga. Esta labor se la encargo cada año a un joven necesitado, y al leer tu salida de la cárcel, me he acordado de ti. Cuando te canses o te agotes lo dejas y me das lo que hayas hecho, que yo estoy en esa habitación de al lado escribiendo un folleto para desnudar a ese hijo de puta de mi hermano, que me tiene ya hasta la coronilla.

Don Alejo, animoso, tan pronto como se vió solo, templó la pluma, puso en orden las cuartillas y dió comienzo a su tarea funeraria; pero a la cuarta gacetilla ya se había agotado el arsenal de sus adjetivos y no encontraba medio de proseguir su cometido.

Se le ocurrió mirar los retratos que a su disposición había puesto el señor Escofet. Formaban una colección verdaderamente curiosa; los primeros representaban a doña Obdulia con sus trencitas colgando y su cara inexpresiva, cuando, según decía la leyenda del fotograbado, acababa de ser premiada por su aplicación en la escuela de primeras letras de su pueblo natal. En los que seguían, ya doña Obdulia tenía los ojos un poco soñadores, de adolescente; no se había

recogido aún las trenzas y sus fechas correspondían a las de sus premios en labores y confección de flores y frutas, artificiales, naturalmente. Venían después otros en los que doña Obdulia, ya una mujer hecha y derecha, de espléndida hermosura, mostrábase tocando el violín en unos y el piano en otros: primeros premios de música. Destacaba luego otro en el que, erguido el busto, los ojos en blanco y la diestra extendida, se la representaba al poner el colofón a su conferencia en una academia sobre *El hermetismo de los invertebrados*. Por último, en otros aparecía vestida de novia, caracterizada de esposa robusta y amatronada, mujer madura y otoñal, belleza torturada por el dolor físico, y al fin muerta, vestida de blanco y colocada en un ataúd fastuoso, sin atributos ni signos de religión alguna.

Escofet había tenido una buena idea: aquella multiplicidad de actitudes y de aptitudes fué para don Alejo manantial inagotable de inspiración; no cincuenta y dos, quinientas gacetillas diferentes hubiera escrito, a ser preciso, en honor de la hermosa difunta.

En tres días tuvo listo su trabajo. No quiso hacer entregas parciales ni pedir anticipos a cuenta: le convenía cobrar todo junto: allí estaban sin duda, el traje y acaso las botas y el sombrero.

Seguro de sí mismo, puso un poco orgulloso en manos de Escofet las cincuenta y dos gacetillas: el catalán las contó, tomó al azar tres o cuatro para leerlas, y al hacerlo, en su rostro

duro brilló un gesto de satisfacción que recogió el ciudadano Fraile con intensa alegría.

Escofet contó solemnemente cincuenta y dos reales y los puso en las manos de su protegido.

—Y ahora—le dijo con su habitual sequedad— a ver si haces como tantos otros a quienes he bajado de la horca, igual que a ti ahora, y no han vuelto a acordarse del santo de mi nombre.

Salió don Alejo vencido y humillado: aquello era como para renegar de todos los correligionarios y restituirse al seno de la Iglesia.

¡Ah, si en la puerta de Escofet le hubiese aguardado una mano piadosa!

Se acercaba la efemérides gloriosa de la Toma de la Bastilla, que acostumbraba el partido a celebrar con veladas en sus Centros.

Don Alejo recibió invitaciones para que en todas ellas tomara parte y se dispuso a preparar sendos discursos; pero, de pronto, se acordó del señor Eutropio y dijo: ésta es la mía.

Devolvió el volumen de la *Historia de la Revolución Francesa*, por Thiers, que había solicitado en la Biblioteca Nacional, y en una de las cuartillas destinadas a registrar datos históricos, escribió un suelto que llevó a *El País* aquella misma noche.

Decía así:

“Los republicanos de Madrid se disponen este año a celebrar dignamente el glorioso aniversario de la Toma de la Bastilla y han nombrado una Comisión, presidida por don Alejo Fraile Castaño, para que, en sitio adecuado, organice un banquete popular.

„En breve daremos más detalles de este acto que promete ser importantísimo“.

Se publicó el suelto. Tuvo el organizador la

suerte de que la histórica fecha correspondiera a un domingo, y así pudo organizar, en uno de los merenderos de la Bombilla, el almuerzo ciudadano.

Pactó con el figonero: cuatro pesetas cubierto, compuesto de tortilla, merluza y ternera con guisantes, una manzana de postre, aceitunas de entremés y pan y vino a discreción.

Por cada diez daría uno gratis para la Prensa y la Comisión, y en las tarjetas se figuraría el precio de cinco pesetas para que con el *margin* pudieran los organizadores atender a los demás gastos.

Consiguió, además, que un impresor entusiasta regalase las tarjetas con un fotograbado alusivo al acto y que un personaje que quería aprovechar la oportunidad para hacer unas declaraciones, pagara el café y una copa de licor.

En *El País* le dieron carta blanca para manejar el reclamo a su gusto; fuvo además la suerte de que el día no fuera muy caluroso, y con todos estos alicientes, pudo reunir hasta doscientos ochenta comensales; las tarjetas gratuitas no llegaron a seis, incluida la suya, y así pudo salvar un correaje de cerca de cuatrocientas pesetas, cantidad que hasta entonces jamás vió junta y en su poder.

El acto resultó *muy redondito*. El hostelero había tomado la precaución de aguar el vino sin escaseces ni mezquindades, y así, entre los doscientos ochenta enemigos del Régimen, no hubo uno que se permitiera usar de esas libertades consignadas en la Carta Magna concedida por

su majestad el peleón, precisamente para estos casos.

Algunos comenzaron a decir que las aceitunas procedían de un saldo; que las tortillas no eran de huevos, sino de cemento armado; que el vino no vino, sino que fué; pero de cada grupo, por suerte para don Alejo, salía siempre un hombre cuerdo para imponer a los demás la opinión de que allí habían ido a "fraternizar dignamente con ciudadanía, y no a llenarse el monago ni atiborrarse la andorga."

Fraile ofreció el banquete a todos los republicanos de buena voluntad, dedicó unos párrafos rotundos a los demoleedores de la Bastilla francesa y apuntó la necesidad de destruir, una por una, las muchas Basiillas que en España lo son para el pensamiento, para la libertad y para la buena fe.

Cuando se acallaron los aplausos, y ello no fué obra de diez ni de quince minutos, hizo el personaje sus declaraciones, que entusiasmaron también al auditorio, y hablaron quince o veinte oradores más, hasta que, al caer la tarde, el ruido de los manubrios apagó el de aquellos torrentes de cívica oratoria.

En *El País*, al dar cuenta de la fiesta, en comieron con verdadera exaltación el acierto y el éxito que había tenido don Alejo al organizarla, y terminaban con este comentario:

"Es preciso que el partido no olvide los nuevos valores que de entre la juventud van surgiendo. El señor Fraile Castaño no hace aún muchos días sufrió gallardamente el sacrificio de la cár-

cel por combatir la lepra del clericalismo que nos corroe; ahora acaba de unir a esta prueba de entereza de espíritu la de ser un hombre organizador y entusiasta de las tradiciones ciudadanas. Se acercan unas elecciones municipales, y es preciso que alguno de los distritos le ofrezca el adecuado galardón que estimule su actividad meritoria.

„Y, por hoy, no decimos más.“

Tres días después don Alejo, vestido de nuevo de pies a cabeza, compraba fiambres de lujo para obsequiar a Paquita con una espléndida merienda, y a cada paso le detenían en la calle efusivos correligionarios para felicitarle y profetizar el triunfo indiscutible y ruidoso de su candidatura.

Pero al llegar a su casa, cargado con infinidad de delicadezas gástricas, encontró en el portal la gota de acibar que amargó de pronto todas las dulzuras de su dicha inefable.

Le aguardaba don Raimundo, como la otra vez, con un número de *La Semana Católica* en la mano, desplegado como bandera de guerra:

—Vamos, vamos, buena pieza, a su cuarto de usted, que ya es de usted y no mío—le dijo con una afabilidad extraña.

Entraron. Don Raimundo tomó posesión de la única silla que había en la estancia, y con un gesto entre admirativo, complacido y burlón, le ofreció el periódico:

—Lea, lea; después hablaremos.

Don Alejo leyó a media voz:

“Ya tenemos al gato con botas.

„Ese bigardo de quien ya nos hemos ocupado algunas veces, el rrrrrrevolucionario *pour rire*, hijo de nuestro inolvidable amigo don Aníbal Fraile, va a salir concejal en la próxima hornada. Ni él podía haber llegado a más, ni el partido a menos. ¡Qué asco!...“

—Tome, tome, don Raimundo; no me atormentes con estas cosas; no quiero leer más; pídamme su dinero, mándeme a la cárcel, haga de mí lo que quiera; pero esto ya es insoportable...

—Y ¿es verdad que va usted a ser concejal?

—Creo que sí.

—Si lo presentan por un buen distrito, de esos que manejan los republicanos...

—Por el mejor; puedo asegurarlo.

—¡Ya sabía yo que usted tenía que hacer una carrera brillante! A su pobre padre se lo dije muchas veces.

—Pero ya ve usted: por más que hago, no logro resolver mi problema económico — dijo Fraile, un poco intrigado por aquellas lisonjas de tan extraña procedencia.

—Todo llegará.

—Si usted vive en esa confianza, espéreme, que, en cuanto pueda, le pagaré todo; un desahucio ahora, querido don Raimundo, estropeaba todos mis planes. Usted, que fué tan buen amigo de mi padre...

—Esté tranquilo; no sólo no le pido la renta, sino que vengo a protegerle.

—¿Será posible?

—Lo que usted oye. Quiero a todo trance que sea usted concejal. Muevo algunos votos, que

serán para usted, y cuente, además, con algún dinero cuando llegue el caso.

—¡Pero, don Raimundo!

—Al principio, me indignó mucho el ver que usted se apartaba del buen camino; pero todas las heridas se cicatrizan, y sobre mí ha podido más el recuerdo de haberle visto nacer en el seno de aquella familia, a la que quise tanto. Además, estoy ya viejo, no fengo descendencia y se me hace pesada la administración de mis bienes. ¿Quiere usted ayudarme?

—Pero, don Raimundo, por Dios, ¿no habla usted de broma?

—Le daré cincuenta duros mensuales y la casa; por de pronto, guarde usted estos recibos.

Y le entregó todos los de su descubierto.

—Yo no encuentro palabras para representar mi gratitud, querido don Raimundo. Usted me dirá lo que he de hacer para servirle.

—Por ahora, nada; pero casi todas mis casas son viejas, y continuamente me fraen reclamaciones y denuncias del Ayuntamiento; las que vengan de ahora en adelante yo se las enviaré, y usted se las arreglará para que me dejen en paz. Ya sé que ahora la cosa no será muy fácil, y habrá que hacer de vez en cuando alguna obra y dar algún dinero para entretener los expedientes; pero cuando usted sea concejal...

Don Alejo abrazó emocionado a su protector, y aun estuvo por sellar con besos de gratitud sus pellejosas mejillas.

En su candidez, hasta unos cuantos minutos después de haberle visto doblar la esquina de la

calle, no cayó en la cuenta de que don Raimundo, en su propio provecho, quería hacerle prevaricar en el ejercicio de un cargo que aún no tenía.

Y es el hambre una consejera tan ladina...

Decididamente, a don Alejo se le había puesto el santo de cara. Paquita estuvo con él más cariñosa que nunca; entre mimos y carantoñas llegó a convencerle de que no fué a la cárcel porque le daba miedo de aquel horrendo lugar.

Cuando supo el rasgo de don Raimundo, exclamó alborozada:

—¡Ese hombre se muere, se muere; no me cabe duda! Jamás he visto en él una generosidad de esa importancia. Se muere, Alejo; poco va a durarte su protección.

—Pero, chica, si lo que quiere es que yo con mi influencia de concejal mantenga en pie sus casucas ruinosas y ahogue las denuncias de los vecinos que piden obras indispensables.

—Sí, ya comprendo que algo querrá; pero lo que te digo es que a él nunca le ha cabido en la cabeza el que todo eso hay que pagarlo. Se muere, se muere, y ya verás cuando él muera... ¡Ay! Jesús me lo perdone, pero ya verás.

Y proyectaron viajes fantásticos, instalaciones espléndidas, toda una vida de placeres, de ostentaciones y de sibaritismos.

Cuando el galán se apartó de la dama, pensaba:

—Todo eso, por supuesto, lo planea esa mujer a base de matrimonio. Y después de todo, ¿qué más da? Me haré cuenta que me caso con la viuda de don Raimundo... Me esmeraré en la administración para aumentar su patrimonio.

—Don Alejo—le gritó la portera desde su escondite—, creí que no estaba usted en su casa, porque trajeron esta carta del señor, y estuve llamando...

El ciudadano Fraile se ruborizó ligeramente y tomó de las manos sucias de la portera un sobre bastante abultado. Lo abrió nervioso en la puerta de la calle, separó cincuenta duros en billetes de Banco, y levó la carta que acompañaba la cantidad:

“Para que no crea usted que fué un sueño lo que hablamos hace unas horas, tengo el gusto de anticiparle la primera paga, que no le vendrá mal.

„Quiero a todo trance protegerle, y casi me remuerde la conciencia de no haberlo hecho antes.

„Todos los días, a las once de la mañana, debe usted presentarse en mi casa para recibir órdenes.

„Suyo afectísimo,

RAIMUNDO.»

Al acabar de leer la carta, si que le pareció a don Alejo que era un ensueño largo y complicado, dulce y dorado, su vida desde que salió de

la cárcel. ¡Cómo había cambiado su destino! Se había vestido de nuevo de pies a cabeza, constante, pertinaz anhelo que no pudo satisfacer hasta entonces; había pagado sus pequeñas deudas—periódicos, recibos de círculos, préstamos modestísimos de amigos—, y aún tenía casi cien duros en el bolsillo, y lo que valía más aún conjurado el peligro del desahucio.

De pronto, pensó en que debía amueblar el cuarto con el decoro que cumple al cargo con el que sus correligionarios iban a honrarle; pero, prudente, resolvió hacerlo poco a poco, para no volverse a quedar sin dinero, y resolvió comprar aquella tarde una mesa de despacho y media docena de sillas, todo ello modestito.

Recorrió las prenderías de la calle de Tudescos, y después de mucho revolver y de mucho regatear, pudo adquirir sin rebasar el presupuesto de veinte duros, que para este menester se había hecho, la mesa, las sillas, un sillón y un cuadro con una alegoría de la República.

Bien hubiera querido comprar también dos panzudos frailes de escayola, que se los daban barafitos y no podían menos de constituir un adorno gratisísimo para los correligionarios que le visitaran; pero no se le ocultó que aquellas grotescas figuras podían lastimar con sus vientres finajudos y sus mandíbulas descomunales los sentimientos piadosos de don Raimundo, y ante esta consideración decidió dejarlos confinados en la polvorienta vitrina que hasta entonces los guardara.

Cerca ya de la Plaza de Santo Domingo,

husmeando entre los libros viejos de un puesto al aire libre, encontró a su amigo don Baudilio.

—¡Caramba!—exclamó el sacerdote al contemplar su flamante indumentaria—. Esto ya es otra cosa, querido Alejo. Así me gusta a mí, que la gente se sitúe y prospere.

Invitó el futuro concejal, y se trasladaron al café en el que don Baudilio hacía sus más largas estancias.

Allí le contó con detalles minuciosos todo lo que le había ocurrido en aquellos días.

Don Baudilio, después de oírle con amistoso interés, exclamó un poco defraudado:

—Creí que era otra cosa. Nada de eso me convence.

—Pero...

—Verá usted. En los comités del partido, si no anda usted listo, se la jugarán de puño y designarán candidato a quien menos lo merezca. Si es usted el designado, tendrá que abrir cada ojo como una catedral, para que no le engañen sus propios correligionarios el día de las elecciones. Si no triunfa usted, como es más que probable don Raimundo lo echará de su cargo a punta-piés, lo arrojará del cuarto por la ventana y lo difamará en todas partes diciendo que le ha sacado usted con malas mañas un montón de miles de pesetas. Y claro está que Paquita, al oír de labios de su amante todas estas cosas, se convencerá de que usted es un bofate o algo peor y le refirará también su amistad.

—Y ¿qué debo hacer entonces, querido don Baudilio?

—Mientras dura, vida y dulzura; pero sitúese de otro modo, trabaje en algo más fundamental y serio, pues ya ve que toda su prosperidad presente y futura tiene como cimiento el triunfo demasiado problemático en las próximas elecciones municipales.

Don Alejo se sintió un poco contrariado, un poco lastimado en su dignidad y hasta en su categoría política por los pesimismos del clérigo. Después de un silencio embarazoso, afrevióse a observar:

—Y ¿qué hago, don Baudilio? Ya ve usted que me afano, que lucho...

—¡Luchar! Qué bien han aprendido ustedes la palabreja No viéndolos, no contemplando colgado al cuello de ustedes el collar grotesco de las simulaciones, cualquiera les creería gladiadores romanos, almogávares o forzados de Dragut, como el del romance. Lo que hacen ustedes no es luchar sino a la manera de los luchadores del *Kursaal* o del circo. La lucha por la vida es otra cosa más seria.

—Pero aconséjeme; ¿qué debo hacer?

—Ya se lo he dicho muchas veces: aprenda fundamentalmente una profesión o un oficio; especialícese en algo que sea útil para la vida social. Un hombre discreto como usted no puede creer que todo su cometido, el cometido que da derecho a comer, a vestirse, a vivir, esté en subir a una tribuna y decir desde ella cuatro lindezas, ni en presidir un comité; todo eso está muy bien cuando se hace después de haber pagado a la vida una contribución de trabajo y de inteligencia.

Los consejos del cura eran como alfilerazos sutiles que dolorosamente horadaran la piel, ya demasiado dura, de don Alejo. Recordaba que en ese tono habíale hablado en muchas ocasiones, y lamentaba no haber tenido decisión y firmeza de voluntad para obedecerle.

Más bien que molesto, apesarado, alegó una obligación y despidióse de su amigo.

Al volver la atención sobre lo que hablaron, se decía:

—Eso cuando tenía yo veinte años; ahora ya...

XVI

Acababa don Alejo de poner en orden sus muebles recién comprados. Acomodóse en el sillón y distribuyó sobre la mesa periódicos, cuartillas y los dos o tres libros que se salvaron de su naufragio.

Tres discretos golpecitos en la puerta del cuarto sonaron para interrumpir su tarea.

—Paquita—pensó—. Esta noche no viene, sin duda, don Raimundo, y quiere pasar conmigo la velada.

Un momento le mortificó aquello de ser el portero de sí mismo; no obstante, acudió a la puerta presuroso.

No era Paquita. Era el personaje que discretamente le siguiera una noche en unión de otros dos para invitarle a ingresar en la Masonería.

—¿Continuáis dispuesto—le preguntó con énfasis— a soportar las pruebas de la iniciación y conocer en su día los misterios de nuestra Orden?

—¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!

—Seguidme, pues.

Don Alejo tomó su sombrero, y salieron. Por el

camino el misterioso conspicuo hizo al neófito una exaltada apología del mundo masónico y una detallada relación de los reyes, jefes de Estado y hasta pontífices que habían acudido a los trabajos de las Logias vistiendo el simbólico mandil. Aún no habían terminado, cuando llegaron a una calle oscura y laberíntica en la que, según el conspicuo, estaban los templos de la Orden.

Entraron: acomodó a Fraile su introductor en un despacho contiguo a la antesala y se adentró, sin duda para dar cuenta de que acababa de llegar el catecúmeno.

Don Alejo no encontró a mano un libro ni una revista, ni siquiera un periódico para entretener sus ocios, y se dedicó a escuchar una conversación que sostenían casi a gritos en una pieza contigua. Sin duda alguno de los interlocutores era sordo.

—Le digo a usted, hermano Belerofonte, que la iniciación ha de hacerse *a punta de ritual*; estoy harto ya de tolerancias, que no sirven sino para traer aquí gente que jamás debió venir.

—No estamos conformes, hermano Pentateuco; aquí lo que hace falta es número, masa; ya los disciplinaremos después que hayan entrado; pero en cuanto a venir, que venga todo el mundo; ¿no es verdad, hermano Epaminondas?

—¡Claro está! ¿Valemos algo nosotros por nosotros mismos, si un gran pueblo masónico no se encarga de cumplir nuestros mandatos? *Esto* hay que organizarlo, por ejemplo, como la *Liga de los derechos del hombre*: repartidos en

provincias, en el mayor número posible, los ciudadanos que pagan el duro, y aquí en Madrid el grupo director que hace actos de presencia en los banquetes, en los mítines y en las apologías de la Prensa. Eso es lo que debemos imitar, hermano Pentateuco.

—No estoy conforme. La Masonería es una sociedad, no de número ni de masas, sino de selección, y esta selección la hago yo con el *ritual*. Estoy dispuesto a no apartarme de la legalidad ni un ápice.

—Usted ya no puede hablar de legalidad desde que colaboró con los misticadores de la última elección. ¡Quién me hubiera dicho a mí que en nuestros templos íbamos a ver implantados los más abominables procedimientos caciquiles!

—Está usted equivocado, hermano Belerofonte; aquello se hizo para eliminar a los principales perturbadores.

—Comprendido. Y antes se le hizo imposible la vida a otro gran perturbador que llevó su rebeldía hasta el extremo de no querer firmarle el secretario una resma de títulos en blanco. En aquella ocasión, como en los ayuntamientos rurales, el secretario destituyó al alcalde y lo arrojó del vecindario.

Sonaron tres golpes como de un martillo que confunde una tabla y la conversación se apagó súbitamente.

Un sujeto de elevada estatura, sumergido y envuelto en un capuchón negro, semejante a los que por Carnaval lucen los bastoneros de baile,

acercóse a don Alejo y le vendó los ojos. Después, al cabo de mil vueltas por pasillos laberínticos, le obligó a bajar unos escalones y le quitó la venda. Hízole una reverencia de cintura y salió, cerrando la mezquina puerta de entrada con gran aparato de cerrojos y llaves.

Encontróse el ciudadano Fraile en una cueva que tenía las paredes pintadas de negro, y de letras blancas, sembrados en ella, letreros de este tenor:

“Si la curiosidad te ha conducido aquí, refírate.” “Si temes que tus defectos sean descubiertos, estarás mal entre nosotros.” “Si eres hipócrita, tiembla, porque aquí serás descubierta.” “Si anhelas las distinciones humanas, véte, porque nosotros las desconocemos.” “Si tienes intención de ser perjuro, aléjate, porque en ese caso te aguardan terribles castigos.” “Si perseveras en tus buenos propósitos, obtendrás la recompensa, serás purificado, y saliendo de las tinieblas, verás la luz.”

En el centro había un ataúd y adosada a la pared una mesita pintada también de negro, sobre la que encontró fintero, pluma y un impreso del que sin duda debía sustituir con confesiones y declaraciones los puntos suspensivos.

Se preguntaba en el documento lo que el hombre debe a Dios, a sus semejantes y a sí mismo; y al final, en letras más gordas, como para darles mayor fuerza imperativa, decía:

“Haced vuestro testamento y firmad.”

Un poco aterrado, el ciudadano Fraile dudó sobre si debía o no hacer aquellas declaraciones

y cumplir aquel mandato; pero, al fin, lo hizo, después de notarse confortado por la lectura del dorso del impreso, en donde vió esta transcripción:

“CREDO MASONICO

Adora al Gran Arquitecto del Universo.

Ama a tu prójimo como a ti mismo.

No hagas mal para esperar bien.

Haz bien por amor al mismo bien.

Estima a los buenos, ama a los débiles, huuye de los malos, pero no odies a nadie.

Escucha siempre la voz de tu conciencia.

Sé el padre de los pobres; cada suspiro que tu dureza les arranque es una maldición que caerá sobre tu cabeza.

Respeto al viajero, nacional o extranjero, y ayúdale. Su persona es sagrada para ti.

No seas ligero en airarte, porque la ira reposa en el seno del necio.

Conténtate de todo, por todo y con todo.”

.....

Poco a poco iba venciendo las perplejidades que despertaban en su ánimo las preguntas del impreso, y apenas había dado fin a su tarea cuando volvieron a mover las llaves y los cerrojos de la puerta y de nuevo compareció el personaje del dominó negro, esta vez armado de una espada que tenía de nácar la empuñadura.

—¿Llenasteis el impreso?—le preguntó con voz cavernosa y bronca.

—Sí—contestó el ciudadano Fraile tímidamente.

—Pues entregadme ahora vuestras armas si las tenéis y todos vuestros metales profanos, esto es, las monedas de plata y cobre que llevéis en los bolsillos, y esperadme aquí, que volveré pronto por vos para introducirlos en el Templo si vuestras confesaciones merecen la aprobación de la Asamblea.

Don Alejo depositó en una bandeja triangular de pino el dinero que llevaba en plata y calderilla, un reloj de acero que heredó de su padre, un cortaplumas y las llaves de su casa. Tomó el encapuchado la bandeja, ensartó en la espada el impreso y salió previa otra reverencia de cintura.

Volvió a sonar el estrépito de cerrojos y de llaves y el ciudadano Fraile comenzó a sentir vivas inquietudes. En las sacristías donde fueron deshojadas las flores de su adolescencia, vió alguna vez los terrificos grabados de las obras en las que el perjuró Leo Taxil pretende revelar los misterios de la Masonería, y en aquel momento su imaginación se deleitaba en reproducirlos con sombríos e inquietantes colores y su memoria recordaba también con terror las leyendas de los grabados: "Introducid al profano en la caverna", "Despeñadlo por la sima", "Sometedlo a la prueba del fuego"...

Desde un rincón le sonreía macabramente una calavera iluminada en el interior; en el fondo del ataúd parecían agitarse con ruidos espeluznantes las hordas de gusanos; las letras de

los avisos macabros que sellaban las paredes parecían convertirse en eslabones de cadenas con las que una legión de animados esqueletos ceñía su garganta, su cintura, sus tobillos y sus muñecas...

A punto estaba de desmayarse, cuando volvieron a sonar los cerrojos y las llaves y el encapuchado hizo su tercera aparición.

Le vendó los ojos fuertemente y en voz contrahecha le dijo con brusquedad:

—Vamos.

Salieron; el enmascarado le hizo dar una porción de vueltas por pasillos y habitaciones silenciosas, diciéndole de continuo: "Bajad la cabeza y doblad la cintura, que este subterráneo tiene muy baja la techumbre", "Ya hemos salido al campo", "Saltemos ahora ese arroyo", "Vamos a subir ese escalón"...

Don Alejo, a favor de su artificial ceguera, no podía menos de dar crédito a su guía, y así supuso que por andanzas laberínticas habían recorrido medio Madrid, cuando en realidad no estaban a veinte pasos de la cueva terrorífica.

Se detuvieron, sin duda, ante una puerta, y el enmascarado llamó de un modo precipitado y fuerte con el puño de la espada.

La puerta se abrió y en tono de malhumorada reconvención dijo desde dentro una voz firme y áspera:

—¿Quién es el osado que de esta manera se atreve a perturbar la paz de nuestros augustos misterios? Decidle que inmediatamente se vaya.

—Es el hermano Terrible—dijo uno de los de

dentro del local—, que conduce a un profano.

—¿Qué indiscreción es la vuestra, hermano Terrible, al traer aquí a un profano, cuando sabéis que de ellos tenemos que guardarnos? ¿Quién lo garantiza?

—Yo, que soy su conductor.

Preguntaron desde dentro la edad, estado, profesión, naturaleza, etc., del neófito, y a todo fué contestando puntualmente el hermano Terrible.

Cuando la comprobación estuvo hecha, mandaron entrar al profano, siempre con los ojos vendados y cogido del brazo por su guía.

Dentro del local resonaba por todas partes un gran estrépito de martillazos y de hierros y aceros que chocaban o caían sobre el pavimento.

El hermano Terrible acomodó a don Alejo en una banqueta triangular colocada en medio de la estancia y de pronto cesaron los ruidos.

Colocó luego la punta de su espada sobre el corazón del neófito y el que parecía presidir dijo:

—Comprobad por el tacto la naturaleza del objeto que oprime vuestro pecho y decidnos lo que es.

El ciudadano Fraile tan aturdido estaba que de momento no creyó que fuera él el requerido, y el presidente tuvo que repetir sus palabras.

Don Alejo levantó sus manos temblorosas y las hizo ascender a lo largo del acero hasta tropezar con la empuñadura.

—¡U... una... una... espada!— gritó aterrado y cayó al suelo sin sentido.

En la sala se produjo un gran revuelo; acudieron todos al paciente, lo tendieron sobre un diván y le rociaron con agua fresca la cabeza.

Algunos preguntaban a voces:

—¿Quién ha traído aquí esta damisela? ¿Quién ha hecho esta adquisición para la Orden? Apretable en las pruebas, y si no sirve, que se vaya.

Don Alejo recobró el sentido y lo llevaron de nuevo a la banqueta.

—Caballero—le dijo el Presidente—, ningún compromiso habéis contraído. En este mismo momento os podéis retirar, y como hombres de honor que somos, guardaremos secreto sobre vuestra determinación y os devolveremos vuestros metales profanos y los papeles que firmasteis.

—Sí, me voy—repuso el ciudadano Fraile con voz dolorida.

Cuando traspuso el umbral, dijo uno:

—¡Vaya con Dios el hermano *Rajao!*

—Y más vale que se haya *rajao* ahora que no después de estar dentro.

El que lo había ido a buscar a su casa lo puso en la puerta de la calle, le quitó la venda que cubría sus ojos y le volvió la espalda sin despedirse ni aun con un trivial cumplido.

¿Será preciso decir que don Alejo, de vuelta de la Logia, se recluyó en su casa y en toda la noche pudo conciliar el sueño?

Ya lo habrán supuesto mis lectores; pero no fueron las calaveras, el ataúd y los rótulos macabros de la *cámara de reflexiones* lo que ahuyentó su sueño, ni fué la espada del hermano Terrible la que aguijó sus nervios doloridos y tirantes. Era el temor a una venganza cruenta y misteriosa que de él tomaran los masones defraudados lo que en realidad le inquietaba. ¡Tantas cosas había oído!

A Prim lo mataron los masones; los masones atentaron varias veces contra las vidas reales de Isabel II y Alfonso XII; los masones entregaron a Napoleón la España indefensa; todas estas sangrantes noticias y algunas otras más tétricas aún llegaron a sus oídos de infante, en tiempos olvidados y rememorados con este motivo, entre las sombras del presbiterio, desde los labios de alguna beata viscosa o desde los labios de algún cura trabucaire al servicio de aquel a



quien en el ofertorio de la misa tantas veces había oído llamar *Regem nostrum Carolum...*

Era preciso—a su juicio—esquivar, eludir la venganza de los masones.

De buena gana se hubiera marchado a Cuba o a la Argentina, pues también había oído ensalzar la generosidad de los republicanos de allá para con sus correligionarios de por acá; pero la secretaría de don Raimundo, los amores de Paquita, su candidatura a la concejalía, su prestigio en el partido le habían creado una posición pingüe y sólida que no debía echar a rodar por un temor pueril. Después de todo, ¿en qué había ofendido él a los masones?

Esta reflexión le tranquilizaba; pero sólo por un instante, pues para cegar su reflexión se alzaban fosforescentes en su memoria los espectros de Prim, de Alfonso XII y de Isabel II.

Tres días llevaba ya de batallar continuo contra estas obsesiones y contra estos temores, sin dormir, sin comer apenas y sin atreverse a visitar a Paquita para evitarse la debilidad de contarle lo que le había ocurrido.

Como en todos los momentos culminantes de su vida, decidió referir sus angustias y sus perplejidades al padre Baudilio, seguro de que sabiamente les pondría fin con un afinado consejo; por lo menos tendría para sus dolores espirituales el calmante de una ingeniosa chuchuleta.

Esperó la hora adecuada y acudió al café de Varela, seguro de encontrarlo.

Allí estaba en efecto, pero no solo. Le acom-

pañaba un viejo poeta de mirada pícaro y luega barba blanca, tocado de brillante chistera que trabajosamente rimaba con sus zapatos rotos y su levita orlada de trencillas mugrientas y rotas. Hacíase llamar este viejo poeta el Marqués de Benjui y a muchos he oído asegurar que de verdad era poseedor de este título. Había tomado parte en varias revoluciones y pronunciamientos; durante la breve etapa republicana ejerció un alto cargo y a lo largo de toda su ya larga vida hizo versos, la mayoría malos, algunos aceptables y algunos, aunque muy pocos, buenos.

En lo que más se distinguió fué en la obra de acomodar a la rima castellana muchas poesías de Victor Hugo, Leopardi, Goethe, Quinet, Lamartine, Ronsard, Uhland, Byron y otros. La colección de sus traducciones era sin duda una obra meritoria.

Don Baudilio se lo presentó al ciudadano Fraile como un correligionario de primera magnitud, y como los dos se conocían de vista y de nombre, quedaron mutuamente encantados de haber hecho amistad.

Al clérigo no se le ocultó que don Alejo no le buscaba por el mero placer de verle, sino que alguna cosa interesante debía contarle o para algún grave conflicto tenía que pedirle solución, y le invitó a que hablase delante del Marqués, apresurándose antes a responder de su discreción.

Contó punto por punto cuanto le había ocurrido, y cuando terminó su relato demandó a los

dos conjuntamente un medio de precaverse contra una posible venganza masónica.

El Marqués le miró compasivo y a su discurso puso de prólogo una sonrisa protectora; pero se le adelantó el clérigo:

—Los masones no toman venganza de nadie; si de algo pecan, es de ser demasiado místicos; sirven de poco como amigos y sus doctrinas y sus dogmas los inhabilitan para ser enemigos de nadie. Diga, Marqués, usted que *ha conocido la acacia*, ¿tengo razón o no?

—Sí y no, amigo mío. Descartado lo de la venganza; en eso tiene usted toda la razón; pero en cuanto a servir como amigos, ¡vaya si sirven! Si usted se hubiera visto como yo en la emigración, en país extranjero, sin relaciones y sin recursos... pero no hablemos de eso. Este joven ha tenido la suerte de no llegar a prestar juramento en el ara.

—Si me refiro después de jurar, es seguro que me hubieran asesinado.

—No, hombre, no; esté usted tranquilo. Me refiero a que esa masonería que usted ha visto o, mejor dicho, ha entrevistado, ha vislumbrado, es irregular, es falsa; la documentación del verdadero Oriente la tengo yo, y yo soy, por tanto, el único que puede hacer masones en España.

—¿Es posible? ¿Con qué fin han tratado entonces de engañarme?

—Le repito que esté usted tranquilo; aunque irregulares, son buenos chicos y observan bien los dogmas masónicos. Por lo demás, los engañados son ellos, que se creen estar en posesión

de la verdadera luz y no hay tales carneros. El amo del verdadero Oriente soy yo, amigo mío. La masonería tiene sus sectas heréticas, como las tiene la Iglesia; pero no todos los herejes son abominables, ¿verdad, padre Baudilio?

—Ciertamente. *Los Acuáticos*, por ejemplo, no cometieron otro pecado sino el de creer que el agua era un principio coeterno con Dios. *Los Encapuchados* se proponían únicamente hacer guerra a la guerra y a los enemigos de la paz. *Los Colliridianos*, de Collyrides, que significa pastel en griego, ofrecían pasteles a la Virgen, y como éstos ha habido muchos que en vez de alcanzar la inmortalidad en los índices de la Iglesia, debieron alcanzarla en los índices del humorismo.

Quedamos, pues, en que, irregulares y todo, son unos buenos chicos, incapaces de hacer daño a usted, ni a los jesuitas, ni a las instituciones; pero para que viva completamente tranquilo, venga mañana por mi casa, que voy a darle nada menos que el grado 33; voy a hacerle Soberano Gran Inspector, porque está en mis facultades, dados los merecimientos y la cultura de usted, y además, en honor a la amistad que los dos tenemos con don Baudilio, se lo voy a dar libre de gastos.

Don Baudilio sonrió agradecido y, un poco escéptico, preguntó al Marqués del Benjuí:

—Y ¿no podría usted darme a mí otro título de esos aun cuando sólo fuera de Príncipe del Tabernáculo?

—Si usted lo quiere, bajo su exclusiva respon-

sabilidad se lo doy, pues ya sabe que la Iglesia, sin haberse tomado previamente la molestia de estudiar la Masonería, nos excomulgó a todos los masones. Nosotros, en cambio, acogemos con gusto en nuestros templos a cuantos eclesiásticos tienen el valor de afrontar la excomunión por seguir nuestras doctrinas.

—Gracias, Marqués, muchas gracias; esperaré a que la Iglesia rectifique sus errores—dijo so-carrón el padre Baudilio.

—Y con ese título—preguntó don Alejo—¿podré entrar en el templo masónico sin sufrir las torturas de la iniciación?

—Puede usted entrar con el sombrero puesto y tomar parte en todas las asambleas de todos los grados.

Don Alejo sonrió complacido y contó las horas que faltaban para que el Marqués le pusiera en posesión de aquel talismán maravilloso.

XVIII

Paquita, dolorida por los desdenes de don Alejo, atisbó su llegada a la casa, y cuando le sintió entrar lo llamó a su cuarto.

—Ya me figuraba yo esto—le dijo en tono agridulce—; el señor ha conseguido una buena colocación, va a ser concejal, lo buscan a todas horas, le aplauden en todas partes, y, claro está, yo soy ya muy poca cosa para él.

—Paquita—repuso quejumbroso el ciudadano Fraile cuando ella le dejó meter baza—, no es la felicidad la que me aparta de ti; son disgustos y preocupaciones, que ya en parte he logrado vencer. Mi vida de luchador tiene más espinas que flores, y al no haberte encontrado en mi camino, ¡quién sabe lo que fuera de mí a estas horas! Recuerda que me has visto liar en un pañuelo los restos miserables de mi ajuar para lanzarme con ellos acaso al abismo en cuyo fondo abre sus mandíbulas el monstruo de la muerte, y la magia de tu voz dulce me defuvo, me animó, me hizo firme en mi posición de vencido y gracias a ti me rehice y triunfé; pero aún

me quedan más batallas, de las que espero más gloriosos galardones.

—Pues no quiero yo que te rompas mucho la cabeza. Don Raimundo está ya viejo y bien sabes lo que me tiene prometido. Administra bien sus fincas, que para nosotros haces si es cierto que me sigues queriendo a pesar de tus triunfos.

—¡Quererte! ¿Has dicho quererte? Yo solo sé cómo te quiero, y lo sé yo solo porque como mis afanes no me consintieron vivir estos aspectos de la vida, desconozco el lenguaje del amor. No sé decírtelo, no sabría entusiasmarte con palabras; pero si leyeras en mi corazón y en mi conciencia, si vieras mi pensamiento cuando me encuentro en conflictos o en situaciones difíciles de la vida o cuando recibo de la fortuna una de sus dulces caricias...

—¿De veras piensas en mí cuando estás por ahí pronunciando discursos? No lo creo. ¡A cuán...!

—¡Calla, calla esa vulgaridad! Me vas a reconvenir que a cuántas habré dicho lo mismo!... ¡A ninguna! ¡A ninguna! No, no he tenido novia; no he hablado de amores con ninguna mujer. Tu vas son las primicias de mi cariño; tuya es la virginidad de mi corazón.

—Yo tampoco he tenido novio ni he querido a nadie.

—¡Qué lástima, no habernos conocido a tiempo!

—Ahora eres tú el que dice tonterías. ¿Para habernos muerto de hambre? ¿Para habernos tenido que encerrar en un cuartito muy chiquitín, con un brasero encendido y una carta en la

que pidiéramos al Juez que nos mandara enterrar juntos?

—¡Quién sabe!

—Lo sé yo, que le he visto las orejas al lobo. Bien estamos así y todavía no somos viejos. Aún podemos disfrutar de la vida, si don Raimundo no se pone *pesao* y dobla cuando es debido.

—Acaso no haga falta. ¡Quién sabe si yo haré fortuna y te podré decir un día: mándalo de paseo! No lo hago en este momento porque se enteraría y adiós mi destino. ¡Entonces sí que había llegado la hora del braserito y del Juez!

—Pero ¿nos casaremos, Alejo?

—¡No faltaba más! Serás la señora de Fraile ante Dios y ante los hombres.

—¿Por la Iglesia y todo? Yo creí que tú eras de esos que se meten en los portales para no descubrirse cuando pasa el Viático.

—Soy republicano, librepensador y masón; pero por ti hago el sacrificio de ir a la iglesia y adonde a ti te dé la gana. Lo que haremos será decirle a mi amigo el padre Baudilio que nos case lo más secretamente posible para no dar la campanada entre mis correligionarios.

—¿Te castigarían si lo supieran?

—No, mujer; pero se reirían de mí. Y la verdad es que sus burlas no debían importarme mucho. No tengo firmada con ellos ninguna escritura y en cuanto me molesten los dejo.

—Eso no, porque se portan muy bien contigo. Además, yo quiero que seas concejal.

—Lo seré.

—Y que le obligues a don Raimundo a poner el agua en esta casa.

—Eso ya me parece más difícil.

—¿No vas a tener mando para eso?

—No sé; pero si él me ayuda hoy, es para que cuando sea concejal evite que le manden hacer obras en sus fincas.

—¡Qué tío granujal!... Pues defiéndele las demás; pero ésta, haz que nos la ponga como un palacio.

—Eso tú puedes hacerlo mejor que yo.

—¡A buena parte vienes! Cuando le pido un extraordinario para unos zapatos, pasa revista a todos los que tengo viejos para ver si es verdad que no están presentables.

—Cuanto más guarde, mejor, si tú has de ser su heredera.

—Y tú. ¿Crees que tendrá mucho?

—En fincas urbanas solamente, más de un millón.

—Además tiene muchas y buenas alhajas y dinero en los Bancos. ¡Si nos lo dejara todo!

—Como no tiene hijos ni parientes cercanos, bien fácil es.

—Pues mira, yo no soy como otras que en seguida piensan en tener muchos sombreros, muchos trajes y mucha servidumbre, coches, abono en los teatros, sortijas para todos los dedos y buen plato. Yo me conformo con vivir en un piso un poco mejor que éste, y en cuanto a lo demás, igual que ahora. Con ese capital puedes tú llegar a ser ministro.

—Lo malo será si al final nos hace una pill-

da y te despacha con una miseria de quince o veinte mil pesetas.

—O me deja en blanco.

—De todo es capaz.

—¿Y que haríamos para asegurar la herencia?

—Tengo una idea, pero...

—Habla, hombre; ¿no tienes confianza en mí?

—Si tú fueras más... más... más mujer...

—Yo soy como la primera.

—Las hay que con mirar a un hombre ya están...

—No te entiendo.

—Quiero decir que... si tuvieras un hijo y le hiciéramos creer que es suyo...

—Ya estaba el gato en la talega... Pues mira, es verdad; no había caído en eso.

—Yo, por mi parte, le hablaría de su hijo a todas horas.

—Y yo le haría venir a verlo tres veces al día.

—No hay más remedio que asegurar esa fortuna.

—La verdad es que sería una lástima.

—Tú, por tu parte, bien merecida la tienes.

—Como que debió casarse conmigo ese tío ladrón. ¡Bien se aprovechó de mis pocos años! ¡Si hubiera sido hoy!

—Mejor estás así,

—Si heredo.

Y volvieron a edificar en el aire castillos con las onzas y los centenes de don Raimundo.

XIX

¿De dónde había salido aquel apodo?

Don Alejo no tenía de ello la menor idea; pero supo con dolor que en todas partes le llamaban el hermano *Rajao*. Alguna vez se lo llamaron en sus narices; otras le preguntaron si era apellido, y no pocas en las asambleas y en los mítines se oyeron gritos: que hable *Rajao!* Y lo que era aún más doloroso: ¡Que se calle *el Rajao!* Y cada vez lo escuchaba con mayor contrariedad; no podía acostumbrarse a llevar un alias. Buscó antecedentes y preguntó a los viejos conspicuos para averiguar si algún prohombre republicano había sido rebautizado humorísticamente por el partido; pero le dijeron que no y la negativa le produjo una arruga en la frente. Se sentía verdaderamente ridículo cuando se oía aplicar aquel mote de cuyo origen y causa tan ayuno se encontraba.

Para colmo de sus desdichas, un día leyó en *El País*, en la gacetilla referente a una velada "Entre otros oradores están invitados los señores *Rajao*..."

Y otra vez, en el prospecto mural que anuncia

ba un mitin, leyó: "ORADORES: Don Alejo Fraile Rajao..."

El señor Benigno fué el único que afinó con un consuelo:

—El *Empecinao*—le dijo—ha pasado a la historia con mote y todo.

Esto le tranquilizó por el momento.

Pero un día, en el Centro del partido, el apolo-gista de los caracoles, ante otros seis o siete conspicuos, le dijo de una manera que no por demasiado enfática dejaba de ser amistosa:

—Nuestros correligionarios siempre fueron intolerantes para con las debilidades del prójimo; han conocido la de usted, le han puesto un rótulo y ya tiene usted apodo para mientras viva.

—¿A qué debilidad se refiere?—preguntó sorprendido don Alejo.

—¿A cuál ha de ser? ¡A la suya!

Se ha enterado nuestro señor el vulgo de que usted *se rajó* en el momento culminante y no menos histórico de ingresar en la Masonería, por pánico a las pruebas, y sin estola y sin hisopo lo bautizó *hermano Rajao*; pero nosotros, los que nos reímos de la Masonería y sus ceremonias, no por eso hemos de retirarle nuestra estimación.

Don Alejo palideció un momento; pero en seguida se rehizo, dirigió a su interlocutor una meliflua sonrisa y repuso:

—Muchas gracias, amigo mío; pero está usted equivocado. Ingresé, soy masón, y tales progresos hice con mi fe y con mi entusiasmo, que

he llegado a la más elevada de nuestras jerarquías. Vea usted mi título del grado 33.

Y puso en sus manos un papel amarillo, con muchos sellos y firmas, que le había facilitado el marqués de Benjuí.

Quedaron todos sorprendidos. El ciudadano Fraile había sido víctima de una calumnia. Era preciso imponer a las masas una rectificación.

Cuando todos lo hubieron examinado con ávida curiosidad, don Alejo recogió su diploma, lo guardó ceremoniosamente en el bolsillo inferior de su americana y se retiró con aire de majestad ultrajada.

Ya en la escalera, se felicitó por su gesto y pensó:

—Jamás hubo en el mundo dos duros mejor empleados. Con este título me basta, por lo que veo, para derrotar la maledicencia y rasparme el alias.

Se refería, lector, a los dos duros que le cobró el marqués de Benjuí en concepto de *oblación a la curia masónica*, único dispendio que no estaba facultado para condonar.

Doña Baltasara, la esposa legítimamente poseída, si no legítimamente conquistada, por don Raimundo, al principio sintió admiración por el secretario de su marido; después afecto, y por último debilidad; todo sin transponer los límites de la más severa honestidad y el más rígido decoro.

Era doña Baltasara una muy noble dama otoñal que tuvo la suerte, según ella decía, de nacer en la calle de la Cabeza, ahora y siempre muy nombrada, reverenciada y paseada en esta villa y corte.

Tal vanidad tenía puesta en su origen por lo atinente al lugar de su nacimiento, que cuando discutía en tono acre con su marido, solía decirle para poner punto final a la disputa:

—Calla, pasmao, calla. Delante de mi presona te ties que callar porque no eres más que de Guadalajara.

El ilustre papá de doña Baltasara fué Fiel de Consumos en un buen puesto durante toda la época que pudiera llamarse el siglo de oro del mafufe. Sin duda por sus virtudes y excelencias

logró reunir un capitalito de catorce o quince mil duros, y como además era pinturero para andar, rumboso para pedir las copas por docenas en las tascas del barrio, elegante para tocarse con un hongo color café con leche y colocarse debajo de la americana y sobre el escote del chaleco un pañuelo de seda con los colores nacionales, y sabía por añadidura vocalizar el caló y llamar bandidos a los políticos y haraganes a los curas, se hizo el amo del barrio y fué recibido con honores de capitán general cuando allanó el palacio de la señá Isabel la cambianfa para demandar la blanca mano de Genarita, madre, por la gracia de Dios, de doña Baltasara.

La señá Isabel murió de satisfacción el mismo día de la boda; de tanto reir la tomó el hipo; un tabernero, que fué el padrino, le recetó nueve sorbos de aguardiente; como no cedía la dolencia, repitió la prescripción y en esta lucha pasaron la velada, hasta que al amanecer fué baja en el mundo de los vivos la pobre doña Isabel aún no se sabe si a causa de la enfermedad o del remedio.

Genarita heredó de su madre la clientela, y desde el primer momento se incautó de la administración del peculio marital; pero transformó el negocio y fué fiadora, prendera y presfamista.

Así, cuando llegó al mundo doña Baltasara, pudo oír, ya que no entender, de labios de su madre:

—¡Ay, hija de mis entrañas! ¡Dios te bendiga!

Naces en el mismo día que himos completao el millón de riales, con las seis pesetas que acaba de traer de réditos la Duviges.

Cuando aquella criatura, nacida bajo tan excelente augurio, llegó a los veinte años, quedó huérfana y heredera de cien mil duros; para salvarlos de la codicia de tutores y parientes lejanos, se apresuró a contraer matrimonio con el señor Lorenzo, el carbonero de la Torrecilla, que también tenía *gato*.

Siete años duraron las primeras nupcias de doña Baltasara, sin que a lo largo de ellos se concluyese al parecer la sal de la boda, pues no tuvieron el menor disgusto, aun cuando la diosa Fecundidad habiales negado obstinadamente sus favores.

Después conoció a don Raimundo de la manera macabra de que ya se ha dado cuenta, y a su lado llevaba ya diez años viendo crecer su capital como los chopos en la ribera.

Doña Baltasara en su niñez fué educada con gran esmero en la escuela municipal del distrito; aprendió a leer, escribir y contar, el catecismo y la historia sagrada y labores variadas, de las que daba cuenta y razón un dechado de cañamazo del que no se separó en todos los días de su vida. Su padre además le hizo leer muchos periódicos, la *Historia de Luis Candelas* y la de *Clamades y la hermosa Claramonda*; de todo esto sin duda, le quedó una gran afición al trato honesto con personas inteligentes y cultas. Con un poco más que lo hubiera sido don Raimundo, es seguro que doña Baltasara le hubiese

amado locamente. De aquí su inclinación, siempre honestísima, por nuestro don Alejo Frailé y Castaño.

—Señor de Fraile—dijole un día en tono almirado—, tengo que pedirle a usted un favor.

—Usted manda y ordena, señora.

—Una persona de talento como es usted, porque me costa saberlo, fie que tener novelas en su casa. Présteme alguna.

—Con mucho gusto.

—Pero, por Dios, que no lo sepa Raimundo; pa él todos los papeles y todos los libros que no sean *La Semana Católica*, están descomulgados.

—Las traeré escondidas, doña Baltasara; esté tranquila, que por mí no sabrá una palabra.

—Ya sé que usted es un hombre reservado; tanto, que Raimundo y yo lo himos dicho un porción de veces; en todavía no sabemos ni siquiera si tiene usted novia.

—¡Quién piensa en eso, señora! Yo no hago más que trabajar; la política no me deja un momento libre.

—Raimundo dice que tiene usted mucho porvenir. Ahora creo que le van a hacer a usted no sé qué cosas.

—Concejal.

—Eso, eso es; y ¿concejal es tanto o más que ministro?

—Según como se mire.

—A los concejales ¿los sacan también retratos en los periódicos?

—Sí, señora.

—Mi difunto padre, que esté en gloria, los recortaba y los pegaba en la paré con pan mascao. Cuando salga usted refratao en algún periódico, me lo trae.

—Con mucho gusto.

—También Raimundo salió en *El Eco del Purgatorio* una vez que lo nombraron hermano mayor de San Cristóbal; lo sacaran con el frá, una banda colgá del hombro y llevando empuñao un estandarte que creo que tiene una barbaridad de endiligencias. Está que da gusto de verlo; pero lo tiene él mu guardao en su baúl; por eso no puedo enseñárselo.

—Las novelas las querrá usted muy religiosas, doña Baltasara.

—No; pa eso ya tengo las vidas de cuasi todos los santos: me gustan las de bandidos y las de esos enamoraos que, cuando se van a casar, en la flor de su juventú, empiezan a pasarles perripicias y no se casan hasta que están ya como pa que los saquen al sol en una sillita.

Don Alejo surtió de lecturas amenas y edificantes a doña Baltasara; de algunas arrancó las cubiertas para hacer creer a la cándida señora que las había escrito él.

De este modo echaba leña al fuego de aquel amor platónico, del que sólo esperaba la permanencia en su destino.

En el Casino del Partido había gran animación. Estaban encendidas todas las luces del salón de actos, y muchos conspicuos se paseaban inquietos y preocupados, como si aguardasen un gran acontecimiento.

En muchos corrillos se hablaba en voz baja y misteriosa, y hasta los del *mus* parecían lanzar aquella noche los *órdagos* con sordina.

En cuanto se oían pasos en la escalera, agolpábanse todos en la puerta para ver quién llegaba, y como no eran los que esperaban, volvían en seguida a sus posiciones enigmáticas.

Parecía como si un pronunciamiento, un golpe de Estado o la suprema habilidad de los caudillos fueran en aquella noche a implantar la República, y todos aquellos ciudadanos aguardasen una señal convenida para lanzarse a la calle a imponer la nueva legalidad.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!—exclamó uno.

Y corrieron todos a disputarse las sillas y los divanes de mayor proximidad al estrado.

Aparecieron en seguida tres hombres muy serios y ceremoniosos que ocuparon los sifiales

de la presidencia, y el más apersonado de los tres tocó la campanilla y dijo con gesto de dolor:

—Ciudadanos: las elecciones desmoralizan los partidos, y por eso yo soy partidario de la abstención, cueste lo que cueste; pero habéis optao por la lucha y a la lucha vamos. La Comisión que nombrasteis para eso del acoplo, ha cumplido su deber; se ha reunido con las comisiones de los otros partidos en la Casa del Pueblo, y pa no poner las cosas peor de lo que están, y están un rato largo de pésimas, ha tenido que pasar por las horcas *claudinas*.

De todas partes, al oír esto, salieron voces y clamores que decían rabiosamente:

—¡Son unos criminales! ¡Son unos ladrones! ¡A la horca con todos ellos! ¡Nosotros tenemos más derecho que nadie! ¡Ahora mismo vamos y les mascamos las nueces a todos!...

Al cabo de grandes esfuerzos, el Presidente logró imponer orden, y siguió:

—De los veinticinco candidatos a Concejales que va a presentar la Unión de las dizquierdas, sólo nos han focao tres...

Y volvió a estallar la tormenta:

—¡Que se los guarden! ¡Pa poca salú, más vale diñarla! ¡Presentaremos candidatura cerrada! ¡Vamos solos contra todos! ¡Cómo os dejasteis engañar! ¡La mejor fajá, como siempre, pa los socialistas! ¡O pa los de la Unión, que no tien de republicanos ni esto!...

—Ciudadanos—continuó el Presidente—, estaban representados en la Junta ocho partidos;

tocábamos a tres y sobraba uno, que lo echamos a suertes con una baraja y le tocó a Miguelito.

—¡Estaría matada!

—El que echó las cartas dió el salto a la trucha.

—Ya veis que en esto no ha podido haber más equidad, porque yo os aseguro que no hubo trampas. De lo que yo me quejo es del acoplo. En esto es en lo que nos han humillao, engañao y traicionao por la fuerza bruta del número, como vais a ver. Tenemos uno por Palacio.

—¡Pal gato!

—Otro por la Universidad y otro por Buena-vista.

—¡Pal clero!

—Como veis, de los tres, sólo podemos sacar uno: el de la Universidad; los otros dos nacen defuntos. Pero a lo hecho pecho, y cuando haya que tratar de estos asuntos, me hacéis el favor de no volveros a acordar del hijo de mi madre.

—¡Pido la palabra!—gritó uno desde abajo.

—Hable—dijo el Presidente.

El señor Damián el fumista se levantó con el sombrero puesto, escupió contra la pared y declamó:

—Ciudadanos: Yo, en güena hora lo diga, no voy al Ayuntamiento ni atao, de manera y modo que respetive a este asunto puedo hablar *parcialmente*. Lo que sí os digo, como hombre honrao que soy, mas que me esté mal el decirlo, es que si yo voy en esa Comisión que diznamente preside el ciudadano Cornejo y me hacen esa

ensalá, me lio a cinfarazos y no quedan ni los rabos. Con esos granujas no se pué tratar más que a morrás y vusotros sus habéis pasao de legales y decentes. Pa otras, sus lo digo, ni harfo de pan ni harfo de viño, me mandáis a mí, en compañía de Botalón, el de la Huerta del Bayo, y del Turmas, el encargao del lavadero del Señorito, que si no nos traemos pal partido los vainfincino concejales, nos traemos los hígados de tos los comisionaos. Hi dicho y... a otra cosa, tranlarán...

—¿Se pué hablar pa alusiones?—preguntó el ciudadano Turmas.

—Para todo lo que quiera—repuso el Presidente.

—Pues ná; que el otro día, la parroquia del establecimiento que dirijo, va y organiza un baile pa las familias, y en cuanto empezó mi chaval a dale al manubrio, se descolgó allí toa la chulería del distrito *camelando longas*, y como no era pa eso el festejo, le guiño un ojo al señor Damián, agarremos dos estacas y me rio yo de la fiebre amarilla; en menos que se cuenta hicimos el despejo, y de setenta u más que eran ellos, no quedó en el lavadero uno pa contarlo.

—Bien, bien—dijo el Presidente—; en otra ocasión iréis vosotros. Ahora lo que hace falta es designar los candidatos. El domingo se pondrán aquí tres urnias y haremos la antivotación y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—¡Pido la palabrat!—gritó uno con voz afeeminada.

—¡Hable!

—Es para decir a los que hayan de ser nuestros señores candidatos que el año pasao, cuando las de Diputaos provinciales, en el distrito de la Inclusa éramos cuarenta y tres interventores y allí no bajaron más que treinta y ocho mazos de puros; que fengan cuidado, no vaya a ocurrir ahora lo mismo.

El ciudadano Fraile, que ocupaba uno de los asientos del estrado y había seguido con personalísimo interés el curso de la asamblea, rogó con un grito al Presidente que le permitiera decir algunas palabras.

—Ciudadanos—dijo—: No quiero molestar vuestra atención. Nuestros delegados, si bien es cierto que sufrieron un atropello inaudito, porque contra ellos se conjuraron los representantes de los otros seis partidos republicanos y los del socialista, no se puede negar que en el cumplimiento de su cometido han puesto la mejor voluntad y el mayor entusiasmo; propongo, pues, que la asamblea les dé para su satisfacción un voto de gracias.

—¡Y un jamón!—gritó un asambleísta.

—Y a ti otro, *Rajao*, por pastelero—dijo otra voz.

—¿Se aprueba el voto de gracias?—preguntó un poco ruboroso el ciudadano Fraile.

—¡Sí! ¡Sí!—dijeron algunos tímidamente.

Muy de mañana, el ciudadano *Gavilán*, barbero sin trabajo, y el ciudadano *Tarodo*, gran orador que iniciaba siempre sus discursos con esta frase siempre aplaudida: "¡Ciudadanos! Yo soy un albañil de conduta; pero no trabajo porque no me sale", aporrearon la puerta de don Alejo hasta hacerle saltar de la cama.

—Sornando de ese modo no se ganan elecciones—dijo *Gavilán* después de darle una palmadita en el hombro—. Hace falta estos días menear mucho las fabas, que a la antevotación del domingo no van a venir los correigionarios si no se les invita.

—Yo—repuso Fraile— pensaba imprimir un manifiesto.

—¡Lástima e papel!—intervino *Tarodo*.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Explicaselo tú, *Gavilán*, que t'has pasao toa tu vida en estas andanzas.

—Pues verá. Ahora mismo se viste usted con lo mejor que fenga, vamos, que como pa tomar la primera excomuni6n. Se echa usted en un bol.

sillo que esté cercano un porción de cuartos y algunos duros; salimos, en el primer estanco merca usted un mazo de vegüeros de a veinte; lo encenfamos yo y éste, y usted si es gustante, y prencipiamos las visitas por en cá el señor Policarpo, el fabernero de los Reyes. Yo u éste pedimos en los establecimientos lo que sea, porque usted de eso no diquela, y usted, como es natural, paga. Después pasamos a la fruitería del señor Martín Guiñapos y le tiramos el *renttoy*; subimos por Leganitos y hablamos con *Talegón*, el colchonero, y luego, en la Bola, entramos en la tienda de ultramarinos de *Fanego*, que mueve siete votos, porque ha puesto en el censo a los sus dependientes, al mozo de cuerda que le hace los mandaos, a un corredor de queso y a su portero. Me creo que con esto tenemos pa toda la mañana, si es que nos cunde; el programa pa la tarde lo haremos mientras tumbamos un cocido en la Costanilla, que tripas llevan pies, como dijo Carlos Chapa.

Don Alejo, sin dudar un instante, se dispuso a seguir el vuelo de aquellas dos águilas electorales. En presencia de los dos se lavó la cara, se afeitó, se peinó con pomada y se vistió lo mejor que tenía, todo ello en cosa de veinte minutos.

Aun cuando no tenía costumbre de fumar cigarrillos puros, y menos de mañana, encendió uno, estimulado por sus acompañantes.

El señor Policarpo era un vejete simpático, decididor y alegre; los recibió del modo más efusivo, y sin dar tiempo a que *Gavilán* pidiera, hizo traer unos medios chicos de blanco, que según

él era lo más indicado para tomar en las horas de la mañana.

—A lo que venimos venimos — dijo *Gavilán* tratando de plantear su pleito.

—¡Qué me vas a decir, hombre! Si ninguno de los tres os acordabais de nacer cuando andaba yo metido en todos los fregaos. En Antón Martín, en la barricada de Rivero, allí sí que nos batimos bien el cobre. Y en la Corredera, el mismo Castelar, con un Verdan, que yo le vi con estos mismos ojos, se portó como un gran ciudadano.

—Sí, es verdad; pero nosotros veníamos...

—¡Qué me vas a decir! Si he conocido a don Rafael del Riego, y le he visto como ahora os estoy viendo a vosotros, y he cantao su himno llevando él la batuta. ¿Qué más queréis? Tan valientemente como vino la *Niña*, aquella tarde que nuestros diputaos nos dijeron: "de aquí hemos de salir con la República triunfante, o muertos", y tan malamente como nos la quitaron.

—Pero eso, señor Policarpo, ya pasó; ahora queríamos...

—¡Pero qué me vas a decir! Era yo como una cucaracha y me despertaba y me sentaba en la cuna pa darle un abrazo a mi padre cada vez que volvía de un motín o de un pronunciamiento con su buen trabuco naranjero, que lo guardo como la mejor reliquia. En la cueva está. ¡Chico, sube el trabuco pa que lo vean estos señores!

—No se moleste usted, señor Policarpo; es que el domingo celebramos...

—¡Pero qué me vas a decir! ¡Si Villacampa hu-

biera tenido a su lao mejor gente! Los buenos estaban ya viejos. Salmerón, Pi Margal y Zorrilla habían ya entonces dao de sí todo lo que llevaban dentro; y con nosotros, los verdaderos revolucionarios, no contaron. ¡Mira tú si mi alma lo sabe, con las ganas que he tenido siempre de armar la trifulca!

Y como no había medio de abordar la cuestión electoral con el señor Policarpo, salieron, dejándole con la palabra en los labios y el trabuco sobre el velador.

Talegón, el colchonero, les ofreció sillas, se clavó en la faja la aguja de embastar y escuchó serio y solemne la demanda de *Gavilán*. Requerido a contestar, dijo:

—Yo siempre he pensao: el mayor mal de los males es tratar con concejales; pero si lo manda el partido, con la justicia y con la inquisición chifón, y si tener un concejal no es gran cosa, un grano no hace granero, pero ayuda al compañero, y más vale pájaro en mano que buey volando, y mientras tengo yo mi sombrero, no lo tiene mi casero; por uno empecé y a ciento llegué, y el que se desniega a cosas honradas, que lo hagan tajadas. ¿He dicho algo?

—Muchas gracias, señor Talegón —repuso Fraile estrechándole, conmovido, la mano—. El domingo, entonces, cuento con usted.

—Iré como un solo hombre, que pa las ocasiones son los amigos, y quien niega el saludo mejor niega la bolsa; al buey por el asta y al hombre por la palabra, que yo no soy como los de Guadalajara, por la noche mucho y por la ma-

ñana nada; obras son amores, que no buenas razones; por delante te digo y por detrás te maldigo.

Aprovecharon una pausa del colchonero para despedirse antes de que nuevamente abriese la espita de los refranes y marcharon en busca del señor Martín Guiñapo.

No estaba él en la tienda; pero los recibió su señora, por cierto con cara de vinagre.

—Cuando venga le dice usted que hemos estado a saludarle—encargó don Alejo—y que el domingo lo esperamos en la antevotación del partido para designar candidatos a concejales.

—¿Pa votaciones mi marido? ¡Baile usté, caba-
yero! ¡Nos ha matao! Me alegro de saber que las hay pa llevámelo al campo con una güena tortilla de escabeche en cuanto amanezca Dios.

—Señora—se atrevió a decir *Gavilán*—, es cosa del partido, y el señor Martín, que es un buen ciudadano...

—¡Vaya que si lo es! Pa eso paga como el primero su peseta todos los meses, y yo no soy como otras que paice que les sacan un cormillo, sino que la doy con tó el aquel y la satisfacción del mundo; pero tocante a elecciones, tranlarán.

Dos veces que ha ido de Ispetor u Inventor u como se diga, hi tenido yo misma que andar los pasos pa sacarlo de la Comi, y menos mal, que al señor Fidel, el Zurdo, por cuestión de elecciones le pintaron en la cara el camino de Santiago, y a Cenón, el de la Rafaela, le dieron un palizón que no ha vuelto a ser hombre de provecho.

No se atrevieron a insistir y marcharon en

busca de don David Fanego, el tendero de ultramarinos de la calle de la Bola.

Como ya conocía a *Gavilán* y a *Tarodo*, los recibió con gesto poco grato.

—¿Supongo que traerán ustedes algún asunto polifíco?

—Sí—dijo Fraile tímidamente.

—Pues en mala ocasión llegan, porque es fin de mes y estamos de faturas.

—Es muy breve, señor Fanego.

—Por breve que sea, ¡lo siento mucho! ¡Jeremías! ¿Devolvió por fin el arroz la chica del siete?

—El domingo, señor Fanego...

—Espere usted un momento, tenga la bondad... Este queso que hay aquí apuntao pa don Valeriano, ¿es bola?

—Y ¿qué hay el domingo?

—Pues que celebramos...

—Espere un momento. ¿Advertiste en casa de doña Manuela que ha subido el jabón?

—Dígame. Celebran ustedes...

—La antevotación.

—¡Menéate, Jacinto, que estamos a fin de mes y no tenemos huevos! Tiene uno que estar en todo. ¡A despachar! ¿Qué desea usted, señora? Ahora la servirán; y si no, yo mismo: estos señores no son parroquianos, son amigos. ¡Sirve aquí a la señora, Jeremías!... Antevotación, ¿de qué?

—De candidatos a concejales.

—No sabía; parece que fué ayer cuando tuvimos otra vez elecciones... Jacinto: cuando lleves

el pedido al 16 de Silva, le dices a la señora que hemos recibido unas mermeladas riquísimas, en botes de kilo, de medio y de cuarto. Y tú, Jeremías, fijate: el bacalao que tiene cortao este triangulito en la cola es que es de Escocia... Lo mejor es que vengan ustedes otro día, porque hoy, con este trajín, no les puedo atender...

—O que nos veamos en el Centro el domingo, después de cerrar.

—Vengan ustedes por aquí el sábado.

—Está bien—repuso amablemente el ciudadano Fraile, que se había identificado fácilmente con su papel de candidato.

—Pero tú, y perdóname que te llame de tú porque para eso te he visto nacer, estás seguro de que vas a salir concejal.

—Como no me roben el acta, y eso ya veremos si pueden. Yo creo que, puestos a malas, tenemos más fuerza que el Gobierno.

—Bueno, pues lo prometido es deuda; te dije que correría con los gastos de la elección, y aquí me tienes. Tú sabrás, a tu manera, corresponder a estos favores, que quedan ya en el mundo muy pocos amigos que los hagan.

—Ya lo sé; puede estar usted tranquilo, que a mí esto no se me olvidará mientras viva.

—Eso hace falta, que el teniente alcalde del Congreso parece que les ha tomado querencia a mis casitas de los Tres Peces.

—Confíe usted en mí, don Raimundo, que yo pararé el golpe.

—Bueno; pues vamos a ver lo que necesitas.

—Para candidaturas y carteles tengo que entregar a la Comisión seiscientas pesetas.

—Seiscientas. ¿Qué más?

—En la antevotación hay que gastar unos sesenta duros, según me han dicho.

—Bien.

—Pero ¿qué es eso?—intervino doña Baltasara—. ¡Parece que estáis haciendo la cuenta de la lavandera! Tú, si tienes satisfacción y te cumple, dale al chico una cantidad alzá, y si le falta, que pida, y si le sobra, que degüelva.

—Muchas gracias, señora—repuso don Alejo lleno de rubor.

—Yo siempre oí decir—siguió don Raimundo—que unas elecciones cuestan una barbaridad de dinero, y tú tienes que hacerlas a lo pobre.

—Naturalmente.

—¿Cuánto has calculao que te hará falta?

—No sé. Yo me atengo a lo que usted disponga.

—¿Te arreglarás con cuatro mil pesetas?

—Me parece mucho dinero.

—Si te sobra, ya lo ha dicho ésta: lo traes.

—Estén ustedes seguros de que no he de malversar un céntimo.

Don Raimundo se adentró por las habitaciones más interiores de la casa, en busca, sin duda, de la cantidad.

—Señor Fraile—dijo doña Baltasara en cuanto estuvieron solos—, por dinero no quede usted mal; si se acaban antes de tiempo las cuatro mil pesetas, viene usted y me lo dice sin que Raimundo se entere, que yo también tengo mi bolsa aparte y pa las ocasiones semos.

El rubor de don Alejo subió de tono al dar rendidamente las gracias a doña Baltasara.

—Ya ve usted—prosiguió ésta—; no tenemos hijos; cuando faltemos, se van a llevar nuestro capital unos cuantos parientes que ni tan siquiera les conocemos; eso si no se matan al partirlo. Ya ve usted si está bien empleado lo que gastemos en ayudarle a hacer su carrera.

Siguieron unos eternos instantes de silencio embarazoso, que el ciudadano Fraile no encontraba medio de romper. Al fin reapareció don Raimundo.

—Mira, te lo traigo todo en billetes de cinco duros para que gastes poco a poco; que cuando se mefe uno en estas cosas y cambia un billete, por grande que sea, parece que se le va el cambio por entre los dedos de la mano. Cuenta, si quieres...

—¿Para qué, si usted lo ha confado?

—Como quieras.

—Le haré a usted un recibo.

—Aunque las cuatro mil pesetas no son prestadas, sino dadas, eso nunca está de más. Me lo traes mañana.

Don Alejo, por consejo de sus protectores, se colocó los billetes en el pecho, debajo de la camiseta, en contacto con la carne, y salió, después de una estéril lucha para la conquista de palabras con las que ofrecer su gratitud y mostrar su contento.

A grandes zancadas recorrió todo el camino que le separaba de su casa; le corría prisa ver los billetes extendidos, sueltos, para convencerse de que todo aquello había sido una realidad y no una pesadilla.

Llegó al fin a su cuarto; cerró por dentro con llave, quitó de su mesa libros y papeles y comenzó la trabajosa operación de sacarse del seno los billetes.

Los iba colocando en montoncitos de cuatro. Debían resultar cuarenta montones.

Casi cubrían ya la mesa los grupitos simétricamente alineados. Pero no salían más que treinta y ocho.

Volvió a contar y a separar los montoncitos, con el mismo resultado.

Se desnudó. Sin duda ocho billetes se le habrían quedado entre los pliegues de la ropa inferior.

En vano sacudió su camisa, su camiseta y sus calzoncillos; los ocho billetes no parecían.

Se registró en todos los bolsillos; tanteó los forros de la chaqueta y del chaleco... De pronto sonrió melancólicamente a una idea que le daba la clave de lo sucedido:

¡Don Raimundo se le había quedado con cuarenta duros!

XXIV

—¡Cuatro mil pesetas, Paquita; como lo oyes, cuatro mil pesetas!

—Nada, que no te creo.

—Pues pasa y verás los billetes.

Paquita, incrédula, se colgó del brazo de Fraile, y lo empujó dulcemente hacia su cuarto. Abrió él un cajón de su mesa y mostró a la muchacha la hermosa colección de billetes de veinticinco pesetas.

—Pero ¿de veras te los ha dado él?

—Te lo juro.

—Ese hombre se muere. Procura que deje bien arregladas sus cosas.

—Y no es esto solo.

—¿Más dinero? ¡Pues eso sí que no te lo creo, aunque me lo jures de rodillas y con los brazos en cruz!

—No; no es eso. Doña Baltasara me ha dicho, en un momento que don Raimundo nos dejó solos, que si necesito más se lo pida a ella, sin que se entere su marido.

—¡Mira la tía Tinaja! ¿Se habrá enamorado de

ti? Si lo supiera, pronto le bajaba yo los *cre-
neses*.

—¡Pobre mujer!

—¿Qué? ¿También tú tienes debilidad por ella? Hazle, hazle la corte, que tiene el riñón bien cubierto.

—No digas disparates, Paquita.

—No son disparates; todavía está de buen ver, y según oídas, no es el primer plato que rompe.

—Habladurías.

—¡Sí, sí! ¡Fíate tú del agua mansa!

—Bueno; dejemos en paz a nuestros *protecto-
res*—concluyó Fraile, subrayando la palabra.

—Pero ese dinero no está bien ahí; te lo pueden quitar.

—¿Quién?

—El propio don Raimundo es capaz de venir esta noche disfrazado con una barba postiza y desvalijarte.

—¡Qué imaginación!

—Póntelo debajo de la almohada por si acaso.

—Eso haré y mañana lo llevo a un Banco y me abro una cuenta corriente.

—Yo te acompaño.

—¡De primera! Y luego nos vamos a almorzar juntos.

—Mejor al campo a pasar el día.

—¡Eso! ¡A celebrarlo!... Pero, calla, estoy pensando una cosa. Como esta noche tengo que salir, me lo guardas tú hasta mañana.

—Como quieras.

—Mira: aquí tienes tres mil quinientas pesetas.

—Irán al fondo de mi baúl.

—¡Dormirán contigo!

—¿Tienes celos?

—Lo que tengo es envidia. Bien pensado, debíamos pasar la noche juntos por si vienen ladrones.

—Eso, y que mañana alguna fisgona le vaya con el cuento a don Raimundo, y se acabó lo que se daba.

—Tienes razón. Hay que hacer lumbre sin que se vea el humo.

—Mañana tenemos por nuestro todo el día.

Amaneció una hermosa mañana otoñal. Madrugaron los dos y en un café de la Puerta del Sol tomaron el desayuno para hacer tiempo hasta que abrieran los Bancos.

Paquita llevaba el dinero envuelto primero en un papel, luego en otro más fuerte, luego en un pañuelo y por último guardado en un bolsillo de mano. Don Alejo espiaba constantemente a cuantos pasaban junto a la muchacha, en previsión de una malhadada ratería.

—Firme usted este cartoncito—le dijeron en el Banco al entregarle una cartulina cuadrículada. Y Fraile firmó.

—Traerá usted algún conocimiento.

—Creo que lo encontraremos en la casa. Pregunte si hay algún empleado que conozca a don Alejo Fraile Castaño, candidato republicano a concejal.

Se retiró un momento el empleado y muy pocos segundos después volvió con un portero que ostentaba galones de capitán general en las bocamangas.

—¡Ya lo creo que lo conozco!—exclamó el portero—. ¿Cómo va, señor *Rajao*?

Don Alejo estuvo a punto de morir de repente. Aquel beduino, sin miramientos de ninguna clase, le había soltado el *alias* delante de Paquita.

—Pues si lo conoce, con eso basta; firme usted también la cartulina.

—Alejo Fraile Castaño—levó el portero separando las sílabas—; ¿pero no se llama usted *Rajao*?

Don Alejo tuvo una idea feliz que le sirvió para desnudar del rubor su rostro acongojado:

—Ese es el pseudónimo que usé alguna vez para firmar en los periódicos artículos revolucionarios.

—¡Ah, vamos! ¡Yo hubiese jurado que era apellidado: como se lo llama a usted todo el mundo! ¡El señor *Rajao*! ¡El hermano *Rajao*! ¡El ciudadano *Rajao*!... No se oye otra cosa.

—¡Qué nombre más feo!—intervino Paquita.

—¿Qué más falta?—preguntó Fraile al de la farquilla, deseoso de poner fin a escena tan desagradable.

—Hacer el ingreso. ¿Cuánto?

—Tres mil quinientas pesetas.

Contaron: el dinero estaba bien. Recogieron el resguardo y salieron. Lo más amargo para don Alejo fué el tener que dar las gracias al barbarote aquel que tan en ridículo le había puesto.

Un tranvía los dejó en la Bombilla. Su plan era ir a El Pardo; pero no encontraron medio de locomoción y tuvieron que acogerse a la cá-

lida tutela de un merendero con organillo y gabinetes reservados.

Paquita hizo el menú sin vacilaciones ni titubeos. El camarero salió con la nota y cerró la puerta discretamente.

—¡Mira, mira lo que dice aquí—exclamó la muchacha después de haber curioseado un instante las inscripciones hechas con puntas de diamante en el espejo: “Aquí han estao Severiano el Napias y Pepa la Candonga pasando un guen rato”. “Aquí estuve yo con el pendejo de doña Concha y pagó ella, lo cual que pongo esto porque no sabe leer. Juanito...” ¿Tú no estuviste aquí nunca?

—No.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—No te creo, la verdad; eres tan marrajo, que todavía no he podido saber una palabra de tus novias anteriores.

—¿Cómo vas a saber si jamás las tuve?

—Embustero. ¡Qué afán tenéis todos los hombres en engañarnos a las mujeres! Te advierto que te lo pregunto por curiosidad: lo que no es en mi año no es en mi daño.

—Ya lo comprendo; y por eso, si antes de ahora hubiese tenido aventuras amorosas, te las contaría con mucho gusto. ¿Y tú?

—Ya lo sabes. Don Raimundo, que me cogió cuando yo era todavía una párvula, y pare usted de contar.

—Y yo, ¿no soy acaso fu novio?

—Tú sabrás. Yo sé que eres algo mío, pero no

sé decir el qué; nos llamaremos novios. Eso está bien. Después de todo, como vamos a casarnos en cuanto la diñe don Raimundo...

—Y antes si tú quieres.

—No, que para fatigas y miserias bastantes hemos pasao, tú en lo tuyo y yo en lo mío. Además, yo estoy en que se muere un día de éstos: un hombre como él, que se compra un traje cada siete años, que cuando me ha llevado al café se ha metido en el bolsillo los terrones suyos y los míos y que cambia una perra gorda en cinco monedas para socorrer con ella a cinco pobres, no le suelta los nudos a la bolsa sino cuando está en visperas de pagarlas todas juntas.

—No sé qué decirte; por una parte, quiero que viva, porque para mí no ha podido ser mejor; pero por ti...

—¿Que se porta bien contigo? ¡Quita, hombre! Las cuatro mil pesetas, las rentas del cuarto que te ha perdonao y los sueldos que te da, te lo da a réditos del mil por uno. ¡Ya verás cómo te cobra hasta el último céntimo! Ten por seguro que está soñando con tu poder y con tu influencia pa no pagar la contribución, ni el inquilinato, ni la cédula; pa que el Ayuntamiento le arregle las calles donde tiene fincas y le ponga el agua en sus casas y le coloque un par de guardias en su puerta pa mandarlos por tabaco.

—Pero, como tú comprenderás, yo voy a ser concejal para servir al pueblo que me elija y no a él.

—Pues entonces sí que se muere. Procura que

deje los papeles bien arreglaos, no me vaya yo a ver a la luna de Valencia.

—Quien debe cuidarse de eso eres tú. Y lo mejor hubiera sido lo que te dije el otro día. Un chico a sus años le volvería loco.

—Mira, en eso sí que he tenido mala suerte: me puse una bízma, le encendí dos velas a Santa Casilda, enterré en una maceta hojas de olivo, me comí en ayunas dos manzanas, me afé aquí en el brazo, y todavía la llevo, una cuerda de guitarra; copié veintidós veces el romance de San Ramón Nonato, bebí agua boca abajo en la fuente del Berro, me sanfigüé seis mañanas con la mano izquierda y además hice otras muchas cosas que no me acuerdo ahora; pero todo como si no. Y eso que cuando me echó las cartas doña Polonia me salió que ya estaba, y que iba a salir rubio con los ojos de color de vino. Pero ahora sí que me han dado un remedio que según dicen es segurísimo.

—¿Cuál?

—No te lo puedo decir; en cuanto se dice pierde su virtud.

—Guarda, pues, el secreto.

—Cuando me haya servido, te lo diré.

El domingo, muy de mañana, *Gavilán* y *Tarodo* volvieron a llamar a la puerta de don Alejo; pero esta vez lo encontraron ya vestido y dispuesto a lo que llamaba él la batalla.

—En realidad—dijo Fraile cuando bajaban la escalera—, no debíamos molestarnos. Creo que no tendré oposición.

—¡Está usted apañado!—repuso *Gavilán*.

—¿Cómo? ¿Quién es mi contrincante?

—Pues don Casiano, que desde hace treinta años se presenta siempre pa tó.

—Y siempre lo tumban—añadió *Tarodo*.

—Pero no hay que confiarse, que se ha puesto en el censo del partido un porción de nombres falsos y vota por ellos con media docena de golfos.

—¡Tendría gracia el que con esos procedimientos tan poco limpios, por no decir otra cosa, me ganara la elección!

—Por ahí esté usted tranquilo—repuso *Gavilán* seguramente—. Nos tién que sobrar muchos votos, y si no nos sobran, como a ese pez le co-



nocemos el juego, quíe decirse que le tenemos cogido por las *algállaras*.

¶ Quedó un poco pensativo don Alejo. Sin duda le repugnaba concurrir a una lucha que se iniciaba tan puercamente. *Tarodo* aprovechó el en-simismamiento de su *protegido* para decir a su compañero *Gavilán*:

—Anda va, hombre, tírale la puntá.

—Bueno—dijo en voz alta el requerido—. Usté tié que aposentarse por ahora en la taberna de Celipe el Carabao, que allí le aguardan muchos correligionarios. Yo y éste nos vamos a traer a los perezosos. Dénos así como doscientos reales a cada uno por si hay que convidar, o pagar el tranvía, o traer en coche a alguno que se encuentre paralítico.

—O mareao—repuso *Tarodo*.

Don Alejo entregó los veinte duros y se dirigió a la taberna, en donde fué recibido con una ovación clamorosa por el señor Edesio el albañil, el señor Doroteo de las Moras, el señor Damián el fumista, Botalón el de la Huerta del Bayo, Turmas y otros muchos a quienes hemos tenido el gusto de ver al través de esta verídica historia.

La antevotación debía comenzar a las diez de la mañana; faltaban dos horas justas, que hubieran transcurrido muy lentas si una catarata de vino tinto no las empujara.

A las nueve, ya la taberna era un hervidero de correligionarios que hablaban todos a la vez, blasfemaban o cantaban.

Doroteo, que era el más prestigioso, sin duda,

gracias a ello logró hacerse oír un momento y expuso una idea feliz.

—Ciudadano Rajao—le dijo previo un golpecito en el hombro—, como ciudadanos conscientes que semos, a mucha honra y en güena hora lo diga, te requerimos pa que te subas en esta banqueta y nos expongas tu pograma.

Palmotearon todos, y antes de que Fraile acertase a formular una disculpa, entre seis o siete lo habían izado sobre uno de los asientos.

—Mi programa—dijo en tono declamatorio, allanándose a la situación—se puede reducir a estas tres palabras: Honradez, baratura... }

—Y buen gusto—interrumpió el tabernero—: eso pone en la muestra de los almacenes de don Juan de Dios Blas.

—Dejarlo solo—impuso el señor Doroteo.

—Honradez en la administración—continuó Fraile—, baratura en la vida y progreso en las escuelas y en los hospitales.

Aplaudió hasta el tabernero, y con ello, Fraile, que no había pensado en que para administrar los intereses de la Villa y Corte fuera preciso un programa, quedó convencido de que había tenido el acierto de formular uno inmejorable.

Subieron todos al Centro.

Don Casiano, sentado junto a una mesa de tresillo, con una copita de aguardiente a la diestra y rodeado de quince o veinte contertulios, explicaba de un modo enfático y prolijo cómo don Rodrigo Díaz de Vivar, alias el Cid Campeador, fué, a su manera, republicano sinalagmático, conmutativo y bilateral.

En el salón grande, sobre la mesa presidencial, estaba ya la urna como anhelante de guardar en su transparente seno la ciudadana voluntad transcrita en blancos papelitos.

Sonaron las diez. Tres señores muy serios y muy endomingados tomaron asiento junto a la urna. El presidente dió un campanillazo y declaró abierta la antevotación.

El primero en acudir fué un viejecito que había estado solo, medio oculto en la penumbra de uno de los ángulos del salón.

—El ciudadano Cabrejo vota—declaró el presidente.

—Desde hace cuarenta y dos años que melito en el partío—dijo Cabrejo—, siempre soy el primero.

—Y ¿por quién, vota usted, si se puede saber?—le preguntó el señor Doroteo.

—Hombre, estas cosas dicen que son secretas; pero a ti no me importa el decírtelo. En los cuarenta y dos años que llevo viniendo el primerito, siempre he votao en blanco...

—¡Salú y Republica!—exclamó Talegón el colchonero al acercarse a la mesa—. Al que madruga Dios le ayuda, y quien ve salir el sol ve hincharse su bolsón, que al camarón que se duerme la corriente se lo lleva...

—Bueno, hombre, bueno; vota si quieres y déjate de refranes, que siempre vienes con lo mismo.

—Pues estás equivocado, que este año he sacao yo de mi cabeza más de cuarenta nuevos, que se pueden poner donde estén los mejores.

Lentamente fueron acercándose a la mesa todos los que estaban en el Centro. De tarde en tarde llegaban de la calle por tandas de tres o cuatro. A las doce y media dió fe el presidente de que llegaban al medio ciento los que habían cumplido el deber ciudadano y acordaron suspender el acto por una hora para comer allí, en el salón, sin perder de vista la urna.

Don Alejo, ruborizado por el temor de que ello pudiera parecer captación o soborno, invitó a almorzar al presidente y a sus colaboradores; sin vacilaciones, en nombre de la fraternidad, que es lema del partido, aceptaron, y después de discutir durante más de un cuarto de hora sobre lo que habían de encargar, concluyeron por adaptarse a la pauta de todas las comidas antifidinásticas: tortilla francesa, merluza frita y ternera con guisantes.

Don Casiano se agregó espontáneamente al banquete ofrecido por el ciudadano Fraile, y durante la refacción demostró que la merluza no era un pez, sino una formación caprichosa de cierta gelatina marítima combinada con algunos carbonatos solubles.

A las dos llegó a su apogeo la animación: arribaron el maestro Zacarías, el señor Benigno, Rodríguez, el que facilitó a Fraile aquella efímera credencial, el señor Eutropio y hasta Eustaquio el civil, que sabía ir sin lazarillo desde el atrio de la iglesia a la taberna del Carabao y al Casino republicano.

Entre todos los conocidos ibanse deslizando algunos desconocidos a quienes miraban rece-

losos don Alejo y sus amigos. Eran sin duda los electores de don Casiano; pero no había por qué inquietarse ni protestar: apenas llegarían a una docena.

Fraile, ambicioso, no sólo quería triunfar, sino que ambicionaba una antevotación numerosa, nutrida, tanto para satisfacer su amor propio como para tener un anticipo del entusiasmo con que habían de acudir los correligionarios a la elección oficial. Confiaba en *Gavilán* y *Tarodo*; su tardanza le hacía sentir una copiosa recluta.

A las tres, resoplando y esquivando miradas, entró en el Casino don Raimundo. Fraile quiso acercarse a saludarlo, pero un guiño y un ademán de su protector lo detuvieron en su camino. Sentóse junto a un balcón con aire distraído y aguardó el resultado del escrutinio.

Todos se felicitaban de que transcurriera el acto sin incidentes y de que los ciudadanos hubiesen acudido al llamamiento en mayor número que otras veces.

—Faltan muchos todavía—decía Fraile sonriente—; ya verán ustedes cómo vienen aún más de cuarenta.

Y miraba impaciente su reloj.

Por fin, a las cuatro menos cuarto se oyó en la escalera la voz de *Gavilán*: unos segundos después entraron en el salón los dos amigos cogidos del brazo y balanceándose como si estuvieran sobre la cubierta de un mal barco.

—¿Qué es eso, ciudadanos?—preguntó malhumorado el Presidente.

—Que lo himos hecho bien—balbució *Tarodo*.

—¡Chocal—repuso *Gavilán*—, que has estao güeno. Lo himos hecho bien. En otras cosas no pero en eso, galán, te corroboro.

—Cobro... corro... ¿qué has dicho?

—Que te co-rro-bo-ro.

—¿Tú a mí? ¡Eso me han contaot!

—¡A tu hermana la grandel! ¡So gua... són! ¡Pues no dice que me cobo, corolo...!

—¡Co-rro-bo-ro!

—A mí, ni tú ni el general Ubailer, y si lo güel-ves a decir...

Tarodo sacó del bolsillo interior de la americana una enorme navaja de muelles; intervinieron todos y sacaron a la calle a los borrachos.

Tan pronto como la calma estuvo restablecida, el Presidente anunció que se iba a proceder el escrutinio y fué sacando y leyendo pausadamente las papeletas de la urna.

Terminada la operación, gritó el que hacía de secretario.

—Don Alejo Fraile Castaño, 19 votos. Don Alejos *Rajao*, 32 ídem.

—Pido la palabra—exclamó Fraile temblando de ira—. Esos treinta y dos votos se deben sumar con los otros diez y nueve, puesto que no hay duda de que son para mí. He tenido la desgracia de que me pongan aquí ese apodo y estoy dispuesto a soportarlo.

—A mí me parece lógico—propuso el Presidente—; ¿lo acuerda así la Asamblea?

—¡Sí, sí!—gritaron todos.

—Continúe el Secretario.

—Don Casiano Falaz y Gordejuela, 7 votos.

Y el Presidente, puesto de pie, proclamó candidato con la mayor solemnidad a don Alejo Fraile Castaño.

—¡Espacio, espacio!—reclamó don Casiano—. Esa proclamación es nula porque adolece de un defecto legal. El candidato soy yo, sencillamente porque don Alejo no está en el Censo del Partido.

—¿Cómo no va a estar en el Censo, si lo traje yo y delante de mí y de todos llenó y firmó el boletín?—vociferó el señor Benigno.

—Pues no está. ¡Que se vea!

Miraron, y en efecto, por negligencia o por picardía de quien fuera, el ciudadano Fraile no figuraba en el Censo.

—Pero si he votado en las Asambleas y he representado al Partido en innumerables comisiones.

—No importa—decía triunfador don Casiano—. El Reglamento es el Reglamento, y aquí está el artículo diez y seis, que dice:

“Para ser candidato a Concejal, Diputado a Cortes o Diputado provincial se requiere:

„Primero. Hallarse inscripto en el Censo del Partido.“

El Presidente dió un campanillazo y declaró:

—La Mesa, por unanimidad, acuerda anular la proclamación que había hecho a favor de don Alejo Fraile y proclama en su lugar candidato a don Casiano Rapaz y Gordejuela.

Siguió un momento de angustioso silencio. Los amigos del ciudadano Fraile comenzaron a

retirarse cabizbajos y murmurando protestas. De pronto, en uno de los ángulos más oscuros del salón, se oyó un ruido formidable, como si se hubiese desplomado una estantería.

Acudieron todos al lugar del estrépito, y vieron un hombre corpulento que se reforcía lanzando por la boca espuma sanguinolenta. Abrió un momento los ojos como para fulminar a los circunstantes y volvió a cerrarlos para siempre.

Era don Raimundo, que no había podido sobrevivir a la desdichada malversación de sus pesetas.

Los médicos de la Casa de Socorro dieron a todos la seguridad de que don Raimundo había dejado de ser don Raimundo y dispusieron llamar al Juzgado. Se trasladó el cadáver al Depósito para que al día siguiente le hicieran la autopsia, y el ciudadano Fraile marchó a poner la desgracia en conocimiento de doña Balasara.

Reflexionó que Paquita debía también saberlo y resolvió decírselo antes que a la viuda legítima.

—¿Lo ves?—exclamó Paquita—. ¡Si a mí el corazón no me engaña! Te dije ayer: ese hombre se muere, y mira lo que ha tardao. Ya habrá empezao en el otro mundo a pagar las muchas que hizo en éste. ¿Cuándo sabremos lo que deja dispuesto?

—Aguarda siquiera a que lo entierren.

—Tienes razón. Dios me perdone y que le perdone también a él. Ya nos lo dirán, porque eso, tú que entiendes más que yo, lo sabrás; ¿verdad que no puede la viuda dejar de cumplir lo que diga el testamento?

—¡Claro que no!

—Pues anda, vete, vete a decírselo y pon cuidado a ver si entre los ayes y las lágrimas se le escapa alguna expresión.

—Hasta luego.

Y don Alejo marchó a cumplir su triste cometido para con doña Baltasara.

—Señora—dijo simulando llorar—: aunque me agradaría sobremanera ocultárselo, el deber me impone enterar a usted de que nos aflige una gran desgracia...

—Ya me lo figuro; ha salido usted derrotado. Bien fragá me la tenía; pero por eso no se apure; otra vez trunfaremos. También mi padre se puso una vez pa concejal y le dieron con el tocino en los hocicos.

—Señora, siento decirle que no es eso; es decir, sí es eso; pero además nos ocurre otra cosa mucho peor.

—Pues desembuche usted ya, que no me voy a morir del disgusto: tengo más alma que un cabo e realistas. Si fuera Raimundo... ése sí que se ahoga en poca agua.

—Pues de don Raimundo se trata, señora: el pobre...

—Se ha vuelto loco al ver malgastadas las pesetas que le dió a usted. ¡Como si lo viera!

—Peor, señora, mucho peor.

—Es capaz hasta de haberse pegado un tiro. Todos los años por Nochegüena, cuando mira la lista grande y ve que no le ha tocado el gordo, se pone a morir. Diga, dígame la verdad, que por grave que sea la cosa, no me coge de susto.

—Estuvo en el casino, y al saber mi derrota le dió dió un ataque y, la verdad, está grave, muy grave, gravísimo.

—Sea usted franco. Que la ha diñado.

—Señora... ¡Pobre don Raimundo!

—No, si se lo dije yo cuando usted se fué con los decisismil reales: Raimundo, tú te mueres. Tú te mu eres, Raimundo. Después de una hombre como ésta ties que diñala. ¡Y miá tú si acerté! Pero está muerto del tó?

—Señora, no debo ocultárselo por más tiempo.

—Dios lo haiga perdonao. Voy a encendele ahora mismo una lamparilla. Después de tó, no no era muy malo que digamos. Otros hay piores. Usurero y tacaño pa los cuartos, desconfiable, regañón y además tenía una pindonga que creo que la deshonró antes de conocerme a mí. Dios lo haiga perdonao. Y diga usted, ¿me lo traerán a casa?

—No, señora; como ha muerto de repente, está en el Depósito Judicial.

—¿Y tampoco se le pué hacer entierro?

—Eso sí. Todo lo que usted quiera. Si hizo testamento, lo que en él disponga.

—En el testamento no dice nada; lo hicimos juntos los dos pa que herede todo el que se quede y disponga las cosas como se le antoje.

—¿Y no hay misas ni legados?

—Nada. Si me hubiera muerto yo, él podía hacer mangas y capirotos de tó, y como le ha tocado a él, pues yo soy la que falla. Encárguele usted un entierro decente, que no sea de mucho postín, y cien duros de misas.

—Pero ¿no quiere usted venir a verlo?

—¿Pa qué? ¿Pa soñar con él por las noches?

—¿Sabe usted si llevaba en los bolsillos dinero, documentos o cosas de valor?

—Lo de siempre: dos pesetas en plata y una en cuartos, la cédula y un reloj de níquel que le dieron por los vales del chocolate, y desde entonces guardó el de plata pa los días grandes. No se molestó usted en reclamar nada.

—Como usted quiera. Con su permiso, me voy a velar el cadáver y a disponer el funeral. ¿Necesita usted algo de mí?

—Por ahora no; pero como usted tiene que seguir en su cargo, venga los días como cuando vivía mi Raimundo, que esté en gloria.

Las últimas palabras de doña Baltasara consolaron un poco al ciudadano Fraile de las grandes amarguras y contrariedades que durante todo aquel día sufriera. Un momento, al caer don Raimundo como herido por un rayo, vio desmoronarse su posición política y esfumarse su colocación y tuvo la visión trágica de los días sin pan y sin hogar; para consolarse pensó en Paquita y la vio un momento millonaria por la póstuma generosidad de su amante; pero pronto, al través de la noticia que doña Baltasara le dió de aquel testamento mutuo, la contempló desdichada y miserable; por último, al saber que conservaría su destino de administrador y que de él obtendría acaso ahora mayores ventajas, formó el generoso propósito de redimir a Paquita casándose con ella.

Lo que no haría, de ningún modo, era volver a actuar en la política republicana. ¡Qué asco! ¡Derrotarle con aquella indecente artimaña! Viviría tranquilo de su sueldo en el hogar feliz que con aquella excelente muchacha iba a crearse.

XXVII

—¿Pero es posible?—repetía Paquita con los ojos preñados de lágrimas de ira y de rabia más bien que de dolor—. ¿Pero es posible?

—Puedes estar segura. No te lo he querido decir antes porque sabía que te iba a servir de disgusto; pero aquella misma noche me lo dijo doña Baltasara y después lo he leído yo mismo en el testamento.

—¡Granuja! ¡Infame! ¡Ladrón de honras! ¡Permita Dios que lo achicharren en el infierno por mil eternidades! ¡Quisiera morirme ahora mismo para verlo sufrir y retorcerse en las calderas de la peza!... Y ¿no podemos pedir justicia?

—No hay más que tener paciencia. Después de todo, con mi sueldo ya podemos vivir. No te apures.

—Bien podía haber esperao a morirse unos meses más. ¡Infame, más que infame! ¡Hasta en esto ha sido inoportuno y dañino!

—¿Por qué?

—Porque tenía yo arreglado ya lo del chico.

—¿Cómo? ¿Estás...?

—Ni falta que hace; pero si él hubiera vivido...

—Cálmate, cálmate, mujer, que estás delirando. Mira: yo tengo casi enteras aquellas cuatro mil pesetas; dispón de lo que te haga falta para preparar tus trapos, y cuando yo acabe de arreglar las cosas de la testamentaria, nos casamos.

—Nos casamos... si no lo piensas mejor, por que ahora sin dote...

—No digas tonterías. Te juro que antes de medio año nos casamos. Dime qué te hace falta para el equipo.

—Para eso ya tengo yo.

—Pues a prepararlo, y a no pensar más en don Raimundo.

—Infame, más que infame. Todos los días he de pedir a Dios que lo atormente más que a nadie en el infierno.

Calculó don Alejo que, despachada su misa, ya estaría don Baudilio en el café de Varela, y a buscarlo fué derechamente.

—¡Caramba, caramba!—exclamó el sacerdote—. Cuando yo esperaba encontrarle hecho una Magdalena, por lo de la jugadita de la antevotación, que ya me ha confado Benigno, lo veo llegar gozoso y alegre como nunca. Diga, diga lo que tenemos de bueno.

—En primer lugar, estos cien duros para que se los diga usted de misas a mi casero, que en paz descanse.

—¡Lo que tiene el no entender! Ese dinero corresponde a su parroquia y a los que le hayan hecho el entierro.

—Ya se llevaron su ración; ese dinero es de usted.

—Bueno. ¿Cuántas misas he de decir?

—Las que usted quiera. Los dos estamos en el secreto de que en el otro mundo no hay una contabilidad establecida y organizada para esos menesteres.

—Y creo, además, que le van a servir de muy poco.

—¿Por qué?

—Si era como usted me lo ha pintado, y hay infierno, nadie puede arder allí más justamente. ¿Hay más novedades?

—Sí. Que me caso.

—¿Con su vecina?

—¡Claro!

—Bien, bien. En el testamento repararía su falta aquel beduino.

—No la deja ni un céntimo.

—Pobre muchacha. Hace usted bien en protegerla.

—Voy a ver si la viuda quiere ser nuestra madrina, para que cobre usted bien su trabajo.

—Pero ¿va usted a casarse por la Iglesia? ¡Qué dirán sus correligionarios!

—Que digan lo que quieran. Para mí ya se ha concluido la política.

—Está bien, está bien. No ha sacado usted de ella lo que quería y cuando lo quería...

—Han sido muy ingratos conmigo.

—No; a mi juicio, no le debían gratitud.

—He hecho por ellos toda clase de sacrificios.

—Sí; el mayor, el de haber ido a la cárcel. ¿Verdad?

—Otros hicieron menos y encontraron pingües recompensas.

—No es ese el camino de la vida. Quienes piensan de ese modo se parecen a los ratones y a los pájaros, que no trabajan si no es para sí mismos; los grandes ríos, los grandes árboles, las plantas salutíferas, los grandes hombres, no hacen para sí, sino para los demás.

—Pero a mí no han querido ponerme en condiciones de serles útil.

—Sí; hubiera usted hecho un gran concejal. De seguro se ha pasado en estos meses últimos las noches de claro en claro, estudiando los problemas municipales.

—Es usted muy exigente, don Baudilio.

—Y usted, como la mona de la fábula, no hace más que morder la corteza de las nueces verdes.

—Y ¿qué he de hacer? Aconséjeme.

—Le faltan el dón del equilibrio y la virtud de la perseverancia.

—Aun cuando así sea, si Dios no me las dió...

—Se las dió, sin duda, como a los demás mortales. Busque dentro de sí mismo.

XXVIII

Transcurrieron algunos meses.

Paquita preparaba su equipo de novia afanosamente.

Don Alejo iba invirtiendo su capital y el sobrante de las mesadas de su sueldo en amueblar la casa con todo lo que pudiera satisfacer las necesidades, los deseos y hasta los caprichos de su prometida.

Faltaba sólo para fijar la fecha del matrimonio comunicar la noticia a doña Baltasara y recabar el que accediese a apadrinarlos.

Muchas veces don Alejo fué dispuesto a decirselo; pero al llegar el momento vacilaba sin saber por qué.

Un día la buena señora pareció adivinar al través de las perplejidades los propósitos de su dependiente, y de manos a boca le dijo:

—Señor Fraile, hace tiempo lo veo a usted con deseo de decirme alguna cosa importante y paice como que no se atreve usted. Yo le doy alas, dígamelo tó, que de ná me asusto.

Don Alejo iba a comenzar su confesión; pero de pronto recordó que la propia señora le había

dicho que su marido tenía una *pindonga* y este recuerdo hizole incurrir en una nueva y grande vacilación.

—Vamos, vamos, yo le sacaré las palabras del entresijo. Usted se ha echao sus cuentas y se ha dicho, dice: Doña Baltasara está como pa hacer la felicidad de un hombre. Y ese hombre debía de ser yo.

—Por Dios, doña Baltasara.

—No, si no hay pior gente que hombres y mujeres, como decía el otro, sacando los soldaos y los curas. En vida de mi defunto Raimundo ya noté yo que usted me miraba bien.

—Señora... usted siempre fué buena para mí.

—Y la verdá, si calculara de casame otra vez, no sé qué le diría a usted; pero así fan de repente...

—Pero si yo, doña Baltasara...

—Yo, nadie mejor que usted lo sabe, soy millonaria, y como vieja, entodavía no he principiao a serlo. Usted, en cambio, aunque no tié un real, pues es un hombre joven, bastante bien parecido y honrao, así que pué usted pretender a la misma raina.

—Señora, muchas gracias.

—Lo consultaré esta noche con la almohada y mañana le daré la contestación.

—Pero si yo, doña Baltasara...

—Nada, no sea usted niño. No deje de venir mañana a las once u antes si le cumple.

Cuando don Alejo se vió en la calle, no sabía si reir a carcajadas la ocurrencia de doña Baltasara o marchar a firarse por el Viaducto a causa

del conflicto insoluble en el que le había colocado la buena señora. Al fin y a la postre tendría que decirle que jamás se le había ocurrido la idea pintoresca de aspirar a su mano, y entonces, ¡oh terrible venganza traviatescal, lo menos que haría con él sería ponerle de patitas en el arroyo.

¡Buena luna de miel se preparaba para la pobre Paquita!

Por de pronto resolvió no darle cuenta del suceso hasta después del desenlace, y para no caer en la tentación pretextó quehaceres que le alejaran de ella durante todo el día y hasta las altas horas de la noche.

Vagó solo muchas horas, pidiendo en vano un rayo de luz a su pobre inteligencia, y al cabo de tan inútil discurrir, como en trapos y muebles había gastado todo su dinero, se vió nuevamente sumido en la miseria, restituido a su régimen de higos y pan, desahuciado de la casa y por añadidura con una mujer a su cargo, con la pobre Paquita, víctima primero de los sucios deseos del marido y luego de los grotescos amores de la viuda.

Sigilosamente penetró en su cuarto y se acostó; pero no pudo dormir.

¿Qué debía decir en el día siguiente a doña Baltasara?

Era tan fuerte el decirle, por ejemplo: señora, usted se ha equivocado; yo jamás pensé en usted para casarme; tengo mi novia, y precisamente lo que usted advirtió que tenía que decirle era si quería apadrinarnos.

Es seguro que al oír esto doña Baltasara montaría en cólera y le haría salir de su casa para siempre.

¿Y mantenerla en la ilusión, formalizar con ella relaciones de noviazgo y aprovechar el tiempo para darle disgustos y desengaños hasta conseguir que de ella partiera el desistimiento? Tampoco esto era práctico. La venganza, el lanzamiento al arroyo, resultaba también inevitable y además sería preciso encontrar un medio de justificar ante Paquita el aplazamiento indefinido del matrimonio.

Cuando se presentó ante doña Baltasara nada había resuelto, aun cuando sobre el conflicto meditó todo un día de paseo y toda una noche de insomnio.

—Lo he pensado bien—dijo la señora mirándole dulcemente—. Necesito un hombre que mire por mí y me haga sombra, y nadie mejor que usted, señor Fraile; de modo y manera que en quitándome el luto nos casamos. No hay nada más que decir. Nos iremos a ver el mar, que yo no lo he visto más que pintao, y a ver fieras dos u tres meses y luego nos volvemos a Madrid tan ricamente. Hi salido esta mañana trempanito y he compraó pa usé esta cartera con endiciales. Velaila usted con cinco brilletes de a mil pa que se prencipie usted a comprar el equipo de novio.

Don Alejo hubiera querido morir de repente; pero, puesto que esto no sucedía, decidió dejarse llevar hasta donde el azar quisiera, con lo cual tomó el obsequio y besó galantemente la mano de doña Baltasara.

XXIX

—¿Qué dice esa tía? ¿Quiere o no quiere ser madrina?

—Sí; pero tenemos que aguardar a que se quite el luto.

—¡Maldita sea!

—Hay que tener paciencia, mujer. La pobre señora no ha podido estar más complaciente. Mira lo que me ha dado como regalo de boda.

Y don Alejo mostró a su novia las cinco mil pesetas.

—Trae, trae, las guardo para que empecemos a vivir; no vayas a gastártelas también en trastos, que eres muy capaz de ello.

—Te daré cuatro.

—No, no; las cinco.

—Pero, mujer, si no tengo un céntimo y faltan aún muchos detalles.

—Bueno; partiremos la diferencia: te daré quinientas.

—Como quieras.

Paquita guardó en el fondo de su baúl los cinco billetes y dió a Fraile quinientas pesetas.

Después, al verla palmofolear gozosa, se le saltaron las lágrimas.

Vivía el pobre hombre en el más horrible de los conflictos. Su noviazgo con doña Baltasara seguía su camino y, por desgracia, rápidamente, pues ya faltaba muy poco para el aniversario de la muerte de don Raimundo.

El cuidado de ocultar a Paquita la verdad consumía todos sus afanes y absorbía todo su escaso ingenio. Y de esta manera, cuando se veía en presencia de una de las dos mujeres, sentíase verdaderamente atormentado, y cuando se encontraba solo no podía emanciparse de la tarea de someter a presión y a tortura su magín en busca de una solución para un conflicto, insoluble como sin duda éralo aquél para un pobre de espíritu como don Alejo.

Su desesperación subió de tono cuando un día le dijo su novia oficial:

—Niño mío: ya falta sólo un mes pa el cabo de año; encárgale unas cuantas misas rezás a mi defunto y vete preparando los papeles, que va llegando la hora de que se cumplan tus deseos.

Don Alejo la miró con una tristeza en la que había destellos de pavor y de ira, y aunque doña Baltasara no le pidió explicación de su actitud, no por eso dejó, si no de comprenderla, por lo menos de sospechar que a su novio no le entusiasmaba la proximidad del enlace.

Cuando don Alejo se vió en la calle, como en los momentos de sus grandes tragedias hacía, decidió aceptar la situación plenamente y acu-

dir con los ojos cerrados a aquel matrimonio que resolvía por completo su problema económico y le ponía en situación de triunfar en la vida.

Volvería a la política; deslumbraría a los republicanos con sus millones; con su prestancia y con su fastuosidad les haría olvidar el apodo plebeyo que tan sin piedad le aplicaban aun en las ocasiones más solemnes; rechazaría dignamente el acta de Concejal para no contender en las antevotaciones con triquiñuelistas de la talla de don Casiano, y sería Diputado, Senador, Presidente de todo, jefe de todos. Era lo menos que sus millones, o mejor dicho, los millones de su mujer, podían ayudarle a conquistar.

Tal vez algún día—se le ocurrió—le censurarían en mítines o asambleas el haber vendido a buen precio su virilidad a una vieja; pero concluyó que esto no era probable, pues en el mismo caso se encontraban muchísimos de los que brillan en el mundo relumbrante de la política, las artes y el periodismo y aun en el propio partido republicano.

Pero ¿quién enteraba de la situación a Paquita? ¿Por qué medio se podría recabar su consentimiento? ¿Cómo aplacar su desesperación cuando se enterase? Esto era lo más duro, lo más arduo, lo más grave de su problema.

Y después de todo—pensaba—, sin causa ni motivo. Paquita se había sometido a ser la querida de don Raimundo, el marido anterior de doña Baltasara, que valía menos que él, y que a su cariño correspondió, sin duda, con mayor fa-cañería...

A doña Baltasara no se le cocía el pan a causa de las inquietudes que le produjera aquella extraña actitud de don Alejo, y para recobrar su tranquilidad, resolviendo sus dudas, acudió al procedimiento habitual en ella, en el que ponía toda su confianza, puesto que por él había sabido de la próxima muerte de don Raimundo y de la derrota electoral de don Alejo, en las visperas de acaecer ambas *catástrofes*.

A la media hora de recibir su recado, llegó doña Polonia, una mujerona ya muy madura, con el pelo teñido de rubio, bigotuda y metida en carnes.

Sentóse con doña Baltasara junto a una mesa camilla, sacó de su seno una baraja mugrienta y comenzó a hacer con las cartas sus combinaciones más o menos cabalísticas.

—Hay un hombre moreno, buen mozo, más joven que usted, que la quiere a cegar... Está dispuesto a casarse con usted y no por ambición, sino por cariño. No me extraña, porque por usted no pasa día, doña Baltasara.

—Es que no soy tan vieja.

—De mi quinta.

—No, señora; yo ando alreor, alreor de los cuarenta.

—Y yo también; pero sigamos con las cartas. Hay de por medio una mujer que le quiere quitar a usted ese cariño.

—¿Cuál?

—Es también morena... y joven, y está entremetida en las cosas de usted desde hace muchos años.

—Pero ¿ónde está?

—Eso no lo pueden decir las cartas.

—Pues yo necesito saberlo.

—Cele usted a su hombre.

—Pero ¿él la quiere?

—Vamos a ver.—Y siguió poniendo naipes sobre la mesa.—Como quererla, no la quiere mucho; pero tampoco le es indiferente.

—Bueno. Yo me encargaré de esa prójima.

Cobró doña Polonia sus honorarios y salió después de haber quedado en volver a los ocho días para preguntar de nuevo a la baraja si la situación había cambiado.

Llegó la bruja a su casa: un zaquizamí de la calle del Mesón de Paños que parecía olvidado de la civilización y de las ordenanzas municipales. Atravesó el zaguán infecto y oscuro; subió diestramente por una fementida escalera y se detuvo para llamar con los nudillos en su puerta, sobre la que había una cartela blanca con letras azules, que decían:

POLONIA

CAMISERA

No hay para qué decir que sus manos pecadoras desconocían el uso, la aplicación y la esgrima de las tijeras y las agujas. Lo de *camisera* pretendía ser un velo puesto a la investigación policíaca, y digo pretendía porque alguna vez tuvo ocasión de descansar una quincena en compañía de las alumnas que cursan sus estu-

dios en la calle de Quiñones, digámoslo claro, en la *cárcel de señoras*, como con gran prosopopeya la nombraba doña Polonia.

Una doméstica chata, pelirrala y jorobada que le abrió la puerta, le señaló un gabinete que había de recibimiento o antesala, con un guiño infernal.

La bruja, al ver la estancia rebosante de clientela femenina, no pudo reprimir un gesto de satisfacción.

Atravesó hierática y solemne por entre todas, enfornó un momento la puerta de su *laboratorio*, se destocó la copiosa mantilla de viuda, dispuso sobre una mesita varias barajas, una alcancía y unas medallas con signos y emblemas intraducibles, y dirigiéndose a la puerta, gritó sonriente:

—¡Primeral

—¡Paquita, hija mía!—saludó besuqueándola—. ¡Que cara te vendes!

—Es que estoy muy atareada. Me caso, doña Polonia, me caso. ¿Se lo explica usted ahora todo?

—Naturalmente. Y querrás que averigüemos si te quiere tu futuro. Pero ¿cómo no te va a querer con lo guapetona que eres, lo buena moza, lo formal y lo simpática?

—Muchas gracias, doña Polonia. Ya sabe usted lo que son los hombres.

—De sobra, hija mía. ¡Lástima el que se te murió! Si piensas un poco antes lo del chico...

—Eso ya no tiene remedio.

—O si tarda él un poco más a morirse. Aquí en casa tengo una cliente que está ya fuera de

cuenta y lo quiere mandar a la Inclusa. Ya ves tú qué ocasión. Pero volvamos a tu futuro. ¿Quién es?

—El escribiente o administrador que tenía don Raimundo, que esté... ¿pues no iba a decir en gloria? ¡Si seré tonta!

—¿Que sigue de administrador de la viuda?

—El mismo.

—¿Y estás segura de que vais a casaros?

—Segurísima; pero ¿por qué me pregunta usted eso?

—Mira: no quiero engañarte, y para decirte la verdad no son precisas las cartas. Ese hombre te está faltando; con quien se casa es con doña Baltasara.

—¡Qué buen humor tiene usted, doña Polonia!

—¿Te interesa mucho ese hombre?

—¡Figúrese usted! ¡Como que tenemos todo el equipo hecho y la casa puesta!

—Pues te digo, pero muy en serio, que ese hombre no es para ti,

—Pero, doña Polonia, ¿está usted en su juicio?

—Esta mañana me llamó tu rival para que fuese a echarle las cartas y la sirvienta que me trajo el recado lo desembuchó todo. Claro está que yo al *adivinarle* el presente y el porvenir he comprobado perfectamente la verdad de lo que la sirvienta me dijo.

—Lo mato, señora, lo mato. Este no se me va como se me fué el otro; para éste si que no hay perdón.

—¿Tú te quieres casar con él?

—Como quererle, ya no le quiero; si lo tuviese aquí ahora mismo lo haría trizas; pero aunque no sea más que para que rabie esa vieja cochina...

—Pues no te preocupes. Yo te caso.

—¡Doña Polonia de mi alma!

—¿Es muy despabilao?

—Algo más que una tortuga y bastante menos que un perrito lulú.

—¿Entiende mucho de mujeres?

—Yo he sido su única novia.

—¿Novia?

—Bueno, sí... ya sabe usted; el hombre es fuego, la mujer estopa...

—Y ¿cuándo sopló el diablo?

—Hace más de año y medio.

—Perfectamente.

—Usted dirá lo que tengo que hacer.

—Ahora llegas y te acuestas. Le mandas a decir que tienes dolores, muchos dolores; esta tarde le ordenas que me avise; voy, te veo, te toco, digo que estás de parto y en cuanto suelte el *bacalao* mi huésped...

—Se lo colgamos. ¡Bien! ¡Muy bien!

—¿Crees tú que se fragará el paquete?

—Y aunque fuese más gordo.

—Conforme. Pero a quien hay que colgarle el chico es a doña Balfasara.

—No entiendo.

—Cuando él esté platicando con ella, te presentas tú con el rorro en brazos, y... lo demás corre de tu cuenta, que no eres muda, hija mía.

—¡Qué cabeza tiene usted, doña Polonia! Si la cosa sale bien, cuente con cien duros y un reloj de pulsera.

—Ya sabes, hija mía, que a ti te sirvo sin interés.

Don Alejo encontró al fin un medio para aplazar por un poco de tiempo su boda con doña Baltasara; inventó un pariente, su único pariente, pueblerino y bien acomodado, que quería asistir y pedía un par de semanas de tiempo para poderlo hacer.

Doña Baltasara se había enamorado de don Alejo con esa pasión asediante, avasalladora que suele atormentar a las mujeres maduras. Este estado pasional vendó sus ojos de tal modo, que para ella las vacilaciones y el gesto de contrariedad de su galán no eran sino preocupación amorosa, y las advertencias y *adivinciones* de doña Polonia, supercherias abominables.

Paquita, pícara y astuta, disimuló perfectamente para con Fraile el conocimiento de la situación, simuló amarle con verdadera locura y muchas veces le estimuló a que fuese a ver si quería algo doña Baltasara, puesto que de ella dependía el pan presente y el futuro.

Dos o tres días después de su visita a la bru-

ja, decidió comenzar la realización del plan que ésta le prescribiera.

Muy de mañana, con gritos angustiosos y golpes estridentes en su puerta, despertó a don Alejo y le hizo pasar a su habitación.

—¡Me muero, amor mío, me muero! ¡Socórreme! ¡Ayúdame!

—Pero ¿qué es lo que te ocurre, vida mía?

—No lo sé; unos dolores horribles; en los riñones, en el vientre, en las caderas... una angustia que no me deja respirar... me muero, Alejo mío, me muero...

—Será un cólico, mujer; no te apures. Voy ahora mismo a la Casa de Socorro.

—No, no, vida mía, amor mío... es otra cosa... no lo esperaba tan pronto... ¿sabes?... Ve a llamar a doña Polonia, que es una buena profesora.

—¿Estás loca, Paquita? ¡Cómo demonios va a ser lo que tú te figuras! Esas cosas no llegan así tan de sopetón.

—Si yo ya lo sabía... pero no me he atrevido a decírtelo con claridad por si te disgustaba. Ya verás cómo doña Polonia te saca de dudas.

El pobre hombre, dócil, fué a llamar a la intricante; por el camino pensó si todo aquello sería una farsa preparada por las dos para llevarle al himeneo sin dificultades ni resistencias; pero en vez de confesar a doña Polonia sus sospechas, decidió callarlas y observar.

La cosa estaba bien clara. Paquita era incapaz de un mal pensamiento; pero él mismo le abrió los ojos al decirle un día con respecto a

don Raimundo: invéntale un chico... Este recuerdo confirmó y robusteció su sospecha.

Doña Polonia tomó plena y absoluta posesión del hogar de Paquita y lo primero que hizo fué encararse con don Alejo para decirle:

—¿Pero qué ha hecho usted con esta pobre muchacha? ¡No han tenido ustedes paciencia para esperar a las bendiciones! Se trata de un parto, que, como es de primeriza, lo mismo puede terminar en una hora que durar tres o cuatro días. Lárguese, lárguese a su casa, que los hombres no deben presenciar estas cosas, y si son solteros, menos.

Fraile intentó resistir y quedarse en la alcoba, y Paquita, imperativa, le mandó también que se marchara, por lo menos hasta la noche.

El pobre hombre obedeció; pero aquella resolución puso la cúpula en el edificio de sus sospechas.

Paquita era una farsante; en vez de un lazo quería someterlo a un dogal y tal vez con nudo corredizo.

Ahora—pensó—es cuando me caso con doña Baltasara, sin ningún remordimiento de conciencia, y si me quiere como amante, igual que tuvo a don Raimundo, que me tome, y si no, que me deje.

Aquella misma mañana dijo que su pariente desistía de venir a la boda y, por tanto, podían fijar la fecha para cuando ella fuviera por conveniente.

Y eligieron el sábado más inmediato, para el que faltaban seis días justamente.

Sereno y resuelto como hasta entonces jamás lo estuviera, marchó a convenir con el padre Baudilio los pormenores de la ceremonia.

Al conocer el sacerdote el cambio de la persona con quien iba a contraer matrimonio, se conformó con hacerle este reproche:

—*Rajao* también en eso... *rajao* en todo. Voz del pueblo, voz del cielo. Procure que no se *raje* ella por contagio y le entregue sólo su mano huesosa y pellejuda, sin el bolsón que le indemnice. He visto ya en este mundo muchos castigos de esa índole.

A la huésped de doña Polonia no le llegaba su hora; tres días llevaban ya de espera inútil. Menos mal que don Alejo, fiel cumplidor de las órdenes recibidas, sólo entraba un momento por la noche para preguntar en voz queda por la salud de la parturiente. El día entero lo pasaba junto a doña Baltasara ultimando preparativos y planes.

Una mañana, cuando más tranquilo se encontraba junto a su futura, y resignado a todo y dolorido de la picardía de Paquita, comenzaba a encontrar encantos en la figura fuertemente otoñal de doña Baltasara, llenóse la escalera de gritos desgarradores y sonaron a la puerta golpes desaforados e insistentes.

Ya dentro, Paquita, con el niño recién nacido en los brazos y la cara pintada del color de los cirios con un menjurje de doña Polonia, clamaba del modo más desgarrador:

—¿Dónde, dónde está esa pobre señora? ¡Engañar así a una persona tan buena y tan decen-

te como ella! ¡Quiero decírselo todo! ¡Quiero contárselo todo, para que tire por el balcón a ese granuja, a ese cochino, a ese sinvergüenza! ¡Pobre señora! ¡Pobre doña Baltasara de mi alma! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres!

—Cálmese, cálmese, joven—decía emocionada la dueña de la casa—. Cálmese y dígame lo que la pasa. ¿Quiere usted un poco de aguardiente con agua?

—¡Este granuja! ¡Este pillo, que lo tiene usted aquí como en el altar mayor, y mire usted lo que ha hecho conmigo! ¡Todos, todos son iguales, créame usted, señora!

Doña Baltasara, sin querer saber más, y sin pronunciar una palabra, fuese uñas en ristre sobre la faz dolorida y asombrada del pobre Fraile, y en menos que se cuenta, se la puso como un dechado de jeroglíficos chinos.

Cuando hubo calmado su sed de sangre, le increpó con verdadera rabia:

—¡Largo de aquí, mamarracho! ¡Ladrón de honras! ¡Haragán! ¿Conque venías por mis pesetas, eh? ¡Toma pesetas! ¡Toma duros!—Y comenzó a arrojar sobre él cuantos muebles y utensilios estaban en la esfera de movimiento de sus manos y al alcance de sus fuerzas.—¡Salga usted de aquí para siempre! ¡Lástima de pan que s'ha comió en una casa tan honrá! Y a usted, señora, que la Malena la guíe, que yo maldito si le agradezco este trago. Lléveselo y cátese con él, que güena alhajita se veva.

Ya en la calle, se miraron los dos frente a frente, con un gesto que nadie hubiera podido

definir si era de reconciliación o de desafío.

—Ya estarás contenta—la reconvino él amargamente.

—Todavía no, rico. Ahora tenemos que casarnos.

—Sí, para que me llame papá ese chico que, sin duda, le has comprado a doña Polonia.

—Pues si se lo he comprado, es mío; y si se lo he comprado con dinero tuyo, pues es de los dos.

—¿De modo que no te conformas con haberme arruinado, ni con remendar tu honra a costa mía, sino que además quieres hacerme cargar con ese arrapiezo?

—Gracias a él vas a ser mi marido, así que no lo suelto. Y no te creas que te quiero, que no te puedo ver. Lo hago por salirme con la mía y por vengarme de esa tía cochina.

—¿Y de qué vamos a vivir?

—Lo primero es casarnos; en lo demás ya pensaremos luego. Y no empieces a poner dificultades, porque esa buena señora se conformó con arañarte; pero yo...

—No, no te enfurezcas, mujer, no te enfurezcas. Nos casaremos.

—Eso corre de mi cuenta. Tú no tienes que decir ni *pío*.

XXXI

Don Baudilio escuchó con el mayor asombro la notificación que del cambio de novia le hizo su amigo Fraile, y, contra lo que éste esperaba le dió la enhorabuena y se abstuvo de reprocharle por sus vacilaciones.

—Luego a usted le parece que hago bien—aventuró don Alejo.

—Grave cosa es el matrimonio; pero contraído entre personas de la misma edad y de la misma posición social, hay probabilidades de que resulte bien.

—Pero ahora tengo de nuevo sobre mí el problema de la vida.

—Trabajen ustedes los dos.

—Supongo que ella no se negará; en cuanto a mí, buscaré una colocación hasta en el centro de la tierra.

—El que busca colocación pretende que se cotice su pereza; el que ofrece trabajo, que no es lo mismo, tiene siempre el mercado abierto.

—Y ¿qué hago, don Baudilio?

—Escobas, ratoneras, palillos de dientes, cualquier cosa que no haya de ser aderezada por el



arte, ya que usted no es artista, ni exija condiciones de aprendizaje, ya que usted a ninguno ha querido sujetarse.

—Es usted muy severo conmigo.

—Más lo será la vida si no rectifica usted su camino.

Don Alejo se retiró preocupado y mustio.

Entró derecho al llegar a su casa en la habitación de Paquita y cayó de rodillas ante ella, en demanda de perdón por sus desvíos.

Paquita también le rogó a su vez que la perdonara él sus culpas, sin obligarla a desprenderse de aquel niño tan hermoso, y en realidad lo era la criatura, y que tan útil le había sido en aquella cruzada de reconquista.

Don Alejo, como es de suponer, accedió y volvió con ello el noviazgo a sus días de placides y venturas.

—Ya le he dicho a don Baudilio que lo arregle él todo y que en cuanto lo esté nos case.

—Sí, sí, cuanto antes; no te vuelva a echar el gancho doña Baltasara.

—¡Calla, tonta!

Llamaron a la puerta. Abrió Paquita y Fraile escuchó asombrado la voz del señor Benigno el sacristán, que entonaba la Marsellesa con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿A qué se debe tanto regocijo?—le preguntó.

—¡A casi nada! ¡Estaba de Dios el que yo no les casase a ustedes! Me alegro por este renegao para no verlo humillarse a las bendiciones, después de todo lo que ha dicho en este mundo del culto y del clero. Con razón, ¿eh? ¡No faltaba

más! Tanto razón tenía entonces como le falta ahora.

—Pero ¿le han dejado a usted cesante?

—Me he dejado yo, que es diferente. Acabo de presentar la dimisión. Y para que lo sepan todo: me han tocado unos miles de pesetas a la lotería y no quiero ya más tratos con nuestros enemigos. ¡Abajo el oscurantismo! ¡Viva la lotería!

—¡Que sea enhorabuena!—dijeron a la vez los novios,

—Gracias; y a lo que vengo vengo, y vengo a traerles el regalo de boda.

El señor Benigno entregó a cada uno un relojito de oro. Le besaron la mano los dos, volvieron a felicitarle y a darle la enhorabuena y se retiró cantando de nuevo la Marsellesa.

—Si tuviéramos nosotros esa suerte—comentó Paquita.

—No la tendremos. Somos muy desgraciados. Pero hay que pensar en vivir.

—¿Y si pudiéramos una tienda?

—Algo hay que disponer. ¿Qué dinero nos queda?

—¿Cuánto tienes tú?

—Quinientas pesetas. He vivido de unos duros que tenía sueltos. ¿Y tú?

—Alrededor de mil quinientas. Hemos gastado mucho en trapos y en muebles.

—¡Dos mil pesetas para toda nuestra vida!

De nuevo llamaron a la puerta.

—El señor Benigno, que ha olvidado algo—dijo Fraile—. Abrele.

No era el ex sacristán afortunado. Era un hom-

bre como de treinta años, alto, garboso, presumido, con el pelo engomado, la chaqueta ceñida y el pantalón a lo *Charlot*. Sobre su camisa de rayas azules y verdes destacaba una corbata ostentosa de cuadros escoceses.

—¿Están ustedes los dos?—preguntó enfático.

—Sí, señor—repuso Paquita en ademán de preguntarle lo que deseaba; pero no le dió tiempo el visitante, pues se coló en la habitación y tomó asiento en una butaca frente a don Alejo. Como si estuviera en su casa, con un gesto imperativo y resuelto señaló a Paquita el sofá para que se acomodase.

—Ustedes—continuó en el mismo tono redicho y enfático—ya tendrán noticia de Robustiano Maluendas.

—No, no, señor—aventuró Fraile, pensando si aquel personaje sería su sucesor en la administración de las fincas de doña Baltasara.

—Servidor. Fui a Cartagena con cincuenta meses por una caricia que le hice a un sereno, y como tengo buenas aldabas, con ocho he liquidado mi cuenta. Seguramente la Salus tié que haberles hablao de mi.

—¿Conoces tú a la Salus, Paquita?

—Yo, no. ¿Y tú?

—Tampoco.

—No conocen ustedes otra cosa. La tien que haber visto mil veces en casa de doña Polonia, que es en donde ha dao a luz al hijo de mis entrañas.

—¿Y viene usted a llevárselo?—preguntó Paquita acongojada.

—Precisamente a llevármelo, no. Yo no lo voy a criar a mis pechos y su madre es una descas-tá que lo quiso firar al forno.

—¿Qué quiere usted entonces? ¿Verlo?—insistió Paquita.

—Tampoco me interesa mucho. Todos los chicos son iguales.

—Acabe, pues.

—Se trata de una cosa más seria. Ese hijo de mis entrañas, que es mío y de la Salus, figura en el Registro del Juzgao como hijo natural de don Alejo Fraile Castaño, que es usted, cabayero, y de doña Francisca García y Manzano, que es usted, señora. La falsedá es como una catedral, vamos al decir, y si yo me *chivo* tienen ustedes dos y doña Polonia tres y la Salus cuatro, diez y siete años, cuatro meses y veintiún días de polítznica pa cada uno, con más la indemnización a duro por día que el Tribunal me señale a mí que soy el padre despojao del hijo de mis entrañas. ¿Se han percaftao ustedes bien, señores míos?

—Bueno, bueno—resolvió Fraile—; llévese su hijo y déjenos en paz.

—¡Infeliz! ¿Qué iba yo a hacer con ese angelito? Lo que yo quiero es otra cosa, y ya me debía usted de haber comprendido, so pasmao.

—Pues cada vez le comprendo menos.

—Que si me *chivo*, si me voy de la *muy*, tienen ustedes los cuatro que ya he nombrao diez y siete años, cuatro meses y veintiún días de preso.

—¡Qué barbaridad! ¿Y va usted a delatarnos?—preguntó asustada Paquita.

—No quisiera; pero si me obligan...

—¿Quién?

—Ustedes mismos. Estas cosas tienen su precio, y si no se paga, el vendedor va por su camino y el comprador por el suyo.

—Acabemos ya—resolvió Fraile—. ¿Cuánto quiere usted?

—Hombre, no es que vaya yo a venderles por esta suma al hijo de mis entrañas. Es que ustedes tienen posibles, y yo, al venir de Cartagena, como la Salus me ha dao la patá, pues me encuentro con el día y la noche. Me conformo con dos mil pesetas.

—¡María Santísima!—exclamó Paquita llevándose las manos a la cabeza—. ¡Este hombre nos deja a pedir limosna!

—¿Le parece mucho para ahorrarse diez y siete años, cuatro meses y veintiún días de presidio, y otro tanto a su novio, y otro tanto a doña Polonia, y otro tanto a la Salus?

—Ni mucho ni poco; es que no las tenemos.

—Permítame usted que me sonría. El señor, que por lo demás es un cabayero, ha estao explotando a una vieja, hasta que entre él y ella metió usted al hijo de mis entrañas.

Don Alejo se tapó la cara con las manos avergonzado, y dejó que Paquita discutiera y regateara con Robustiano. Sus súplicas y sus lágrimas sólo le sirvieron para salvar veinte duros del total de su peculio. Lo demás lo entregó billete sobre billete al chantagista, quien después de haberlos guardado en el bolsillo inte-

rior de su chaleco, salió haciendo a cada uno una grotesca reverencia.

—Y ¿qué hacemos ahora?—preguntó desolada la muchacha.

Don Alejo callaba anonadado.

—A ti, a ti te digo...

De pronto Fraile se levantó, miró a su novia con una sonrisa inefable y le dijo cariñoso:

—Ya verás, ya verás... tengo una idea magnífica.—Y tomó el sombrero para salir.

—No, no—gimoteó Paquita—, que tú eres un hombre digno y vas a tirarte por el Viaducto.

—¡Calla, fonta! Te doy mi palabra de que no hago ese disparate. Antes de una hora vuelvo con nuestro problema resuelto para siempre.

XXXII

—Estaba esperando su memorial—dijo don Baudilio sonriente—. Para usted es la plaza, señor Fraile. Se ha salido usted con la suya. Tiene usted colocación. Ya no le es indispensable trabajar en cosas útiles.

Y don Alejo Fraile y Castaño resultó un excelente sacristán. A diferencia de su antecesor el señor Benigno, se identificó de tal modo con la Iglesia, que todas las mañanas ofrecía a Dios el sacrificio de su mansedumbre al escuchar de los labios implacables del señor Eustaquio el civil, que lo conocía por el ruido de los pasos o lo descubría por el olfato:

—Tengan compasión, tengan caridá las güenas almas, que hoy es el bendito día del beato *Rajao*... ¡Récenle al beato *Rajao* un padrenuestro! *Rajao* te vean mis ojos... en la mansión de los justos, cuando el Señor sea servido...

FIN

MARÍA, O LA HIJA
DE OTRO JORNALERO

MARIA, O LA HIJA
DE OTRO JORNALERO

El señor Pantaleón de Abanto.

Quiero, lector, que lo conozcas en su propia salsa.

Ven conmigo a un Centro republicano; por eso no ahorcan a nadie. Además, está en calle céntrica y hay muy pocas escaleras.

¿Ves ese suizo que guarda la puerta? No le tengas miedo. A pesar de su *facce brutta*, no muerde ni pide el recibo corriente más que en los días de elección de Directiva. Pasa.

El señor Pantaleón, de quien te vengo hablando, es aquel de la barba ratiza que juega al mus junto al balcón, en compañía de otros tres conspiciuos. Las judías son *tantos* y los garbanzos *amarracos*.

El más viejo de la partida es sastre, pero no trabaja porque no le sale, y, además, porque Lerroux le tiene ofrecida la cartera de Hacienda para cuando venga la República.

El cree de buena fe que ya está en Valdemoro

lo más lejos, y se hace tributar honores de ministro.

Escucha lo que dice mientras dá las cartas el señor Pantaleón:

—Lo primero que hago, podéis tenerlo por seguro, es quitarle radicalmente las aduanas al bacalao, que es el jamón del pobre, y cargarle diez duros a cada botella de champán.

—Ojo, señor Gerardo—apostilla el señor Pantaleón—, que aquí en la dizquierda somos muy maldicientes y vamos a pregonar en seguida que le ha compraó a usted Codorníu.

—Mira—repone, amoscado, el señor Gerardo—, métete en tus cosas y empóllate la ley Provincial, si has de ir, como quieres, de gobernador a Guadalajara, pa dejar sin acta a Romanones.

—Paso y envido—interviene el ex capitán Frías, a quien llamaban todos General en el Círculo.

Coge cada uno sus cartas y continúa la partida.

El futuro ministro, con sonora voz de bajo, lanza un órdago bien documentado, y Frías y el señor Pantaleón pierden el juego.

—No me lo explico—dice el General con amargura—; nos han llevado como llevan los chicos a la escuela, cuando podemos darles tres para cinco a cualquier hora. Y es que hoy está usted en la higuera. ¿Qué le pasa, hombre, qué le pasa?

El señor Pantaleón toma del brazo al General, lo aparta un poco de la mesa del juego y le dice confidencialmente:

—Esa chica, que se ha empeñado en darme la puntilla. Dice que quiere ser cupletista. Ya ve usted, una hija mía, del futuro gobernador civil de Guadalajara o de otra provincia cualesquiera, porque ya ve usted que los acontecimientos se precipitan.

—¡Qué escándalo!

—Pues no hay quien se lo quite de la cabeza.

—Que se ponga, al menos, un alias para que el jefe no se entere.

—¡Pero si la conoce, y cualquier día la ve en un tablaó!

—Pues reniegue usted de ella. Dígale con energía: “¡Yo no soy tu padre!”

—Lo dirá ella, mi General; lo dirá ella, máxime más cuando yo sea gobernador...

—¡Sí que es una desgracia!

.....
Habrá reconocido, sin duda, en el señor Pantaleón a uno de los más asiduos de la *acera revolucionaria*, y no ignorarás que así se llama en Madrid, desde hace más de treinta años, al trozo de Puerta del Sol comprendido entre las calles del Carmen y Preciados. Allí, cuando no hay un Círculo a mano, con régimen de puerta abierta, toman el sol o la sombra, pasean, discuten y conspiran, si no llueve, los maltrechos herederos del ideario de Salmerón, de Pi y Margall y de Zorrilla.

El señor Pantaleón fué carpintero, y, según cuentan, tenía buenas manos para el oficio. El Comité del distrito le hizo hablar en algunas reuniones públicas; *El País* publicó un día su re-

trato con una orla de adjetivos encomiásticos: entre otras cosas, en vez de artesano le llamó *artista*, y al verse así exaltado, lo primero que hizo fué mandar al Rastro los formones, arrojar al fuego la garlopa y dedicarse ya de lleno a pronunciar discursos y a escribir artículos que, a veces, conseguía ver publicados con su firma y todo.

Puesto ya en este plano, fué en muchas ocasiones presidente del Comité y muchas más candidato a concejal, y aun consiguió que algún periódico monárquico le llamara conspicuo y recogiera de sus labios o de su pluma las declaraciones que hacía con frecuencia en contra de los gerifaltes de su partido.

Su mujer y su hija creyeron de buena fe que el señor Pantaleón tenía madera de personaje, y se sometieron a trabajar rudamente para que en la casa no faltara el cocido, si bien su esfuerzo resultó inútil para impedir que el futuro gobernador paseara, eso sí, con gran dignidad, por los Círculos políficos los pantalones rotos, la corbata y el sombrero llenos de grasa, la chaqueta sin botones y la cara con barbas de tres semanas.

La tertulia de los hombres oblicuos.

Como el General no supo dar un verbal consuelo a su espíritu atribulado, el señor Pantaleón salió del Círculo conturbado y abatido.

En su hogar, María, a la hora de comer, había planteado el problema de un modo terminante:

—Yo no tengo mis diez y ocho años para pasearlos por la calle envueltos en miseria. El trabajo no da ni para comer lo suficiente; de modo que, o las tablas, o la estricnina, y a diñarla, ya que, según vosotros, eso del infierno es un cuento pa niños y militares sin graduación.

Al ex carpintero y caracterizado republicano le asustaba la idea de volver a su hogar y resolver con autoridad de padre el dilema que su hija le había planteado.

En busca del rayo de luz encaminóse a la tertulia de los hombres *oblicuos*, que era en donde, a su juicio, se reunía la esencia de la sabiduría y del ingenio.

Esta tertulia, que fué famosa en su tiempo, se celebraba en una modestísima imprenta que un amigo mío estableció en un portalito del Pasaje de la Montera.

El *epígrafe* se lo puse yo, un día que, de vuelta de una algarada que hubo en los Cuatro Caminos, entré a encargarme unas farjetas, y al verlos allí muy enfrascados en el arreglo del mundo político y sus intermediaciones, les dije:

—¡Muy bien! Los conspicuos revolucionarios, aquí, cómoda y tranquilamente, mientras nosotros, los jóvenes, los que, según ustedes, no vamos a ninguna parte, nos batimos el cobre con los guardias.

—Habernos llamado—repuso uno de ellos—, que nosotros no tenemos el don de la *oblicuidad*. Y desde entonces fueron los *hombres oblicuos*.

El lector de seguro ha tenido ocasión de conocerlos. Casi todos eran viejos; pero con vanidad juvenil lucían sus greñas descuidadas y sus barbas agrestes. Sus gabanes, sus capas, sus carricks y sus chaqués evocaban la leyenda de *Rip-Rip*, poéticamente aderezada por Washington Irving, en la que supieron encontrar los alemanes una ópera y los franceses una opereta.

Rip-Rip es el caballero que duerme a pierna suelta en el bosque un sueño tal vez de siglos, y al despertar vuelve a un mundo que no es el suyo y no conserva memoria de su nombre.

Todos los hombres oblicuos tienen su historia; todos realizaron un acto de valor o escribieron una página todavía inédita de la historia española.

Rodríguez hizo prisionero al famoso cura Santa Cruz, al frente de una guerrilla cuando la guerra carlista.

Don Macario, según su propio testimonio, inició y organizó el movimiento de protesta contra los alemanes cuando lo de las *Carolinas*.

Tagarete fué el brazo derecho de Villacampa, y si no fuera por respeto a Galdós y a su memoria, ya hubiese publicado una fe de erratas de los "Episodios Nacionales".

Granilla fué el jefe civil de la Revolución del 68.

Frías, cuando lo de los sargentos de Santo Domingo, estuvo quince días oculto en un ataúd hasta que circuló bien por toda la Península la noticia de su muerte.

Cuando entra en la imprenta el señor Panta-

león, uno de los aprendices le prepara una tábula para que se siente, y el más viejo de los oblicuos le habla al oído y le da a leer misteriosamente un suelto acotado en un periódico.

Como si aquello fuera un revulsivo, al enterarse salta, grita, se coloca en el centro de la mezquina estancia y exclama con voz estentórea:

—¡Esto no puede seguir así! ¡Nos traicionan! ¡Nos cubren de ignominia! ¡Están subvencionados! ¡Los verdaderos revolucionarios no podemos consentirlo!

Después mide con el pañuelo la platina de la minerva y dice al dueño del establecimiento, que le oye sin abandonar su trabajo:

—Tenemos que hacer un periódico que cante las verdades. Lo titularemos *El Amigo del Pueblo* y con él empujaremos las masas a la revolución. Nuestro periódico llevará estos lemas: ¡Basta de farsas! ¡Al vado o a la puente! ¡O tempora, o mores!

Antes de que los demás prohombres puedan discutir la propuesta del señor Pantaleón, entra en la imprenta don Macario, el formidable, según nos habíamos acostumbrado a llamarle.

Estatura, un metro y veintidós centímetros; cabeza grande, sin deformidades notorias; nariz roma; ojos vivos y juguetones; la boca oculta bajo las cerdas de un bigote crespo y grande.

Viste don Macario un traje de paño de Alcoy en buen uso; adorna el cuello de su camisa, rigidamente planchada de almidón, una flamante chalina de vivos colores; fócase con un sombre-

ro de los que a la sazón vende a cinco reales en la calle de Olid el señor Segundo, correligionario también y a veces contertulio.

Don Macario, como el señor Pantaleón, fué muchas veces candidato a edil, a diputado provincial y hasta creo que a diputado a Cortes.

—¿Ha leído usted el periódico?—le pregunta Granilla misteriosamente.

—¿Yo? ¡Lástima de tiempo! ¿Para qué voy a leer, si me costa saber que estamos vendidos, traicionaos, entregaos y perdidos? De treinta años a esta parte no hemos tenido quien s'ocupe de la causa pública. Gracias a mí, los alemanes no se comieron las *Carolinas*. Fuera de eso, aquí todo el mundo ha hecho lo que le ha dao la gana.

El impresor, fingiendo no recordar la hazaña, obligale a referirla una vez más:

—Pues estábamos una noche en el Oriental, cuando leímos en *La Correspondencia* un telegrama referente al asunto, lo cual que me costa saber que lo puso el Gobierno pa preparar la opinión. Yo me jamo la partida y digo: ¡Ciudadanos! ¡Aquí no hay diznidaz si les dejamos que se salgan con la suya! Los eché a tos a la calle. En menos de un cuarto de hora nos conglomeramos en la acera de Gobernación más de cincuenta hombres y prencipiamos a protestar. Le enseñamos al Gobierno los dientes, y, quieras que no, tuvo que deshacer la venta y arreglar el conflicto. Desde entonces nadie ha hecho na.

—Pero en aquellos tiempos, al frente del Par-

tido había hombres de saber y de prestigio, y no los pelagatos de hoy—repuso Tagarete.

—¿Quiénes?

—Salmerón...

—¡Salmerón! ¿Qué iba usted a esperar de un hombre que nació en Almería?

—Pi Margall...

—Lo menos seis veces fui yo a su casa, a llevarle un plan revolucionario, y no quiso atenderme.

—¿Cómo nos íbamos a meter en una revolución sin dinero?

—¡Sin dinero! Paice mentira que sea usted tan encauto. Para eso, lo primerito que tenía yo en mi plan era el apoderarnos del Banco de España.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. ¿No se acuerda usted de cuando lo hicieron?

—No.

—Pues está construido sobre un río, sobre el arroyo Maudes; no hay más que buscar el manantial y meterse aguas abajo.

—¡Vamos, hombre! Eso es un sueño. Más fácil era catequizar a don Alberto, que tiene tantos millones como el Banco.

—¡A don Alberto! Vaya usted a pedirle empréstitos para la revolución a un hombre que tenía una querida, le pasaba tres pesetas diarias y le descontaba a fin de mes los días que estaba indispueta. Pero no gastemos pólvora en salvas. Esto no pué seguir así, y he pensao que hagamos un periódico, que se llamará *El Torpedo*, pa no dejar de vivir a nadie y, sobre todo, pa

combatir la Conjunción Republicano-socialista.

—Pero ¿no era usted uno de los más ardientes partidarios de la Conjunción?

—¿Yo con los socialistas, que se han pasao veinte años quitándonos la piel a tiras? Ni a coger monedas de cinco duros. ¡Yo no paso por esas horcas *claudinas!*

El señor Pantaleón, convencido de que no había medio de plantear allí su serio problema familiar, salió cabizbajo, sin que sus contertulios advirtiesen la retirada.

El hogar del señor Pantaleón de Abanto.

El señor Pantaleón hubiera querido aquella noche que estuviera ía calle de San Cosme a la altura geográfica de la calle Corrida, de Gijón, y que la nieve o el agua hubiesen cegado el Puerto de Pajares.

Pero aun cuando bajó muy despacio por la Montera, aunque se paró a tomar unas copas a la entrada de Carretas, en casa de Sixto, con unos correligionarios; aunque hizo la segunda estación en Antón Martín, en casa de Baldome-ro; la tercera en la Torrecilla, en la del *Garzo*, y la cuarta en Santa Isabel, junto al bruñido mostrador de la Viuda, entró en su hogar a la hora de todos los días, cuando la señora Nicolasa llegaba de la Concepción Jerónima, de entregar en casa de Baranda, y cuando María acababa de

poner la mesa, de racionar el pan y de escanciar el vino con sabia dosimetría, para que ni sobra-ra ni faltase.

De la cocina trascendía un olor a patatas viudas, aderezadas con verbabuena, cominos y laurel, que apagó un momento los ímpetus revolucionarios del señor Pantaleón.

Sentáronse todos y empezaron a comer en silencio. Pero María tenía sus cinco sentidos en el teatro Barbieri, convertido en *cabaret* recientemente, y no se le cocía el pan hasta ver resuelto su problema.

—¿Qué me dice usted, padre?—se atrevió, al fin, a preguntar—. Esta tarde estuvo aquí uno de la Empresa, y hay que decirle sí o no mañana mis no.

—¡Aquí! ¡Uno de la Empresa! ¡Y tu madre lo ha consentido!

—Mira, Pantaleón—interrumpió, decidida, la señora Nicolasa—, la que quíe ser güena, lo pué ser hasta en el infierno, y la que quíe ser mala, lo pué ser hasta en la iglesia. Conque tú verás. Además, que por trabajar nadie se deshonra, y ¡ya una hija que tenemos, si es ése su gusto, no está bien que se lo quitemos.

—¡También tú! ¡Todas sois iguales! ¡Mujeres, al fin y al cabo! ¡Qué vergüenza! ¡Una hija mía en los tablaos! ¡De ningún modo!

—Pues, ¿y cuando usted mismo me llevaba vestida de República a los repartos de premios? ¿Y cuando me puso usted en el cuadro dramático de Pontejos, para que hiciera *Electra*?

—Todo eso era entre personas decentes.

—Y esto de ahora también. ¿No has ido tú muchas veces?

—Eso no es cuenta tuya; he dicho que no, y no le des más vueltas.

—Pues yo digo que sí—resolvió la señora Nicolasa—. La chica es artista desde mañana mismo, y aquí está su madre para acompañarla a todas partes.

—Bueno. Abusáis de mí, porque ni mi educación social ni mis principios me permiten llegar al melodrama. Pero ahora mismo os hacéis cuenta de que me he muerto. Adiós. Adiós pa toda la vida. Sólo una cosa te pido, pa que me la concedas, si es que te queda algo de *fraternidad* en el corazón: que en jamás digas que eres hija mía. Que te pongas un *anónimo* cualesquiera, pa que nadie sepa que eres hija del señor Pantaleón de Abanto, y así no me estorbas mi carrera política.

El señor Pantaleón engulló dignamente la última cucharada de patatas viudas, tomó su sombrero y su capa y salió con la cabeza erguida, sin decir adiós ni volver la vista.

—¡Padre!—gritó María cordialmente.

—Déjalo, hija mía, que ya volverá, y acaso antes de tiempo—repuso con tranquilidad espartana la señora Nicolasa.

**El triunfal debut de
la colosal artista
«Gloria del Jarama».**

En la misma casa de la calle de San Cosme en donde vivía la familia del señor Pantaleón, vivía también Genoveva, la *aviosa* de Barbieri. Esto de aviosa probablemente, lector, no sabrás con qué se guisa; yo te lo explicaré, porque para eso me ha costado mi dinero el aprenderlo.

Aviosa, del francés *avieuse*, han dado en llamar nuestras *Mistinguettes* a la mujer que les ayuda a vestirse a cambio de un estipendio fijo o de una propina; pero, con esto solo, la aviosa no podría comer, ni vestirse bien, ni llevar medias de seda, ni darle, por lo menos, para tabaco al hombre que *le hace sombra*. Tiene de gajes las propinas de los señoritos que le entregan cartas o le dicen que mande bajar a Fulana o a Mengana al palco H o B.

Genoveva pensó un buen día que la hija del señor Pantaleón tenía madera de “estrella”, y en un momento calculó lo útil que le sería proteger una artista y establecer así el punto de partida para el viceversa.

Estrechó su conocimiento con la señora Nicolasa, hasta convertirlo en amistad. Procuró acompañarla varias veces en la cola del pan y en la del aceite, y al fin llegó a entrar en su casa y a ser recibida en ella con agrado.

Cuando ya tuvo confianza insinuó su aspira-



ción de llevar a María al escenario de Barbieri, y la señora Nicolasa estuvo a punto de arrancarla el moño.

—¡Mi hija! ¡Mi hija entre cómicos y danzantes! ¡Antes quisiera verla muerta! Ni en broma me vuelva usted a hablar de eso, señora Genoveva.

Pero la señora Genoveva sonrió, como pensando: "Eso dicen todas." Y veinticuatro horas después hizo a María envolver su cuerpo gentil y gallardo en un pañuelo de Manila que al efecto le prestó la que a la sazón actuaba de "estrella".

La señora Nicolasa volvía los ojos para no ver a su hija en aquel tocado; pero acabó por mirarla como hipnotizada y por exclamar en pleno delirio:

—Ahora, lo que te hacía falta era un par de buenos brillantes en esas orejas. ¿Verdad, señora Genoveva? ¡Ay, si esta hija mía no fuese fan paval!

La aviosa fingió un quehacer repentino y salió, dejando el mantón precioso en poder de María, que no acertó a desceñirlo de su falle sino durante la hora escasa que su padre estuvo en el cuarto para comer.

En el transcurso de aquella semana, ya con el pleno consentimiento de la madre, un titulado maestro enseñó a María tres o cuatro cancioncillas frívolas, y quedó el plan artístico a falta únicamente del consentimiento del señor Pantaleón.

Cuando éste huyó, *vencido, mas no domado*, la madre y la hija resolvieron apresurar el *debut*,

por si el conspicuo republicano se determinaba a adoptar alguna enérgica resolución.

Al día siguiente, el cartel de Barbieri anunciaba con enormes letras rojas:

GRANDIOSO DEBUT

DE LA

COLOSAL ARTISTA

«GLORIA DEL JARAMA»

El señor Pantaleón vió el cartel y tuvo un presentimiento. Aquella Gloria no podía menos de ser su hija.

Y resolvió saborear el placer, un poco sádico, de contemplarla en el escenario. La voz de la sangre resulta implacable en muchas ocasiones.

Pero al hacer su digno mutis del hogar doméstico, se había olvidado de dar un asalto a la cómoda de la señora Nicolasa, en donde con seguridad hubiera encontrado unas pesetas, acaso muy pocas, pero suficientes para entretener unos días de su vida, mientras el azar resolvía sobre su destino.

Aquella noche contó su drama íntimo al conserje del Centro republicano, quien, compasivo, le permitió acostarse sobre un diván y cubrirse con unos corfinones que entre los dos descolgaron al efecto.

Utilizó para comer su crédito de hombre caracterizado, significado y conspicuo; pero su dignidad no le permitió llamar a ningún bolsillo amigo en demanda de las dos pesetas, por lo menos, que le eran necesarias para entrar en Barbieri.

Después de muchos paseos filosóficos y de dar muchas vueltas a su imaginación, concibió una idea que le resolvía dos problemas de igual importancia: el de entrar en el teatro y el de ver sin ser visto.

Palancana, el antiguo inspector de las Escuelas laicas que sostenía el partido, estaba allí empleado en el guardarropa, y aunque en su destino no se casaba con nadie, a un hombre como él, a un hombre de la talla política del señor Pantaleón, no iba a negarle un favorcillo tan insignificante.

Un favorcillo, porque el señor Pantaleón tuvo la habilidad de reducir los dos a uno. En Barbieri se entraba por la consumación, que era obligatoria, y como *Palancana* no tenía necesidad de saber si su distinguido correligionario tenía o no dinero, se limitó a explicarle su tragedia familiar y a pedirle únicamente que lo situara en un lugar lo más oculto posible.

Frente al mostrador del guardarropa había una puerta, desde la que se dominaba perfectamente el escenario, y el ex inspector de Escuelas laicas, muy satisfecho de poder ser útil a un prohombre de su partido, le hizo pasar y le ofreció una silla, sobre la que doblaron dos o tres de los gabanes entregados a la custodia de *Pa-*

lancana, para que el señor Pantaleón pudiera ver la escena totalmente.

Desfilaron primero tres o cuatro infelices, anémicas y mal vestidas, que cantaron o bailaron, sin que al público, al parecer, le importara si lo hacían con buena o mala gracia.

Después apareció María, la hija del señor Pantaleón, que en el cartel se hacía llamar *Gloria del Jarama*, sin que nadie, excepto su madre y la señora Genoveva, supieran por qué.

María era lo que en el argot de estos sitios se llama una buena mujer. Morena, de mirada fogosa y expresiva, alta, robusta sin ser gruesa y ágil y graciosa en sus movimientos.

Ceñía su talle el mantón que pocos días antes sirviera para arrancar el consentimiento de la madre, si bien con él no se cubría más que lo que ésta llamaba el *arca del cuerpo*. Los senos prominentes y las piernas torneadas y fuertes quedaban libres, con el objeto, sin duda, de que ayudasen a afianzar el éxito.

Dió tres o cuatro paseitos toreros por el escenario, y cuando el director del cuarteto le marcó la entrada, se adelantó a las candilejas y cantó con voz sonora, bien timbrada y exenta de trémolos y vacilaciones:

Soy pero que la más guapa
del barrio donde nací.
Es mi madre una chulapa
y mi padre es un *cañí*.

El señor Pantaleón estuvo a punto de morir de repente; pero, hombre fuerte y avezado a los

combates interiores y exteriores, se rehizo y salió de estampía, sin despedirse de *Palancana*.

¡El un cañí! ¡Qué barbaridad! Cuando lo supieran en Pontejos y en la tertulia de los hombres oblicuos, le llamarían todos a boca llena el señor Pantaleón el *cañí*. ¡Adiós concejalía! ¡Adiós presidencia del Comité! ¡Adiós el Gobierno civil que Lerroux le tenía reservado! Aquella mala hija acababa de hacer polvo su carrera política. ¡Veinte años de consecuencia destrozados en un minuto! ¡El excelentísimo señor don Pantaleón de Abanto, como sin duda le hubiesen llamado desde la implantación de la República, era ya el señor Pantaleón el cañí para todos los días de su vida!

En aquella noche de forzado vagar sin rumbo, puesto que para cuando salió de Barbieri habían ya cerrado el Centro republicano, sólo ideas trágicas asaltaban su imaginación. ¿Debía matar a la infame? ¿Debía suicidarse, seguro de que en todos los Circulos políticos se aplaudiría su rasgo de civismo?

Esto último le halagaba más que lo de dar muerte a su propia hija, y en un momento de resolución, a pasos *ogigantescos*, como él había dicho en uno de sus discursos de antaño, emprendió el camino del Viaducto.

Se me olvidaba decir que cuando la señora Nicolasa se oyó llamar chulapa, derramó copiosas lágrimas de grata emoción, buscó entre los bastidores a la señora Genoveva y le dió un abrazo y un beso en cada una de sus apergamizadas mejillas.

La crisis espiritual del señor Pantaleón.

Quince noches después de aquella noche trágica en la que el señor Pantaleón adoptara su gesto heroico y extremo, unos cuantos correccionarios concedores del secreto de *Gloria del Jarama*, decidimos ir a Barbieri para verla y aplaudirla, si su arte o sus gracias nos daban ocasión para ello.

Apareció radiante de hermosura, bien vestida, bien peinada y hasta con alguna que otra sortija en los dedos.

Aplaudimos su presentación, como era de justicia, y por no mostrarnos en discordia con el público tuvimos que aplaudir también su trabajo.

Y no es que cantara mal, ni que se acompañase mal del gesto, sino que, rindiendo su tributo a la escuela del mal gusto que en los *music-halls* españoles impera, nos aburrió con un auto-panegírico:

Yo soy la más guapa...
Yo soy la más reguapa...
Yo soy la más castiza...
Yo soy la más barbiana...
Yo soy la más genial...
Mis ojos son dos soles...
Mis labios son dos rosas...

Y así, en este mismo tono encomiástico y apologético, nos fué describiendo sus dientes, sus

orejas, sus pies, su nariz, sus manos, sus dedos, su cintura, su corazón, su garganta, su pecho, su cuello, su nuca, su frente, su pelo, su barba y sus mejillas. Aquellos *couplets* eran verdaderas lecciones de anatomía hiperbólica.

Ya nos aburríamos de la insistente autoexaltación, cuando *cambió el disco* y comenzó con la apología de su novio, que, como es natural, con la posesión de tantísimos encantos, estaba el pobrecito completamente loco; y como la locura, sobre todo la locura de amor, es contagiosa, ella se declaraba también lela perdida por aquel afortunado mortal, y, en su delirio, como estribillo de la canción, exclamaba:

¡Ay, Nemesio!
¿Qué m'has dao?

Y contestaba una voz estentórea desde dentro:

¡Bacalao!

Nos miramos unos a otros con el mayor asombro. Aquella voz nos era conocida y familiar. Era la misma que desde la popular tribuna había clamado muchas veces; "¡Queremos la secularización de los cementerios! ¡Libres el pensamiento, la conciencia y los cultos!"...

Era, en una palabra, la voz inconfundible del señor Pantaleón de Abanto, el consecuente republicano de las Peñuelas, de la Huerta del Bayo, del Terol y de Maudes; el candidato consecuente también, a concejal, a diputado provincial y a gobernador civil...

Todos sabíamos de su tragedia. Todos lo creíamos muerto de rubor o corriendo el mundo a grandes zancadas para huir de la infamia.

¿Cómo se había operado en el señor Pantaleón aquella crisis espiritual?

Ni lo sé, ni he podido averiguarlo; sólo sé que se operó y que por virtud de ella mi correligionario sufrió una transformación radical y definitiva.

Dos años después cenaba yo solo en un *kursaal* de Gijón, y se me acercó un señor muy bien vestido y alhajado; me dió un cigarro habano de buena marca, me pidió permiso para pagar mi cubierto, y, como viera en mí ciertas vacilaciones, me dijo:

—Pero, ¿no me conoce usted?

No me atreví a contestar, y añadió:

—Pues no conoce usted otra cosa. Soy su antiguo correligionario don Pantaleón de Abanto, el papá de *Gloria del Jarama*. Hemos hecho este verano Bilbao, Santander, Coruña y Vigo, y aquí nos aplauden a rabiar. No se mueva, que ahora vendrá la niña. Voy a decirle que está usted aquí.

La carrera artística del señor Pantaleón.

—¡Lo que semos y a lo que venemos a parar!—exclamaba el señor Pantaleón filosóficamente—. Aquí, a la chavala, le entró la ventolera del Arte; yo, aunque soy un ser libre, no quise dar mi consentimiento; pero a las mujeres, o

matarlas o dejarlas, como dijo el otro; y servidor no ha nacido asesino; al contrario, tengo siempre sobre mi corazón los principios de libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres, y no los iba a hacer añicos en el propio hogar doméstico, que es un sagrado, como usted sabe. Me fui de mi casa y luego me remordió la conciencia por el abandono en que dejaba a dos pobres mujeres. Volví, y como la cosa no tenía remedio, procuré achicar el mal a fuerza de buenos consejos. Por nada del mundo hubiera entrado yo a un escenario con mi hija, mas que fuese más artista que esa que llaman la Raquel. Pero a la pobre Nicolasa, mi mujer, que reposa en el civil con mucha honra, como no estaba acostumbrada a esta vida, le dió un torzón a causa de haber cenao con unos señoritos, y no pudo repetir la suerte. ¿Qué iba a hacer yo entonces? ¿Abandonar a la hija de mis entrañas, pa que me la seducieran en un periquete? ¿Destrozar su carrera, como ella había destrozao la mía? Usted, que sabe lo que es el cariño de padre, comprenderá que no tuve más remedio que hacer lo que hice: coger del brazo a la chica y proceder a entenderme con empresarios y agentes y pelmazos. ¡Bien ganao está el pan que a su lao me como! Si no fuera por mí, a ésta, que es una infeliz, ya me la hubiesen explotao en todos los sentidos. Y como uno no es un zoquete, por fortuna, pues aquí me tiene usted, que me doy la mejor maña del mundo pa vestirla, pa montarle los números, pa hacerle el dúo desde dentro, si se terciara, y pa salir al público y desen-

cuaernarme las manos haciendo de claque ande no la hay. Y si ustedes, mis antiguos correligionarios, me dicen que soy un mal ciudadano, sin reparar en que soy un ser libre, no me podrán decir que soy un mal padre.

María callaba y, sin duda, admiraba en silencio la elocuencia del autor de sus días.

Cuando se detuvo un instante para tomar aliento, le preguntó, zalamera:

—Papá, ¿me da usted permiso para que alterne con aquellos señores de Santander, que sacaron champán anoche? Ya sabe usted lo que nos tiene advertido la Empresa.

—Sí, hija mía, vete. Cumple con tu deber. Quiero que sepa este caballero que yo no te privo de nada que sea justo: bebe, canta, juega —dinero ajeno, por supuesto—, baila, diviértete, que para eso eres hija de un ser libre que razocina y se hace cargo de las cosas de la vida; pero siempre y cuando que pongas a salvo tu honra; que mil duros se fabrican tos los días en la Casa de la Moneda; pero la honra de una mujer no hay quien la fabrique, y la mujer honrada, esté donde esté, a todas horas puede encontrar un hombre que haga su felicidad y la de sus mayores. Procura, hija mía, meter en vino a esos caballeros, y ten cuenta de lo que pagan, por si es cosa razonable pedir yo mayormente esta misma noche que te aumenten el sueldo.

Marchó la chica a cumplir su elevado cometido, y el padre siguió abrumándose con sus filosóficas consideraciones.

**María, o la hija
de otro jornalero.**

Los que censuran y critican acerbamente todo lo que no está en su medio; los que rechazan y reprueban todo lo que no se adapta con exactitud a las costumbres impuestas por el *Juanito* o por sus antecesores el *Faceto* y el *Teodoletto*, no querrán creer que Lucrecia, la consagrada por la Literatura y por la Historia como mujer casta, es un vulgar pendoncete al lado de algunas artistas y algunas mariposas de los *cabarets*, y que en estos sitios se encuentran a veces rasgos de virtud y de abnegación, como no suele ofrecerlos la vida vulgar y corriente.

La noche en que el señor Pantaleón me contó toda la *memoria justificativa* de su conducta, cuando pude desenredarme de la maraña de sus palabras, supe de uno de estos rasgos, más o menos conmovedores, según la sensibilidad del lector o del espectador, que merece la pena de ser contado.

Cuando estaba María *metiendo en juerga* a los santanderinos y ofreciéndoles con los ojos caricias que no había de pagar, acercóse a ella una muchachita rubia y desmedrada, que apenas habría cumplido los quince años.

—¿Quieres que bailemos este *shimmy*? — le preguntó cariñosamente.

María pidió permiso a sus amigos y tomó de la cintura a la rubifa.

—¿Qué es eso?—le dijo sorprendida—. ¿Has empeñado la sortija de tu madre?

—Y lo que es peor aún. Este mes no le puedo mandar los diez duros a mi hermanifa.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Que para la fiesta del lunes me hacen venir de gitana, y he tenido que pagar veinte duros por el traje.

—¡Pobrecilla! Pero a ti no ha de faltarte aquí un amigo de veinte duros.

—Ya sabes lo que quieren..., y eso no va conmigo.

Bailaron. Bailaron como si no tuvieran penas. Trenzaron místicamente sus piecitos al ritmo de los caóticos compases. Copiaron con sus cuerpos flexibles las más bellas *poses* de las más bellas tanagras. Cuando calló la orquesta, María dijo a la rubifa:

—Siéntate con nosotros.

La presentó a los forasteros, que la recibieron con gesto amable y le ofrecieron en el instante una copa del espumoso vino.

María simuló dejarse querer por uno de ellos, que, alentado por el fuego prometedor de sus ojos, estrechaba sin piedad el cerco.

—Sí o no, María—dijo el galán en el paroxismo del deseo.

—Si no fuera por mi padre...

—Ahora mismo puedes salir sin que te vea. Volvemos pronto.

—Pero me ve el *regisseur*, y, ya lo sabes, me hace pagar veinte duros de multa.

—Se pagan: toma. —Y puso en sus manos un billete.

María lo tomó resueltamente, y con el mayor

disimulo, por debajo de la mesa, lo puso en las manos delicadas de su amiguita.

—Sal tú primero y espérame en el café del Puerto. Dentro de media hora estoy allí. Mi amiguita me acompañará y luego la llevamos los dos a su casa.

Pagaron su cuenta los santanderinos y salieron todos dando palmaditas en la espalda al afortunado mortal que había tenido la suerte de conquistar nada menos que a la "estrella" del *cabaret*.

Diez minutos después, María, colgada del brazo del señor Pantaleón, le decía amorosamente

—Vamos, vamos al hotel, padre. Pida usted permiso a la Empresa, que sin duda he bebido demasiado y necesito acostarme en seguida.

La rubita los despidió en la puerta, y con los ojos llenos de lágrimas dió un beso muy fuerte a María y otro muy cordial a don Pantaleón de Abanto.

El cinturón de castidad.

No sé quién puso a mi correligionario este mote; pero, ¿verdad que tuvo ingenio?

Como no podía menos, hizo fortuna rápidamente, y así le llamaban hasta en sus propias narices en los salones de *varietés* de Alicante, Valencia, Zaragoza, Bilbao, Sevilla y—para no cansar más—como él decía, en todos los de España.

Los tenorios frustrados y las amigas envidio-

sas tenían la seguridad de que, sin la guarda y custodia del señor Pantaleón, María hubiese caído para no levantarse.

Pero no tenían razón. María no necesitaba más defensa que la de su propia voluntad. Su espíritu era más fuerte aún que su cuerpo. Además, estaba enamorada de un hombre, tan enérgicamente enamorada, que sentía repugnancia por todos los demás.

¿Quién era él? En los *cabarets* nadie lo conocía ni tenían de él la menor noticia; por eso abonaban en la cuenta del padre todas las virtudes sexuales y sensuales de la hija.

María conoció al señorito Mauricio, como le llamaba el señor Pantaleón, en el tren. Después coincidieron en algunos hoteles, y así el azar encargóse de sembrar flores de amor en el campo ubérrimo de la amistad.

Mauricio era un hombre maduro y mundano, a quien su posición política no permitía ciertas exhibiciones.

Como gustarle, ¡vive Dios que le gustaba el ambiente del *souper-tango*! Yo lo vi una vez en el *Olimpia*, de París, bailar solo un garrofín, con la frente coronada de agavanzos; y otra, en el *Chat Noir*, de Viena, pegar dos bastonazos al intérprete—un hombrecillo como del codo a la mano, a quien llamábamos el *Conde Manana*—, porque no podía hacer que su lengua se adaptase a pronunciar las palabras con eñe; y otra vez, en el *Bi-Ba-Bo*, de Praga, comprar mil coronas de *cacolata* (chocolates) y embadurnar con ellos el rostro y el busto de una cantante pola-

ca; y otra, en el *Ferrari*, de Génova, reir a carcajadas mientras le llamaba *senza cuore* una *fanchullina* a la que acababa de hacer una trivial perrería...

Pero en España don Mauricio no podía permitirse tales libertades. Como aquí se sabe todo, en el día siguiente a una noche de *libertinaje y escándalo*, las señoras de la *Trata*, los cofrades de la Liga contra la blasfemia, los Kostkas, los Luises, los Antonios, los Calasancios, los Antonés, los Marianos y todos sus similares, hubieran acudido con cruz alzada a pedir al Gobierno y al jefe del Estado su *capitis diminutio*. Y menos mal si el castigo a su disolución cayera sobre su cabeza únicamente; las salpicaduras del anatema hubiesen alcanzado, además, con toda seguridad, a su ilustre padre, que era una de las más firmes columnas de la política nacional.

Mauricio estaba enamorado de María y era espléndidamente correspondido; pero las razones apuntadas le impedían exhibirse con ella en público. Por eso no era siempre la casualidad quien los juntaba en los hoteles y en los viajes.

El señor Pantaleón se dió muy pronto cuenta de todo; pero como conocía la calidad del personaje, no se atrevió a tomar ninguna determinación enérgica.

Sin embargo, una vez sorprendió algunas aproximaciones un poco peligrosas: la niña huyó amedrentada; pero el galán le hizo frente, y entonces, cambiando su gesto trágico por otro dulce y afable, echó mano a la petaca, que era

su recurso supremo, ofreció al prohombre un cigarro y con acento paternal le dijo:

—Señorito Mauricio, vamos a hablar como los hombres. Yo le conozco a usted y usted me conoce a mí; soy el padre de la chica, y a mucha honra; pero lo que usted no sabe es que al mismo tiempo soy un fío vivo, pero que con motor eléctrico; y para cuando el vulgo va, vamos al decir, servidor ha dao ya catorce mil vueltas.

A usted le gusta la chica. ¡Pa chasco que no le gustase! Y ella está por usted. Pero con eso no adelantamos na. Yo, aunque soy un ser libre, y no creo que los curas tengan la exclusiva pa hacer los buenos matrimonios, tampoco voy a entregar mi hija al ventestate. Celebraré el que me haiga usted comprendido, y no digo más, señorito Mauricio.

—Diga usted lo que quiera, señor Pantaleón— repuso el amante—; desahóguese conmigo; no me he de ofender aunque me insulte, porque para eso es usted padre. Lo que no quiero es que por mi culpa le vaya a dar a la niña un disgusto.

—Mal antona usted, señorito Mauricio. Mi hija sabe ya ánde le aprefa el zapato, y no necesita lecciones de su padre. Lo único que a mí me toca, y no tengo entereval en decírselo a usted, es evitar la traición y el engaño. Si ella me dice ahora mismo, ni harta de pan ni harta de vino: "Me quiero ir con el señorito Mauricio", pactamos las condiciones y Cristo con todos; pero pescarla en una encerrona, ni usted, ni su señor padre, con todo el aquel y la mano izquierda que dicen que tiene.

Mauricio no sabía si interpretar aquellas palabras como una amenaza o como la invitación a una triple alianza pacífica y amorosa, y decidió tomarse tiempo para resolver su perplejidad. Así, dirigió al señor Pantaleón la más filial de sus sonrisas, le dió dos palmaditas en la espalda y se alejó diciendo con voz dulce y cariñosa:

—Ya hablaremos, amigo mío; ya hablaremos.

Para sus adentros pensaba mientras tanto: «*El cinturón de castidad...* ¡Y qué bien le cae a este tío el remoquete!»

Las capitulaciones matrimoniales.

Trabajaba María en Albacete. Hospedábase en el hotel Francisquillo; tenía una habitación con dos alcobas, y en una dormía su padre. Cuando la camarera les entró el desayuno entregó a la joven una cajita cuidadosamente envuelta y atada y una farjeta de Mauricio.

—Pero, ¿está en la casa este señor?—preguntó María.

—Sí, señorita; llegó de Madrid anoche, y le dieron el 27; a las once tenemos que llamarle.

—¡Mira, papá! ¡Mira!—exclamó luego, regocijada—. ¡Una pulsera de brillantes! ¡Como la de *La Goya*! ¡Qué bueno es y cuánto me quiere!... Tenga usted cuidao de no meter la pata...

—Descuida, hija mía—repuso dulcemente el

señor Pantaleón, mientras sus ojos escrutaban el sello del contraste en el platino de la alhaja—. Pa dar coba, menda. Ya verás cómo me hago amigo suyo. Hoy le voy a entrar por la política; ya sabes que de eso entiendo yo un rato largo. Demasiao sé que amigos como éstos son los que te hacen falta.

María, un poco triste, jugaba con los brillantes, haciéndoles quebrar los rayos del sol mañanero.

—La verdad es—insinuó— que yo debía devolver a ese señor esta joya. Una mujer no puede recibir regalos de este valor sin comprometerse a algo...

—¡Calla, fonta! Una mujer..., bueno; pero una artista... Las artistas tienen derecho a que todo el mundo las admire y a cobrar en buena moneda hasta la coba que dan. Paice mentira que haigamos empezao los dos cuasi a la vez en esta vida, y que sepa yo más que tú. Anda, dame la ropa nueva, que voy a ir a la barbería, porque estoy viendo que el señorito Mauricio se sienta con nosotros en el comedor a la hora del almuerzo.

Vistióse de limpio el señor Pantaleón, salió para que le aderezaran el rostro y la cabeza, y María quedó en el cuarto, envuelta en una vaporosa bata de seda, contemplando con verdadero deleite la pulsera.

Llamaron a la puerta sigilosamente, abrió y encontróse de manos a boca con Mauricio.

—Siéntate; pero me vas a permitir que deje la puerta de par en par. La gente es en todas par-

tes muy maliciosa y, además, mi padre va a llegar de un momento a otro.

—Como quieras, hija mía; ya sabes que te quiero bien; para nada necesitamos escondernos.

—¿Estarás aquí muchos días?

—No. Mañana me voy. Sólo puedo aprovechar para verte el domingo, como los horteras. No debo faltar de Madrid. Está la política muy complicada. Pero, ¿cuándo vas a decidirte a dejar todas estas cosas, a venir a Madrid, a quererme como yo te quiero, a vivir tú sola, con tranquilidad, en un cuarto bonito, que yo amueblaré a mi gusto?

—Mi padre, Mauricio, mi padre. No sé cómo plantearle la cuestión. Ponte tú en mi caso. ¿Verdad que se necesita tener la cara muy dura para decir: "Papá, ya no trabajo más; me voy a Madrid a ser la querida de don Fulano..."? Y, sin embargo, si yo fuera libre, lo haría sin vacilar un momento...

Apareció en el umbral el señor Pantaleón, con el pelo rizado y brillante y la cara empolvada. Venía radiante de gozo y orgullo; pero, de pronto, sintió como si la realidad le obligara a desempeñar un papel trágico, y declamó dirigiéndose a Mauricio:

—¿Cómo se entiende, caballero? Esta habitación es la de mi hija, la más honrada entre todas las doncellas. ¿A qué título, señor seductor, se atreve usted a asaltarla? Me dará usted inmediatamente una explicación, señor mío...

—Pero, papá...—atrevióse a insinuar la joven.

—Papá... Eso..., eso ha debido pensar este caballero: que tienes un papá y que tu papá no tiene más honra que la tuya.

—Si así es, señor Pantaleón...

—No es eso, señor mío, no es eso; yo tengo tanta honra como el primero. Digo que la honra que me toca guardar, que tengo que guardar, es la de mi hija. Espero, pues, sus explicaciones.

—Bueno, don Pantaleón, bueno—repuso Mauricio jovialmente—. Vamos a almorzar y de sobremesa hablaremos. Usted, que es un ser libre, no tiene derecho a barajar, y mucho menos sin motivo, los prejuicios caballerescos. Yo creí que ustedes, los cofrades de la libertad, igualdad y fraternidad, rechazaban y combatían el duelo.

—Le diré a usted, señorito Mauricio, le diré a usted... Pero antes fenga la bondad de retirar esa palabra de cofrade, que es lo que más me ofende.

—Queda retirada.

—Pues bien: nosotros combatimos y rechazamos el duelo; pero ante el honor de una hija, no hay doctrinas, no hay ideas.

María vistióse rápidamente, mientras los dos hombres discutían; ya dispuesta para bajar al comedor, salió de la alcoba; Mauricio la tomó del brazo e hizo al padre una reverencia, indicándole a la vez que saliera primero.

Cuando ya estuvieron sentados a la mesa, deslumbrado un momento el señor Pantaleón por los reflejos de la pulsera, continuó en tono más dulce su discurso:

—Usted me perdonará, señorito Mauricio; pero

uno es padre y anda metido, además, en esta perra vida de los cursales y los cabaretes, que es para desconfiar de todo el mundo. Yo sé que usted es una persona muy decente y de mucho porvenir, y si no me valiera más que decir "Aquí tiene usted a mi hija", por éstas que se lo decía; pero uno tiene que mirar lo que hace, porque, aunque yo soy un ser libre, no estamos aquí pa esas cosas que cuentan de los países cultos, y uno tiene, además, la obligación de mirar pa el porvenir.

Los cuatro cuartos que ha ganao la chica nos los hemos gastao en trapos, porque llevamos poco tiempo de artistas; aún no tenemos el riñón cubierto, como suele decirse; y si ésta se encalabrina y se va con usted, pongo por caso, su pobre padre, que le ha dao el ser, se queda en la del rey hecho un méndigo, comparando y no igualando; y usted, mañana o el otro día, porque se encalabrina usted con una señorita de su igual, o porque lo casan a usted con una princesa por razón de Estado, le pega usted la patá del Charlot en salva la parte, y dos desgracias. No, señorito Mauricio, no; yo le estimo a usted y le considero; le daría mi hija antes a usted que a nadie; pero, la verdad, de sobra comprendo que pa mujer propia es poca cosa, y pa querida propia es demasiao, señorito Mauricio.

—Veo, señor don Pantaleón, que los republicanos no van ustedes a ninguna parte. Tienen los mismos prejuicios que los burgueses más retardatarios.

—¿Conque si usted se me lleva a mi hija y me quedo yo en medio del arroyo, no voy a sufrir un prejuicio, aunque sea más republicano que Garibaldi?

—No es eso, señor Pantaleón. Quiero decir que el más carlista, que el más clerical, no exigiría más requisitos de los que usted exige para entregar una hija.

—Mire, señorito Mauricio: a mí no me hable usted de ideas, porque ejerciendo el cargo que yo ejerzo no está bien que uno las tenga; y, además, yo ya no puedo volver a mi partido. ¡Bonito me pondrían en los comités! Y en cuanto a lo demás, yo nada he dicho enfodavía.

—Pues diga usted.

—Yo, señorito Mauricio, si usted quiere lo que se llama refirar a la chica del teatro y ella es gustosa, por mí bien está. Pero antes, por conciencia, usted. que se pué contar entre esa docena de hombres que son los amos de España, me debe de dar a mí un buen destino, pa que viva yo, que soy su padre, y pa que tenga ella ande acobijarse el día que usted, por un casual, le dé la patá.

—Y, ¿en qué destino ha pensado usted? ¿Qué es lo que quiere ser?

—No me atrevo a decírselo, porque se va usted a reir de mí. Si usted me lo diera, iba yo a andar de rodillas detrás del señorito Mauricio toda mi vida. Lerroux me lo tenía ofrecido pa cuando viniera la República; pero me parece que s'ha atrancao en el camino. Si usted me diera esa colocación, se iban a morder una ore-

ja de rabia todos los que eran mis amigos antes de que yo me dedicase a este oficio.

—Bueno, don Pantaleón; no le dé más vueltas. ¿Qué cargo es el que usted quiere?

—No se lo digo, señorito Mauricio, porque me paice que no hay ley pa dármele.

—Si no hay ley, se inventa. ¿No es usted viudo?

—De Nicolasa Garra, que en paz descanse.

—Pues hasta le podemos hacer a usted obispo. ¿Es eso lo que quiere?

—No, señorito Mauricio. En fin, se lo diré quiero ser gobernador civil de cualquier provincia.

Mauricio soltó una sonora carcajada, que atrajo la atención de todos los circunstantes. María se puso colorada como un pavo, y los tres siguieron comiendo, sin encontrar medio de reanudar aquella conversación tan importante para todos.

Aún no habían llegado a los postres, cuando un "botones" del hotel entregó a Mauricio un telefonema.

Un poco emocionado, dió cuenta de su contenido a sus comensales:

"Encargado papá de formar Gobierno. Ven inmediatamente."

—Y lo firma mi hermano—dijo—. Una satisfacción y una contrariedad.

Una hora después salía en automóvil para la Corte el novio de María. Al despedirse del señor Pantaleón lo abrazó y le dijo cariñoso:

—Si llego a tiempo arreglaré lo de usted.

La carrera política de don Pantaleón de Abanto.

Treinta días después, María, retirada de la escena, estaba lujosamente instalada en un entresuelito lindo y coquetón de la calle de Zurbano.

Al caer la tarde daba su vuelta por la Castellana, el Retiro y la calle de Alcalá, en un coche de galones, y por la noche, muchas veces, entre las colgaduras de su platea asomaba un momento la cabeza prematuramente calva de Mauricio.

El excelentísimo señor don Pantaleón de Abanto desempeñaba, muy a satisfacción del Ministerio, el Gobierno civil de una provincia remota y pacífica.

Como no tenía condiciones legales para el cargo, hubo que justificar con misteriosas razones de Estado su nombramiento.

Los conspicuos de la insula dedujeron de este incidente que les enviaban allí un sabio, alejado hasta entonces de la política, que sólo por amistad con el jefe del Gobierno se había prestado al sacrificio de abandonar su gabinete de trabajo y sus investigaciones científicas.

Así lo dijo la Prensa ministerial y así lo creyeron todos, al menos mientras no lo vieron de cerca.

Como Mauricio tenía a su cargo la responsabilidad moral de aquel nombramiento, durante quince días retuvo en Madrid a don Pantaleón y le hizo ensayar frases, actitudes y gestos; lo

enseñó a saludar y a vestirse y expurgó su léxico de frases y palabras que pudieran no parecer adecuadas en los labios de un gobernador.

Sobre todo, le encargó y le encareció que hablara lo menos posible, y que nada resolviera sin consultarlo con él o con el ministro.

Con estas instrucciones marchó don Pantaleón a su destino, henchido de gozo.

La primera semana se le fué en recibir Comisiones y visitas oficiales: su parquedad en las palabras le impidió enseñar la oreja, y pronto se supo en la capital que el señor gobernador era el hombre más prudente y reservado que hasta entonces llegara a tales latitudes. No faltó, sin embargo, quien llamase asnal a su seriedad, pues la pasión política, como se sabe, es enemiga de todos los respetos.

Dos meses iban transcurridos sin que el señor Pantaleón revelara su procedencia ni diera grandes tropiezos; verdad es que no pocas veces le sacó las barbas del lodo un secretario particular discreto y avisado que Mauricio le puso como se pone la cejuela a una guitarra o el seguro a las armas de fuego. Este personaje, aunque doctor en mundanidad y cortesanía, entendía muy poco del achaque de gobernar pueblos, y así estuvieron los dos a punto de naufragar juntos entre el oleaje de un conflicto social, que vino en malhadada hora a turbar la felicidad de don Pantaleón.

Se declararon en huelga los barberos para protestar de que un comerciante de la localidad hubiese traído de Alemania unas máquinas de

cortar el pelo: por solidaridad con los barberos, holgaron también los conductores de carruajes, los carpinteros y los albañiles. Como el conflicto no se solucionaba, fueron también a la huelga los zapateros, los panaderos y los cazadores de grillos para la exportación, que era la industria local más importante. En menos de una semana el paro se hizo general, y Comisiones de obreros por un lado y de patronos por otro, requirieron al señor gobernador para que fuese árbitro en el conflicto.

Don Pantaleón contestó que nada podía hacer sin hablar con el ministro; pero que le telegrafiaría en el acto pidiéndole instrucciones.

Pasaron dos días sin que el ministro contestara, y se desataron las iras populares y burguesas contra el gobernador inepto que no resolvía el conflicto. Don Pantaleón agujaba a su secretario, pero éste tampoco daba chispas. En vista de ello, las Comisiones de patronos por un lado y las de obreros por otro, comenzaron a telegrafiar al ministro pidiéndole la inmediata destitución del gobernador.

En la noche más crítica se celebraba en el Teatro Principal una función benéfica, cuya presidencia se había ofrecido al señor gobernador antes de que estallara el conflicto.

Don Pantaleón decidió no asistir; pero el secretario le convenció de que el mejor medio de dominar las iras populares era el de hacerles frente y dar la cara. Tomó, pues, su chistera, su levita, su fajín y su bastón de mando, y puntualmente se instaló en la platea oficial.

Representaron primero una comedia en dos actos. Después, un joven poeta de la localidad leyó unas quintillas sonoras y vibrantes, y por último, como número de gran atracción, comenzó a cantar *couplets* la *Bella Minutisa*, que a la sazón actuaba en uno de los Casinos de aquella capital.

El señor gobernador la escuchaba, en apariencia distraído, pero en realidad rememorando aquellos días, claros unos y turbios otros, en los que, junto a su hija, entre los topes, los arroyos, las bambalinas y los bastidores de insignificantes teatrillos, escuchaba aquellas mismas canciones, las vivía y hasta colaboraba en su interpretación. "¿Cuáles tiempos eran mejores?", se preguntaba el excelentísimo señor don Pantaleón de Abanto. Y se contestaba *in continenti*, acariciándose el fajín: "Estos, sin duda. Estos, a pesar de las huelgas".

Pero la imaginación, la memoria, la voluntad, todas las potencias del alma y todos los sentidos, se le iban a revolotear entre los *couplets* de la *Bella Minutisa*.

Acertó a cantar el *Nemesio*, y al oirla estuvo a punto de mandarla defener. Aquello era una profanación.

—Como mi María — decía, añorante, a su secretario — no ha habido ni habrá quien cante esto... Y eso que parece que se va entonando un poco. Vamos a ver cómo dice el estribillo.

La joven, después de un suspiro lánguido y prolongado, fijó su vista en la faz severa del se-

ñor gobernador, y poniéndose en jarras, balanceó el falle y dijo entornando los ojos:

¡Ay, Nemesio!
¿Qué m'has dao?

—¡Bacalaot!— exclamó a compás el señor gobernador, con aquella voz sonora, profunda y tribunicia que en idéntica ocasión exhibió en el teatro de Barbieri.

El secretario, atropellando las palabras, le increpó:

—¿Qué ha hecho usted, don Pantaleón? ¡Ahora sí que nos mafan!

Y salió del palco oficial como alma que lleva el diablo.

Don Pantaleón se dió cuenta de su coladura y se desplomó sobre un diván del antepalco, pálido, cadavérico, sin decisión para huir y esperando resignado a que obreros y burgueses cayeran sobre él para hacerlo añicos. Pero en la sala resonaba una clamorosa ovación. Mil voces gritaban desde todas partes: "¡Viva el gobernador! ¡Que salga! ¡Que no se vaya!"

Sin darse bien cuenta de lo que hacía, don Pantaleón se asomó a la platea y la ovación se reprodujo más sonora y más unánime.

En seguida empezaron a entrar hombres que le abrazaban y mujeres que le besaban las manos. En aquel delirio, se abrazaron también obreros y burgueses, y se dió por terminada la huelga.

Una Comisión de fuerzas vivas fué corriendo

al felégrafo y puso al ministro de la Gobernación este parte:

“Exigimos Poderes públicos sea gobernador perpetuo señor Abanto. Jamás llegó a esta noble, leal ciudad tío tan castizo, juncal y retrechero. Retiramos anteriores protestas. Huelga terminada, gracias su mano izquierda.”

El ministro felicitó a don Pantaleón, y el señorito Mauricio le envió la cruz del Mérito Agrícola, porque no tenía a mano otra.

De quien no se tuvieron más noticias fué del secretario.

Se me olvidaba consignar, porque el hecho merece un lugar en esta crónica veraz y documentada, que el señor gobernador, para celebrar la solución de la huelga y el éxito personal, dió a los notables de la ciudad un almuerzo, que presidió la *Bella Minutisa*.

FIN



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105446674